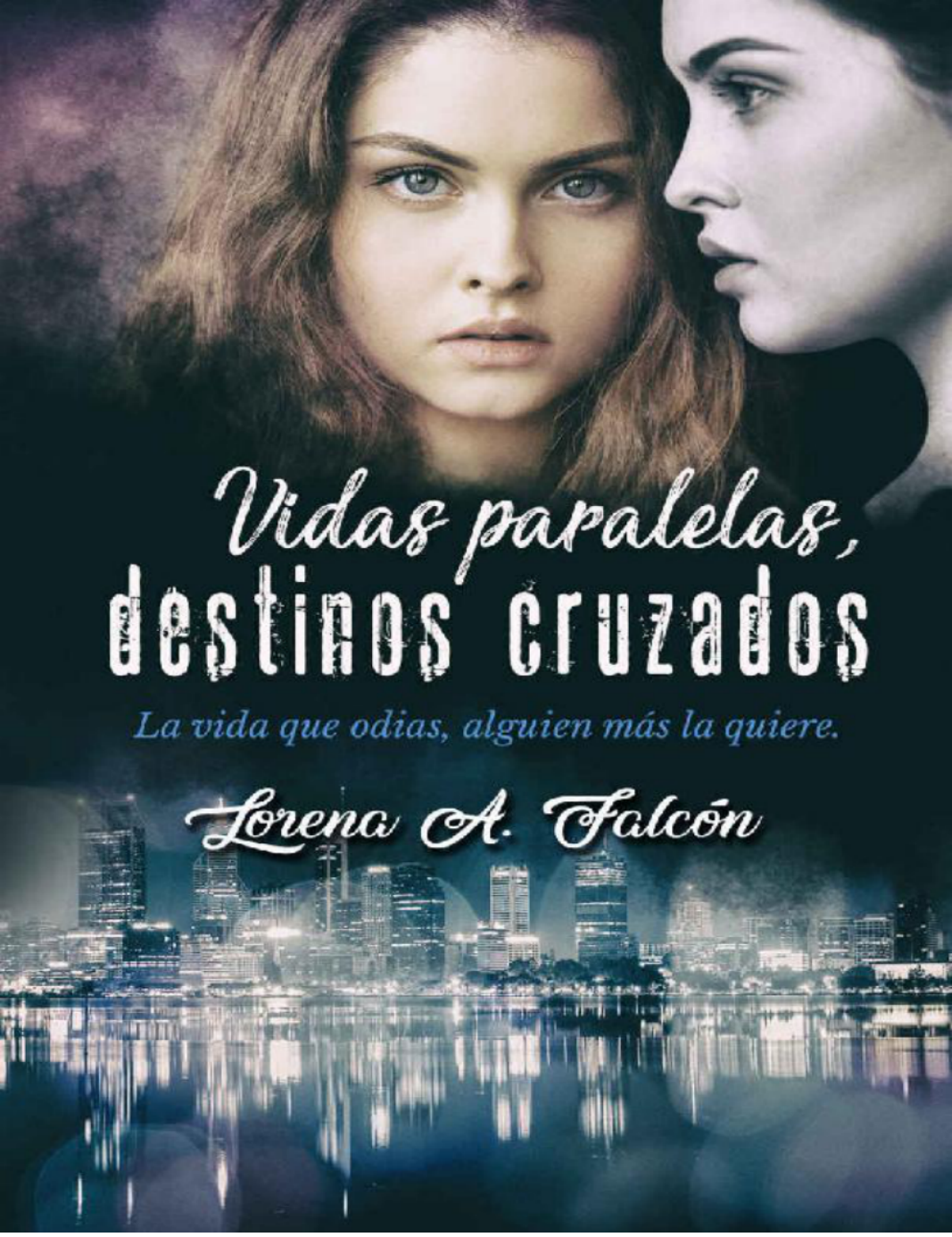

Vidas paralelas,
destinos cruzados
La vida que odias, alguien más la quiere.
Lorena A. Falcón

Contents

Portada
Copyright
Libros de la autora
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI

Nota de la autora
Sobre la autora
Agradecimientos
Otras obras publicadas
El despertar de las gárgolas (extracto)

VIDAS PARALELAS, DESTINOS CRUZADOS

Lorena A. Falcón

Copyright © 2018 Lorena A. Falcón
Primera edición.
Todos los derechos reservados.

Diseño de tapa: Alexia Jorques

Otros libros de la autora

Brujas anónimas

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo

Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida

Conflictos universales

Libro I - Un último conflicto

Tomos únicos

Aglaya

El talismán del emperador

La torre hundida

Antifaces

Dejemos la historia clara

La hermandad permanente

¿Quieres escribir una novela?

La otra profecía

Todas mis partes

El despertar de las gárgolas

Intercambios

Por un par de alas

Visita la página de Lorena A. Falcón

Capítulo I

ERA UNA FRÍA MAÑANA en mitad del invierno cuando el sonido del despertador invadió la habitación oscura. Carola extendió el brazo para apagarlo, palpó a manotazos la mesa de luz y tiró el reloj al suelo. Gruñó por lo bajo y, en vez de agacharse para buscarlo, se arropó aún más entre las mantas. Ya estaba cayendo en una agradable modorra, justo al borde de un profundo sueño, cuando oyó al vecino de enfrente subir la persiana. Esa vez sí abrió los ojos antes de gruñir otra vez. Se volteó en la cama y se quedó boca arriba, suspirando.

«Lunes otra vez —pensó—, aunque estoy segura de que ayer a la noche apenas era viernes».

Se demoró unos minutos más en juntar fuerzas para, por fin, salir de la cama. El rumor del aire acondicionado y el tibio aire de la habitación fueron adormilándola otra vez. Entonces, se encendió el televisor. Como siempre, la súbita luz parpadeante logró que se incorporara de un salto.

Sin embargo, esas eran buenas noticias, solo habían pasado diez minutos desde que sonara el despertador. Miró las imágenes mudas del televisor con ojos apenas entreabiertos. Un hombre gesticulaba frente a una pantalla que mostraba el pronóstico para ese día y los posteriores: frío, muy frío, un poco de sol, algo de viento y, por sobre todo, mucho frío.

«No quiero ir —pensó con los labios apretados—. ¿Y si no voy? ¿Y si digo que estoy enferma?».

No obstante, sabía que no lo haría; por mucho que no le gustara ir a la oficina, la rutina siempre la arrastraba y era mucho más fácil seguirla que pensar en otras opciones.

Carola se levantó de mala gana y se agachó a buscar el despertador. Había rodado debajo de la cama y tuvo que estirarse

sobre el piso para alcanzarlo. Lo encontró en partes y suspiró mientras trataba de encajar lo que se había separado. Tanta actividad temprano a la mañana la exasperó aún más.

Con el reloj entero otra vez sobre la mesa de luz, fue al baño a lavarse la cara y los dientes. El pequeño pasillo hasta allí, así como el resto del departamento, estaba helado. Eso terminó de despertarla.

Mientras se cepillaba los dientes, trató de pensar en lo que tenía que hacer en la oficina. Por más que se esforzó, no pudo recordar los detalles de su agenda. Lo cierto era que sus jornadas eran endemoniadamente iguales. Ya casi ni sentía el paso de los días; los meses eran indistinguibles. Uno igual al otro, no eran más que una cuenta que no dejaba de reiniciarse y repetirse. Uno tras otro, uno semejante a otro. Detuvo sus pensamientos y dejó de cepillarse. Estaba demorándose demasiado.

Volvió a la pieza y abrió el ropero. En un movimiento mecánico, escogió la ropa de los lunes. Los lunes de invierno, ya que tenía un conjunto para cada temporada, el cual iba cambiando según el día de la semana, como si fuera un uniforme. Y tal vez por eso sus lunes eran todos iguales: ella era siempre la misma y su vestimenta también. Suspiró cuando tendió la ropa sobre la cama antes de ponérsela.

—Un traje insulso para una vida sin sentido —murmuró.

Siempre hablaba en voz baja, aunque viviera sola desde hacía años. Había comenzado poco después de la mudanza, cuando el eco de un departamento semivacío todavía la asustaba. Y luego se acostumbró. Como todo en su vida, se volvió una rutina.

«Y no voy a cambiar ahora —se dijo y dejó caer los hombros hacia delante—. Todavía me faltan dos años para los treinta y mi vida ya es inútil».

Dio otro gran suspiro y se vistió con lentitud, en el mismo orden en que lo hacía todas las mañanas.

Luego fue a prepararse el desayuno: café y tostadas, un clásico. Tanto que a veces ni siquiera recordaba haberlas comido u observaba la taza vacía al terminar y se preguntaba si realmente había servido café allí. Su paladar estaba tan acostumbrado al gusto que ya no lo notaba.

En la cocina escuchó la conversación de los vecinos. Las palabras eran ininteligibles, pero se oían risas. Carola se quedó mirando la ventana de enfrente, donde las sombras que se movían le indicaban que había una vida que algunos sí disfrutaban. O, al menos, lo simulaban frente a los demás.

«¿Acaso sabrán que yo puedo escucharlos?», se preguntó.

Le llamó la atención el agua que hervía. Apagó el fuego, se hizo el café y puso las tostadas. Mientras esperaba que se calentaran, se quedó con la mirada perdida sobre la pared. Estaba cubierta de azulejos claros, con alguna que otra diminuta flor insinuada aquí y allí. Parecían pequeñas manchas de un pincel descuidado. La cocina era pequeña, al igual que el resto del departamento. Pero a ella le sobraba lugar, como también le sobraban muchas cosas que no usaba y solo acumulaban polvo sobre la mesada. Las tostadas saltaron frente a sus ojos y ella despertó por segunda vez.

Llevó todo a la minúscula mesa del comedor y se dispuso a desayunar. Como siempre, comenzaba lento y terminaba comiendo a las corridas.

En menos de tres minutos, ya estaba de vuelta en la cocina. Dejó las cosas en el lavabo y las miró largamente antes de suspirar por enésima vez esa mañana.

—Las lavaré por la tarde —murmuró antes de darse la vuelta y volver a la habitación.

Recogió el tapado y la cartera y, con pasos pesados, se dirigió a la puerta de salida. De allí a la vereda solo mediaron unos minutos que siempre le era imposible recordar.

El aire frío volvió a generarle un pico de energía y, después de inspirar profundamente, comenzó a caminar con bríos hasta la parada del colectivo.

«Lo más difícil siempre es empezar», se consoló a medida que las cuadras iban quedando atrás.

Pasó por algunos negocios que ya estaban abiertos, pero, si le hubiesen preguntado, no tendría idea de cuáles eran.

En la parada, se encontró con algunos rostros conocidos. Eran todos los que tomaban el autobús a la misma hora. Observándolos de uno en uno, se preguntó si ellos estarían tan cansados de ver su cara como ella la de ellos. De repente, el peso de la rutina volvió a caer sobre sus hombros. Quiso huir, hacer otra cosa, pero el autobús ya se acercaba y subió a él como siempre. Le dijo el destino al chofer con desgana.

«Ya debería saberlo —pensó mientras caminaba hacia el fondo en busca de un asiento—. ¿Acaso no se lo digo todos los días?».

Se sentó en un asiento individual y se dedicó a observar por la ventana. Mejor dicho, a *mirar*, porque su mente no registraba nada de lo que pasaba frente a sus ojos. Por un momento, consideró escuchar

música, pero el solo hecho de pensar en sacar el reproductor de la cartera la agotó. Así que se quedó ahí sentada, quieta y vacía mientras dejaba que todo pasara a su alrededor. El viaje duraba unos cuarenta minutos y, en todo ese tiempo, el único pensamiento que cruzó por su mente era que no quería ir a la oficina.

Sin embargo, cuando llegó a su parada, se bajó automáticamente y caminó las pocas cuadras que la separaban del edificio. En su trayecto, pasaba por una ajetreada cafetería.

«Un día voy a parar a comprar algo para llevar», pensó sin detenerse y llegó hasta el lugar donde trabajaba, casi indistinguible de los otros inmuebles que lo rodeaban.

«Todos iguales —pensó—, como la gente que entra en ellos. Todos similares y viviendo una vida sin sentido».

Observó la gran entrada, donde la puerta no permanecía quieta un segundo a esa hora de la mañana.

«Y lo peor es que, en realidad, ni siquiera lo odio —reflexionó—, simplemente no siento nada. Me da lo mismo entrar o no».

—¿Te olvidaste de algo?

Carola se dio la vuelta, era una chica de Recursos Humanos.

—No, no, solo me quedé pensando.

Entraron juntas al edificio.

—Tengo que empezar a vivir —suspiró Carola cuando se cerraba el ascensor.

La oficina estaba en el mismo estado en que la había dejado el viernes anterior y con los mismos rostros adosados a cada puesto. Caminó hacia el suyo, saludando cada tanto con un desganado *buenos días* y recibiendo otro a cambio.

Llegó a su lugar y comenzó con el ritual diario de encender la computadora y prepararse otro café. Había cola frente a la máquina expendedora del agua caliente y ella aprovechó para desconectarse otra vez. Las conversaciones a su alrededor eran las mismas de cada mañana y le irritaba volver a escuchar siempre lo mismo. Por un momento, consideró regresar más tarde en busca del agua. Pero en ese instante apareció Nina con una sonrisa. Carola le correspondió con otra.

No se podría decir que fueran amigas, pero era con la que más hablaba y la que no parecía tener problemas con su vida ermitaña. Le preguntó por su fin de semana, pero no insistió cuando Carola solo gruñó un *bien, bien*, sino que pasó a contar el suyo. Había tantas

actividades apiñonadas en esos dos días que Carola se sorprendió de que Nina se viera tan descansada.

«Ni siquiera habrá tenido tiempo de dormir más que unas horas —calculó—, ¿de dónde saca energía para hacer tantas cosas?».

Nina seguía charlando y riendo hasta que llegaron al principio de la línea. Milagrosamente, todavía había agua caliente.

—Bueno, nos vemos después —dijo Nina mientras caminaba hacia el otro extremo del piso.

Carola asintió y volvió a su lugar. La máquina todavía no había terminado de prender, así que se sentó con la taza entre las manos y esperó, mirando fijamente el logo que flotaba en la pantalla. Ya había terminado la mitad del café cuando pudo acceder a su agenda. La leyó varias veces, con el ceño fruncido, estaba segura de haberla leído antes. Ya había asistido a todas esas reuniones y sabía cómo terminarían.

Hizo la agenda a un lado y comenzó con los *mails*. Uno a uno, fue avanzando por la bandeja de entrada. Solo era necesario contestar un pequeño porcentaje y, de ellos, dos, como mucho, requerían que pensara un poco.

Para las diez, había terminado con los *mails* y el café. Todavía le quedaba media hora para la primera reunión. Alzó la vista y, como siempre, se asombró de la cantidad de gente que había inundado la oficina. Las conversaciones circulaban a su alrededor como si ella fuera una pequeña isla. Los vio riendo y se preguntó si ellos sí habrían encontrado un sentido a lo que hacían.

El sonido de un nuevo correo en su casilla le devolvió la vista a su pantalla y no la sacó de ahí hasta que tuvo que ir a la primera reunión: el lanzamiento de un nuevo producto.

Cuando había elegido la carrera de Marketing, años atrás, había pensado que sería muy emocionante. Un producto nuevo cada vez, distintas formas de tentar al mercado. Imposible aburrirse. Pero, menos de diez años después, ya no podía siquiera concentrarse en lo que se discutía en la reunión. Los mismos pasos que para las campañas anteriores y hasta la reutilización de algunas ideas. Anotaba automáticamente las tareas que debía realizar y se sorprendió cuando se descubrió apuntando: *Reutilizar folletos de campaña último perfume, solo cambiar el nombre*.

Frunció el ceño.

«¿Cuándo se le había olvidado la creatividad? ¿Es que no hacía más que usar lo mismo una y otra vez?».

—¿Pasa algo, Carola?

Ella alzó los ojos hacia su jefe que, como el resto del equipo, tenía la vista fija en ella.

—No —titubeó—, nada…, mmm —como vio que algunas miradas decían *rara*, agregó—, eh…, la campaña sobre el último perfume, tal vez reutilizarla…

—¡Perfecto! —exclamó el jefe con un asentimiento—. Sí, este producto va en la misma línea, revisemos lo que podamos reutilizar. ¡Excelente idea, Carola!

La reunión prosiguió con alguna mirada rencorosa de sus compañeros. No se podía decir que le fuera mal en su carrera, aunque todos se preguntaban por qué no le iba aún mejor. Tanto sus compañeros como su jefe sabían que el potencial estaba ahí y a veces se lo hacían notar. Sin embargo, ella solo se encogía de hombros y sonreía.

—No estoy interesada por el momento.

Pero ese momento ya llevaba años extendiéndose y ella seguía estancada en el mismo lugar. Y no fue diferente ese día, las reuniones se sucedieron unas a otras y la jornada terminó de igual manera que todas las anteriores.

Mientras apagaba la computadora, se dio cuenta de que ni siquiera recordaba lo que había hecho. ¿Había almorzado siquiera?

—Hasta mañana —saludó Nina al pasar a su lado.

Carola sonrió y, por lo bajo, añadió:

—Mañana, hoy; da lo mismo.

Se puso el abrigo y, con la cartera en la mano, caminó hacia el elevador. Nunca era capaz de recordar los viajes en ascensor, era como si, por arte de magia, se encontrara de repente en la vereda.

Fuera, el viento arreciaba y ya no había sol que protegiera de sus fríos embates. Caminó de regreso a la parada del colectivo y esperó, mientras planificaba las escalas que haría en el camino. Era lunes, así que debía bajarse una parada antes, recoger la ropa de la lavandería, pagar al diariero y pasar por la rotisería a comprar ese pollo tan rico que comía al inicio de cada semana.

—Hola, Carola —la saludó el vendedor—, ¿lo de siempre?

—Sí —respondió Carola y aguardó pacientemente a que le prepararan el pedido.

Con las manos llenas de bolsas, llegó al edificio. El encargado

estaba en la puerta, conversando con otro de los vecinos.

—El pollo de los lunes, ¿eh? —Sonrió.

Carola esbozó una sonrisa y se apresuró a pasar a su lado.

«¿Qué le importa a él si como lo mismo todos los días? ¿Y por qué tiene que estar pregonándolo por todo el edificio?».

Por suerte, el ascensor estaba en planta baja y no tuvo que esperar para subir a su departamento. Entró en él sin prestar atención a nada y comenzó a guardar las bolsas. Luego fue al dormitorio, se sacó los zapatos y buscó la ropa para darse una ducha. Ya estaba bajo el agua cuando le asaltó la duda de si había dejado el pollo dentro del horno para que se mantuviera caliente. Trató de recordar los pasos desde que había entrado a su casa, pero todo era un borrón donde cada lunes era igual al anterior. Al final se rindió y pensó que no sería tan importante si lo había olvidado.

—Después de todo, siempre lo pongo en el horno —murmuró—, ¿por qué no estaría allí hoy?

Terminó de bañarse y fue a la cocina: el pollo estaba donde esperaba. Llevó la comida a la mesa y prendió el televisor pequeño que tenía allí para que hiciera ruido. Cuando bajó la vista hacia la mesa, vio que ya la había dispuesto sin darse cuenta. Suspiró y se sentó. El pollo tenía el mismo sabor de siempre y las mismas imágenes se discurrían en la pantalla frente a ella.

«Se suponía que iba a vivir hoy —pensó mientras masticaba otro bocado—, que iba a pensar cómo hacerlo».

Volvió a suspirar.

—Pero ahora no tengo ganas —murmuró y llevó el resto de la comida a la cocina.

Se sentó frente al televisor y comenzó a cambiar los canales.

«Hoy no tengo ganas de nada, tal vez mañana».

Capítulo II

¿ACASO HUBO UN MARTES? Nunca se enteró, alguien se olvidó de avisarle, porque ya era miércoles al mediodía y tocaba salir a almorzar. Dio los últimos toques al documento que estaba redactando y recogió sus cosas para salir de la oficina.

La espera del ascensor fue larga, como todos los días a esa hora. Estaba convencida de que evitaban su piso a propósito, como si quisieran impulsarla a usar las escaleras. Sin embargo, no funcionó, se mantuvo estoica a la espera de que un ascensor, con un mínimo de espacio, se detuviera en su piso.

Cuando por fin logró llegar a planta baja, se escabulló hacia la salida. Escuchó la voz de Nina, lo que la hizo titubear un momento, pero las masas la empujaban hacia la puerta y ella se dejó llevar. Fuera la esperaba un día gris y ventoso. Se abrochó el tapado hasta arriba y encaró en la misma dirección de todos los días.

Solía ir a un pequeño restaurante no muy lejos de allí. Era tranquilo y, aunque no tuviera mucha variedad de comida, era de buena calidad y con un precio razonable. Las calles estaban bastante concurridas. Las oficinas, si bien no estaban en zona céntrica, se hallaban muy cerca. Los automovilistas no dejaban de hacer sonar sus bocinas mientras los peatones se escurrían por cualquier recoveco que encontraran. Ella los esquivó a todos hasta que alcanzó el local al cual se dirigía. Empujó la puerta y sintió la resistencia en el brazo. Con el ceño fruncido, notó que el local estaba a oscuras y vio un cartel pegado en la puerta de vidrio.

—Cerrado por falta de luz —murmuró para sí.

Miró hacia todos lados. Recién en ese momento, advirtió que el resto de la cuadra estaba también a oscuras. No había notado cuándo había dejado de ver luces. Pero claro, aún era de día, no era fácil darse cuenta.

Casi sin saber por qué, volvió a empujar la puerta.

—Está cerrado —le dijo una voz a su espalda.

Carola se dio la vuelta. El que le había hablado era un hombre sentado junto a un pequeño puesto de diarios.

«¿Siempre estuvo aquí?», se preguntó a sí misma.

—No hay luz en toda la cuadra —prosiguió el hombre—, desde ayer a la tarde.

Carola esbozó una sonrisa y soltó la puerta. Como el hombre no dejaba de mirarla, se apresuró a alejarse de allí.

El día se había vuelto más sombrío mientras ella pensaba en dónde ir a almorzar. No había realmente otro lugar que le gustara. Pasó por varios locales bastante llenos y no se decidió a entrar en ninguno. Al final, terminó por comprar en un local de comida rápida. El plan era regresar a la oficina, pero se había alejado tanto que se equivocó en una de las vueltas y acabó por llegar a una plazoleta.

No recordaba haberla visto antes. Si bien había varias personas desperdigadas por ahí, aun con el frío, todavía quedaban unos lugares libres. Vio a unas cuantas personas comiendo y, con un impulso, se dirigió a uno de los bancos y sacó su almuerzo. No recordaba la última vez que había comido al aire libre y mucho menos en una plaza.

Probablemente, había sido durante su adolescencia, cuando todavía tenía un grupo de amigos. ¿Qué había pasado con ellos? La pérdida de contacto había sido tan gradual que apenas lo había notado. Hasta que se dio cuenta de que todos los días comía sola, hacía todo sola…

En la plazoleta gris vio algunas personas por su cuenta, pero la mayoría iban en grupos de dos o tres.

«No tengo que pensar en eso, no importa —pensó—. Por fin estoy haciendo algo distinto».

Miró a su alrededor, decidida a captar cada detalle de ese nuevo lugar. Tal vez pudiera volver otro día. ¡Sería el lugar de almuerzo de los miércoles!

Su sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido.

«Ya estoy creando rutinas otra vez. No voy a hacerlo, voy a disfrutar de este almuerzo distinto, de cada bocado…».

Solo entonces se dio cuenta de que ya había devorado toda su comida y ni siquiera recordaba el sabor. Suspiró y se limpió las manos. Tal vez debiera volver a la oficina. Miró el reloj. Aún le

quedaba tiempo, no había pasado tanto como había creído. Trató de relajarse y se obligó a absorber todo lo que la rodeaba.

Aunque la plazoleta no tenía mucha vegetación, las pocas flores que contenía eran de colores muy bellos. Además, como mucha gente se quedaba a comer allí, estaba llena de palomas. Se apiñaban alrededor de cada banco, incluso el suyo. Se quedó mirando a la que caminaba cerca de sus pies. Sí, era eso lo que tenía que hacer, realmente observar lo que tenía a su alrededor. El andar ondulante de la paloma le sacó una sonrisa; parecía como si el ave fuera impulsada por su propio cuello, que la tiraba hacia delante. Entonces a ella se le ocurrió una idea para la campaña en la que estaba trabajando.

—Sí —murmuró y se puso de pie—, creo que puede funcionar. Puede funcionar muy bien.

Las palomas a su alrededor se dispersaron. Carola recogió sus cosas y, haciendo caso omiso a las personas que la miraron cuando se puso de pie, buscó un tacho de basura. Había uno solo en toda la plazoleta, pero no le molestó tener que caminar hasta él. Ese almuerzo le había devuelto la energía.

Se encaminó con bríos hacia la oficina, entusiasmada con llegar, con probar la idea que le estaba rondando por la cabeza. Pasó por la ajetreada cafetería y entró, sin pensarlo, a comprar uno para llevar. Sus compañeros se sorprendieron de verla de regreso con una sonrisa. Aunque luego de algunas murmuraciones, cada uno siguió con su propio trabajo. Carola se sentó a su escritorio y comenzó a trabajar en su idea.

Media hora después, estaba bastante satisfecha con el resultado, cuando la llamó uno de su equipo. Había que volver a reunirse por una de las campañas. Carola ahogó un gruñido y fue a la sala de reuniones. Ya continuaría después.

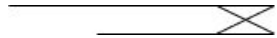
Pero no fue así, la reunión se prolongó durante unas horas, tan monótonas que Carola volvió a desconectarse hasta que regresó a su escritorio. Los demás formaron un grupo y continuaron hablando. Ella se separó, la charla era también la misma. Por un momento, pensó en mostrarles su idea, pero desistió; entonces intentó volver a sentir lo que había experimentado en la plazoleta, pero eso ya no estaba allí, estaba embotada.

«Y tampoco es que valga la pena comentárselos —miró al grupo de personas con los que trabajaba—, no lo entenderían, ni yo lo hago todavía».

Leyó de vuelta las notas sobre su idea, que titilaban en la pantalla. Sintió las palabras lejanas e incluso la dejaban con una sensación

levemente molesta. Algo le fastidiaba de ellas, así que las alejó de su mente, como todo lo demás que la rodeaba, y volvió a su lista de actividades.

La tarde terminó casi sin que ella lo notara.



EL JUEVES FUE IGUAL AL MIÉRCOLES, por lo menos durante la mañana. Y también al mediodía, no hubo ni café ni palomas, ya que su local de siempre estaba abierto. Así que se sentó en la mesa de costumbre junto a la ventana y vio a la gente pasar. La comida fue buena, o al menos no tan mala como para que lo notara. Los jueves tocaba pasta y ese almuerzo siempre le causaba cierta somnolencia. Ya había terminado de comer y aún tenía tiempo, así que se recostó sobre el respaldo de la silla y entornó los ojos.

El murmullo a su alrededor la fue arrullando. Y se hubiera quedado dormida si no hubiera sido por una luz que titilaba insistentemente en la calle de enfrente y penetraba sus párpados. Abrió los ojos hacia la luz, en ese punto había un pequeño callejón entre dos edificios viejos. No más que dos metros de oscuridad y una pequeña llama dentro. Carola se incorporó y miró con atención. No alcanzaba a determinar de dónde provenía ese reflejo. Ciertamente, no era del sol, ya que el cielo estaba encapotado.

—¿Qué será? —murmuró.

—¿Todo bien? —preguntó la mesera a su lado.

Carola se sobresaltó.

—Sí, sí, todo bien.

—¿Traigo la cuenta?

—Sí, por favor.

La mesera se alejó y Carola volvió a fijar su atención en el callejón, la luz ya no estaba allí. Frunció el ceño y luego hizo un ademán. No era nada, solo un destello. Pagó la cuenta y regresó a la oficina. Lo hizo de prisa y con cierta culpabilidad.

«¿Por qué?», se preguntó, aunque no hacía falta.

Era por la plazoleta. Pero no tenía que regresar, no, había dicho que no lo iba a convertir en una rutina. Aunque su restaurante de siempre sí lo era y había vuelto a él sin problemas.

—Solo por hoy —murmuró—, mañana haré algo distinto.

En el palier del edificio, se sometió al ritual de esperar el ascensor del mediodía. Siempre estaba lleno de gente, todos se abalanzaban al cubículo como si no fuera a aparecer otro. Carola los dejó pasar a medida que se iba aclarando el lugar.

—¿Subes? —le preguntó una voz agradable a su lado.

Era Giorgio. Él trabajaba en el sector comercial, en otro piso, aunque lo había visto varias veces.

—Sí. —Sonrió Carola.

Él le sujetó la puerta mientras ella subía, se tropezó al entrar e hizo una mueca que esperó que él no hubiera visto. Subieron un par de personas más y entonces Giorgio se volvió hacia ella.

—Me preguntaba si podía pasar más tarde a verte.

—¿A mí? —La voz de Carola se elevó lo suficiente para que las demás personas del ascensor se volvieran hacia ella—. Quiero decir… —bajó la voz—, este…

—Sí, quería hacerte unas preguntas sobre una campaña, para constatar unos datos.

—Ah, sí, claro —murmuró—, cuando quieras.

Giorgio sonrió y la saludó con la mano mientras bajaba en su piso. Carola suspiró, fue la última en descender del ascensor. Fue directo al baño y se miró en el espejo. Estaba bastante bien. El viento de la calle no la había despeinado tanto. Se arregló un poco más y consideró aplicarse brillo en los labios.

—Bah —suspiró—, no importa.

—¿Qué cosa? —preguntó Nina, que estaba entrando en el baño en ese momento.

—Nada. —Sonrió rápidamente Carola y regresó a su escritorio.

Lo acomodó varias veces mientras trabajaba. Levantaba la vista cada tanto. Giorgio no le había dicho a qué hora pasaría.

—Es una estupidez —murmuró y se concentró en su pantalla por enésima vez.

No supo cuánto tiempo había pasado desde que lograra prestar atención a lo que hacía cuando volvió a escuchar la voz de Giorgio.

—¿Te molesto?

Carola alzó la vista.

—¿Eh?

Pensó que él tenía un rostro agradable y no sonreía en exceso; además, era tranquilo y firme.

—¿Me puedo sentar?

—¿Eh? Claro. —Carola se puso de pie y buscó con la mirada a su alrededor.

—No te preocupes, ya voy por una yo.

Giorgio estuvo con ella poco más de media hora. Cuando Carola pudo desconectarse de sus primeros pensamientos, la reunión avanzó rápidamente. Se conocía de memoria esa campaña y podía recitar todos los detalles automáticamente. Giorgio la escuchaba con gesto atento. Cuando terminaron, él titubeó durante un momento, aún de pie cerca de su escritorio.

—¿Algo más? —preguntó Carola, aunque de reojo ya miraba los *mails* que habían llegado mientras tanto.

—No, por ahora no, muchas gracias.

—No es nada.

Apenas se hubo alejado, apareció Nina.

—Atractivo, ¿no?

—Mmm… —Carola no apartó la vista de la pantalla.

—Aunque no es mi estilo —continuó Nina—, demasiado serio. ¿Tú qué crees?

Carola se demoró tanto en contestar que Nina prosiguió con otra pregunta, aparentemente no afectada por la falta de respuesta de Carola.

—¿Sabes?, mañana saldremos un grupo a tomar algo, ¿quieres venir?

Carola la miró extrañada, hasta que entendió de qué le hablaba. Al día siguiente era viernes.

«Claro, mucha gente sale los viernes a la tarde o noche; otra rutina».

—No, gracias.

—Está bien. —Nina se encogió de hombros y se alejó.

Por un momento, a Carola le irritó que no insistiera. No porque fuera a aceptar, sino porque quería saber si en verdad era cierto que deseaba que fuera. Era obvio que no.

Sacudió la cabeza; en realidad, no era importante.

Volvió a la lectura de sus *mails*, quería dejar la bandeja vacía antes de irse. Todo pensamiento sobre Giorgio se había ido y ni que decir de la paloma de unos días antes. Carola no la recordó hasta que ya había apagado la computadora y se disponía a irse. Y solo lo hizo porque otra paloma chocó contra la ventana. Ella se sobresaltó, aunque no era la primera vez que pasaba.

—Solo una paloma —dijo Nina, que pasaba a su lado.

«Siempre está a mi alrededor», frunció el ceño Carola.

Pero tal vez fuera una señal, como la otra paloma; quiso tomarlo así. Recogió su bolso con prisas y salió corriendo. Alcanzó a Nina en el ascensor.

—Cambié de idea —anunció—, quiero ir.

Nina la miró extrañada.

—Mañana —aclaró Carola.

—Ah, sí, claro, nos encantaría que vinieras. —Sonrió—. Salimos directamente de la oficina, así que ven preparada para la ocasión —le dio un pequeño codazo—; creo que también va Giorgio.

Se separaron a la salida del edificio, iban en direcciones opuestas. Carola se sentía más animada. Ya tenía su acción distinta del viernes. Hacía mucho que no salía a tomar algo, le haría bien. Se encontró tarareando por lo bajo mientras esperaba el colectivo. No importaba realmente quién iba o no, solo bastaba pasar un rato agradable.

Durante el viaje, pensó que tendría que cambiar la ropa del viernes, su uniforme habitual no era apropiado. Sin embargo, cuando llegó a su departamento y abrió el ropero, se quedó paralizada: no tenía nada adecuado.

«Pero ¿adecuado para qué, Carola?, ¿qué es lo que esperas conseguir?».

No lo supo o no quiso saberlo.

Se fue a la cama sin elegir la ropa para el día siguiente.

Capítulo III

A LA MAÑANA, se levantó al mismo horario de siempre. Eso significó que tener que buscar la ropa que no había dejado preparada la noche anterior le retrasó todo el cronograma matutino. Tuvo que omitir secarse el cabello para llegar a prepararse un rápido desayuno. Se había demorado demasiado en elegir qué ponerse, lo cual no había sido más que una pollera hasta las rodillas con botas largas, medias gruesas por el frío y un pulóver de cuello alto. Había analizado varias veces recogerse el pelo, pero no había logrado decidirse por ninguna forma en particular.

El desayuno fue breve y salió de la casa solo unos minutos después de lo acostumbrado. Cuando llegó a la parada del colectivo, el micro ya estaba allí y había una larga cola de gente subiendo a él. Carola dejó salir un sonoro suspiro.

«Todo vuelve a la normalidad —pensó y luego reprimió un escalofrío—. La normalidad, la rutina, no puedo dejar de pensar en eso. ¿Por qué no puedo alejarme de ella?».

Subió al colectivo mecánicamente y encontró un hueco hacia el fondo. Suspiró otra vez.

«Al menos esta noche voy a hacer algo diferente —continuó conversando consigo misma— y tal vez también podría ir a la plazoleta al mediodía».

El viaje terminó sin incidentes y otra vez estaba frente a su oficina, como si nunca se hubiera ido. La gente se arremolinaba en el exterior, sumergida en charlas banales, como si se tratara de la última resistencia antes de entrar y enfrentar sus escritorios. Carola saludó a unas pocas personas y luego se dispuso a esperar el ascensor con cara de nada.

—Buenos días. —Giorgio apareció a su lado, lucía una sonrisa que

no debería estar permitida durante las mañanas.

—Hola —carraspeó Carola mientras se aclaraba la garganta.

—Me dijo Nina que vienes esta noche, toda una sorpresa.

«¿Cómo se lo habrá contado con tanta rapidez? —Carola frunció el ceño—. Si yo me fui junto con Nina».

—No lo decía en el mal sentido —se apresuró a aclarar Giorgio, cuyo rostro había mutado de expresión, probablemente por el ceño fruncido de Carola.

Esta se esforzó en relajarse.

—Perdona, todavía estoy algo dormida. Sí, al final pensé: ¿por qué no?

Giorgio volvió a sonreír.

—No todo puede ser trabajo.

El ascensor llegó y dentro se vieron separados por una masa de gente que cualquiera diría que era imposible que cupiera en ese espacio. Cuando Giorgio se bajó, solo pudo hacerle un gesto con la cabeza a Carola, quien respondió con una sonrisa.

Ya frente a su escritorio, ella comenzó con la rutina diaria. Cuando iba por la mitad de la bandeja de *mails*, escuchó un golpe seco. Su primera reacción fue mirar hacia la ventana, pero luego notó que eran unas carpetas que se le habían caído a un compañero. Sin embargo, volvió a mirar hacia la ventana.

—La paloma —susurró.

En un acto de rebelión, abandonó la bandeja de *mails* y retomó el documento que había empezado unos días antes. Lo miró fijamente y, luego de unos minutos, se sumergió en la idea. Lo hizo con tanta concentración que no notó cuando su jefe se acercó a ella, ni cuando se quedó observando por sobre su hombro.

—¡Es un concepto fantástico! —exclamó de repente y Carola se sobresaltó.

—¿Eh?

El jefe se volvió hacia ella.

—Me encanta, ¿para qué campaña lo estás pensando? Se me ocurren un par que serían adecuadas.

—Eh, en realidad lo estaba pensando para el proyecto que vimos el lunes…

—Sí, sí —él tomó el *mousse* por su cuenta y revisó el documento—,

ya lo veo, es genial, una idea muy fresca. Mándamelo ya por *mail* —le sonrió—, reuniré esta tarde al equipo.

—Mmm, claro —dijo Carola y ya estaba abriendo el correo cuando se le ocurrió algo más—. ¿Me buscaba por algo?

—No, nada importante, solo quería saber cómo estabas —volvió a sonreír—, pero creo que estás en plena forma. Nos vemos a la tarde.

Se alejó después de darle un pulgar hacia arriba. Carola forzó una sonrisa y volvió a fijar la vista en su pantalla, a la vez que evitaba todas las miradas que estaba recibiendo de sus compañeros. Después de enviar el *mail* a su jefe, siguió leyendo y contestando los restantes hasta que dejó la bandeja vacía. Desde ese momento, solo pasaron unos instantes hasta que llegó el mediodía. Carola miró la hora y se dispuso a salir.

El día era fresco y nublado, pero con una brillantez poco común para esa época del año. No fue hasta que apoyó la mano en el picaporte de la puerta de su restaurante preferido que pensó en la plazoleta.

Vaciló.

«Mañana —se dijo a sí misma y abrió la puerta—. No, mañana es sábado, el lunes, hoy ya haré algo distinto a la noche».

Se repitió eso a sí misma como si fuera un mantra durante toda la comida.

Además, no dejaba de mirar por la ventana, como si buscara algo, pero no estuviera segura de qué se trataba.

Una hora después, estaba de vuelta en la oficina y nuevamente en *la* reunión, la eterna reunión. Al principio, se había mostrado entusiasmada al exponer su nueva idea, pero pronto la conversación se convirtió en la misma de siempre y Carola dejó vagar sus pensamientos hasta que terminó. Para cuando regresó a su escritorio, ya era hora de cerrar. Nina apareció el instante en que apagó la computadora, no la había visto en todo el día.

—Ven —le dijo con una sonrisa—, vamos a arreglarnos un poco.

Carola la miró de arriba abajo y pensó que no necesitaba arreglar nada; sin embargo, ella seguramente no lucía tan bien. El baño estaba lleno de mujeres retocándose, algunas le dirigieron unas miradas rápidas para luego volver a concentrarse en sí mismas. Carola se miró en el espejo, no se veía tan mal. Nina le pasó su portacosméticos y Carola inició el ritual que las unía a todas en ese momento.

—¿Quiénes van?

Nina hizo una mueca.

—Se bajaron algunos, pero no importa, el bar estará lleno, tiene buen ambiente. —Sonrió—. Giorgio está muy emocionado.

Carola se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Cuándo se lo dijiste?

Los ojos de Nina titilaron.

—Si te lo dijera, no me creerías.

Carola iba a preguntar algo más, pero unos ruidos detrás de ella le indicaron que había más personas esperando por su lugar frente al espejo, así que se apresuró a terminar.

Habían ya pasado cuarenta minutos cuando todos se encontraron en la puerta del edificio. Eran cuatro. Carola solo reconocía al otro hombre de haberlo cruzado en el ascensor, pero parecía conocerse con Giorgio, así que supuso que trabajarían juntos.

—Es una noche hermosa —dijo Nina mirando el cielo—, ¿por qué no caminamos un poco? Tendremos más probabilidades de conseguir un taxi a unas cuadras.

Carola aspiró el aire a su alrededor, realmente era una noche hermosa. Giorgio rápidamente se puso a su lado cuando comenzaron a caminar e inició varias conversaciones que ella intentó seguir.

Ninguno parecía tener apuro por llegar al bar y las cuadras se fueron sucediendo unas a otras hasta que Carola tropezó y él tuvo que sostenerla. Ella murmuró algo ininteligible por lo bajo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, claro.

«Solo que no sé por qué estoy tan torpe».

Carola se obligó a relajarse, aunque las cosas no mejoraron en el bar. Aquel era un lugar alegre, pero ella estaba tan tensa que lograba que todos la miraran de reojo y se alejaran de ella.

—Son solo unas copas con amigos —le susurró Nina.

—Ya sé, es que… —Inspiró con fuerza, en ese momento una camarera chocó contra ella y le volcó encima el contenido de varios vasos.

La chica se disculpó con nerviosismo. Carola primero frunció el ceño, pero Giorgio no pudo reprimir la risa y al final ella logró reírse también. Con los ojos aún llorosos, le devolvió la mirada a Giorgio, quien le guiñó un ojo. Carola sonrió.

«Eso es, solo debo relajarme, no pasa nada, antes solía disfrutar esto y creo que ya recuerdo por qué».

Volvió a mirar a Giorgio, esperó a que él le devolviera la mirada y levantó su vaso en señal de brindis.

«Tengo que reír más —se dijo—, no voy a olvidarme de esto».

La noche finalizó con una Carola muy alegre, que casi dejó que Giorgio la acompañara a su casa, pero finalmente se decidió por tomar un taxi sola. Él no insistió y ella suspiró agradecida por ello. Era bastante tarde, había pasado más de la mitad de la noche y había poca gente en la calle y menos autos. La temperatura todavía era frescamente vigorizante y Carola se sentía llena de energía, aun cuando su cuerpo estaba cansado. Después del accidente con la camarera, todo había ido mucho mejor. Se miró la mancha que le había quedado en el pulóver y sonrió.

«Haré esto más seguido —se prometió a sí misma—, no sé cuándo ni por qué lo dejé, pero fue un error. Hacía mucho que no me sentía viva».

Aún con una sonrisa en los labios, se dedicó a mirar por la ventana, aunque no hubiera mucho para ver. El auto, debido al poco tráfico, avanzaba con velocidad. El chofer se salteó algunos semáforos en rojo, pero ella no se lo hizo notar. De todas formas, las calles estaban vacías. Se dedicó a mirar las luces que se sucedían unas a otras como una carrera de postas. Algunas más apagadas, otras más brillantes.

Carola se inclinó hacia el cristal de la ventanilla. Parecía que había una luz que la perseguía… ¿o se movía con ella? No lo podía definir. Le resultaba familiar y a la vez extraña. Entornó los ojos para tratar de enfocarla. Probablemente el chofer estaba haciendo lo mismo, porque lo próximo que sintió Carola fue una sacudida que la hizo deslizarse inevitablemente hacia delante.

Notó que todo giraba a su alrededor, o tal vez fuera ella la que daba vueltas sin poder contenerse. Sin embargo, le llamó la atención que fuera tan silencioso. Solo imágenes, luces y ningún sonido. No se acordaba de haber cerrado los ojos, ni mucho menos de haber perdido el conocimiento, solo recordaba una fuerte luz sobre los párpados que le hizo abrir los ojos de forma sobresaltada. Su cuerpo se rebeló ante al pensamiento que conjuraba esa luz, pero le costaba moverse. Sentía el cuerpo pesado y entumecido. Solamente podía concentrarse en esa luz y las imágenes que contenía. Todavía todo seguía silencioso.

Carola se enfocó aún más, había algo que le llamaba la atención, le atraía, tenía que descubrir qué era. La luz se fue difuminando en el

centro y las imágenes se hicieron más claras. Había personas allí. Personas que hablaban y reían palabras mudas. Sus ropas eran algo extrañas y parecían no estar al tanto de que Carola las miraba. Pero ¿qué hacían allí en medio de la calle, en medio de la noche? A Carola los ojos le empezaron a picar y se empecinaron en cerrarse, pero ella apretó la mandíbula y trató de incorporarse. Tenía que ver. Esa mujer, esa mujer… era ella.

¡Eso era lo que le había llamado la atención!

Era su rostro el que veía en esas imágenes. Pero no era ella, estaba segura de que nunca había lucido esa expresión. Sus ojos brillaban tanto que parecía imposible que fueran sencillamente castaños. Y sus ademanes…, esa no era ella, era alguien más vistiendo su cuerpo. Los ojos le comenzaron a llorar y ella se mordió la lengua en un intento de mantenerlos abiertos, de permanecer despierta. Los párpados bajaban con una fuerza inusitada; se resistió. Las imágenes comenzaron a aclararse a medida que las luces a sus lados se tornaban más brillantes. En ese momento, el rostro de la mujer se volvió hacia ella, un rostro que primero mostró sorpresa y luego hizo aparecer una sonrisa que logró que Carola se sintiera nerviosa, aunque no supiera por qué. La mujer hizo un leve asentimiento hacia ella antes de que su imagen se desvaneciera.

Capítulo IV

LO PRÓXIMO QUE SUPO CAROLA fue que la estaban sacudiendo para que despertara. El mundo había recuperado el sonido y las voces se sucedían a su alrededor. Una sirena se calló cuando ella pudo abrir los ojos. Las luces revoloteaban en torno a ella, pero eran luces normales.

—Está despierta —dijo de repente una voz y un rostro preocupado apareció sobre ella—. No intente moverse todavía.

La misma ambulancia los trasladó a los dos, ninguno tenía heridas de gravedad. El coche se había descontrolado al agarrar mal un bache. Carola escuchó cómo algunas personas se quejaban del estado de la calle. Incluso uno aseguró que había reclamado varias veces. Seguramente, eran vecinos, alguno de ellos habría llamado a la ambulancia. Los llevaron al hospital más cercano, ambos, ella y el chofer, debieron quedarse el resto de la noche en observación.

—¿Está segura de que no quiere llamar a nadie? —insistió la enfermera.

Carola sonrió levemente.

—Sí, estoy bien, solo tengo unos moratones.

«Y además, ¿a quién llamaría?», pensó para sí misma.

No pudo descansar mucho, ya que las enfermeras no dejaban de entrar y salir de la habitación. Así como sus pensamientos entraban y salían de esa calle y lo que había visto allí. No podía ser real, de eso estaba segura, pero ¿qué significaba? ¿Por qué se había visto a sí misma? Además, había algo más en todo aquello que le resultaba familiar. Algo que sabía que había visto antes, pero no podía definir. Ese misterio la entretuvo el resto de la noche y la primera parte de la mañana. Cuando al fin pasó un doctor que le hizo una revisión y le dio el alta, Carola ya solo pensaba en dormir.

—Tuvo mucha suerte —le dijo el médico y ella asintió automáticamente—, de todas formas, quiero que preste atención a cualquier síntoma que tenga los próximos días, sobre todo si es dolor de cabeza. —La miró con gesto severo—. En ese caso (o cualquier otro), vaya inmediatamente a una guardia.

Carola asintió a cada una de sus recomendaciones, ansiosa por irse de allí. Pero antes, tuvo que librarse del taxista. El hombre no dejaba de disculparse y se mostraba muy nervioso. Le dio sus datos y le dijo que lo llamara por cualquier cosa. No cejó hasta que ella le dio sus propios datos y le aseguró decenas de veces que solo había sido un accidente. Que no había sido culpa de nadie, que nadie había salido herido. El hombre vaciló y murmuró por lo bajo algo que sonó a *me distraje, no sé cómo*….

Carola recordó los semáforos en rojo, pero al final solo se decidió a decirle que prestara más atención en el futuro, a lo que el hombre asintió con muchos gestos. Carola por fin pudo librarse de él. Tenía otra cosa en mente y lo supo cuando salió a la calle y respiró el fresco aire. Estaba viva, estaba ilesa, ese accidente la había hecho sentirse viva, aunque fuera un *cliché*, era cierto lo que comentaban. Cuando había visto la luz, cuando había sentido la oscuridad… Reprimió un escalofrío. Ahora se sentía realmente viva, mucho más de lo que se había sentido en el bar. Ahora sí sabía lo mucho que faltaba en su vida. Lo mucho que la deseaba. Y vio su otro rostro, sus otros ojos.

Hizo casi todo el trayecto hacia su casa caminando. El día era frío, pero el cielo estaba despejado y los rayos del sol se hacían apreciar levemente. El aire era fresco y podía sentirlo llenando sus pulmones. Los leves pinchazos gélidos le hicieron aumentar la velocidad y pronto adoptó un ritmo que la hizo entrar en calor y no querer detenerse. Estaba a pocas cuadras cuando se detuvo. No había pensado en nada desde que saliera del hospital, más allá de llegar a casa y planificar su nueva vida. La que sentía que necesitaba, que le estaba faltando desde que despertó en la calle, luego de ese viaje en taxi.

Por eso frenó, vio un taxi pararse justo frente a ella. Una pareja joven bajó del auto con un bebé en brazos. Se demoraron tanto que el semáforo cambió a rojo y el auto quedó estacionado. El taxista la miró varias veces y al final ella abrió la puerta y entró en el auto. Luego de darle las indicaciones necesarias, se acomodó para ver pasar las escenas a través del cristal. Bajó la ventanilla para que el aire le diera en el rostro. Incluso, durante breves minutos, cerraba los ojos. El trayecto fue corto y antes de que se diera cuenta estaba frente a su edificio. Pagó al taxista y salió. El encargado estaba parado junto a la puerta, conversando con uno de los vecinos. A esa hora ya había terminado de realizar la limpieza de la mañana. Se volvió hacia Carola

con interés y le sonrió, pero ella lo evitó y pasó a su lado con un rápido saludo. Apenas entró a su departamento, se inmovilizó. ¿Cuál era la rutina de ese día?

—Hoy es sábado —murmuró Carola y miró el reloj—, a esta hora estaría levantándome.

Vaciló unos segundos y luego decidió darse un baño y desayunar algo. Aquello le llevó tan poco tiempo que pronto se encontró otra vez pensando en qué hacer a continuación. La rutina no fluía. Se suponía que era día de limpieza, día de compras para la heladera y cualquier otra cosa que necesitara, pero no encontraba las fuerzas ni el interés para realizar aquellas tareas. No podía dejar de pensar en lo que había visto hacía solo unas horas.

—¿Qué es? —susurró sentada en el sofá que daba al pequeño balcón—. ¿Qué es lo que vi? ¿Quién era ella? ¿Acaso es un mensaje? ¿Un mensaje de mi subconsciente?

Se rio sola en voz baja. Negó con la cabeza y suspiró.

—No sé qué intento hacer.

Se levantó y comenzó a ordenar el departamento.

—Pensaré mejor mañana, cuando tenga las cosas ordenadas, cuando sepa todo lo que tengo que hacer… —Se detuvo con un almohadón en la mano. Lo miró con lentitud, como si fuera la primera vez que le prestaba atención. O como si no lo conociera—. Lo que tengo que hacer… —repitió y luego lanzó el almohadón a un lado—. En realidad, no *tengo* que hacer nada.

Se dejó caer en el sofá y se llevó las manos a la cabeza, se mesó los cabellos.

—No *tengo* que hacer nada. ¿Cuándo me llené de tantas obligaciones que no significan nada para mí?

Volvió a ponerse de pie y a caminar de un lado para el otro. La energía que había sentido esa mañana en la caminata todavía no la había dejado y no sabía qué hacer con ella. Hacía mucho tiempo que no la sentía. Finalmente, decidió darse otro baño, esa vez de inmersión, y poner algo de música. Ello la relajó y, adormecida, decidió descansar un poco. Bajó las persianas y se acomodó en su habitación. No tardó en quedarse dormida, pero no fue un sueño tranquilo. Las imágenes se sucedían unas a otras como un remolino. Un sinfín que terminaba y volvía a comenzar. Y la imagen de ella siempre en el centro, con una luz insistente que revoloteaba a su alrededor. Ese rostro –que era el suyo– era un espejo donde veía una versión de sí misma que era feliz. ¿Pero qué significaba…?

Se despertó con un sobresalto. Era el teléfono, lo cual era extraño, no solía sonar. Caminó con algo de desgana y levantó el auricular con reticencia y a la vez con expectación y luego lo cortó con un golpe brusco. Era una llamada automática, solo publicidad. Miró a su alrededor, a su comedor a medio ordenar, y después salió al balcón. Era pasada la tarde y el sol se sentía menos. Se había levantado un viento frío que hizo que volviera a entrar a su casa. Fue a la cocina y se quedó cerca del horno mientras se calentaba algo de comer. Y luego de comer, estaba otra vez caminando de un lado a otro, sin hacer nada en realidad. Hasta que al final decidió prender su *notebook*. Intentó varias búsquedas, pero ninguna le fue satisfactoria. La luz brillante no le decía nada y no había mucho como esas imágenes que no fueran sobre el significado de los sueños.

Frustrada, cerró la *notebook* de un golpe. Y luego la volvió a abrir con rapidez para comprobar que no había roto nada. La cerró nuevamente con un suspiro y se quedó tamborileando los dedos sobre ella.

—Esto no sirve de nada —musitó—, hay algo que estoy pasando por alto, pero ¿qué? ¿Qué?

Su vista fue involuntariamente atraída hacia donde titilaba la luz que indicaba que la máquina se hallaba en reposo. Carola frunció el ceño y se inclinó hacia la luz. Murmuró por lo bajo palabras inaudibles, se mordió los labios y cerró los ojos.

—Esa luz, esa luz es la clave, me persiguió durante el viaje el taxi, agazapada en la oscuridad como en un callejón…

Se puso de pie de un salto, una sonrisa se expandió por su rostro.

—¡Eso es! Ya sé dónde la había visto antes, en el callejón frente al restaurante.

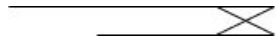
Miró hacia el balcón, el sol comenzaba a descender. Frunció los labios.

—Creo que será mejor que vaya mañana, ya está por oscurecer, además mañana, un domingo, habrá menos gente por allí. —Asintió a sí misma—. Sí, iré mañana.

Una vez tomada la decisión, su cuerpo se relajó en el sofá. Estuvo inmóvil durante varios minutos, aún con la sonrisa en el rostro y la mirada perdida. La luz de la *notebook* pasó de blanca a naranja y perdió intensidad. Las sombras ya habían carcomido el balcón cuando ella por fin se puso de pie y se dirigió a la cocina.

Esa vez cenó en el comedor, frente al televisor, donde encontró una película que no había visto y la entretuvo durante un par de

horas. Cuando terminó, sencillamente se fue a dormir. El plan para el día siguiente estaba listo.



A LA MAÑANA SE DESPERTÓ POR SÍ SOLA, a las ocho. El sol ya se filtraba por las rendijas de la persiana de su habitación y caía sobre sus pies. Había un silencio intenso en todo el edificio, como si fuera tabú hacer ruido ese día a esa hora. Carola se levantó con algo de desgana y gesto cansado. La noche había estado habitada de sueños, o más bien el mismo sueño que se repetía una y otra vez, con las mismas imágenes que giraban alrededor. Además, debido a la siesta del día anterior, le había costado conciliar el sueño. Sin embargo, no deseaba quedarse más en la cama, todavía sentía el cosquilleo del sábado y necesitaba averiguar si esa luz realmente existía o ya se estaba volviendo loca.

Desayunó con rapidez, solo un café con leche y unas tostadas, las últimas que le quedaban. Revisó las alacenas y la heladera, frunció la nariz.

—Haré las compras cuando regrese —murmuró.

Luego de comer, se visitó con sencillez, ropa cómoda de fin de semana, por más que estuviera por viajar hacia el centro de la ciudad. Debió esperar bastante al micro, pero era la única persona en la parada y una de las pocas en el autobús. El viaje fue tranquilo y le permitió ir sentada y observando las calles por la ventanilla. La mayoría de los locales estaban cerrados y había poca gente caminando por las aceras. El centro estaba todavía más vacío.

—Ojalá fuera así durante la semana —musitó Carola mientras se bajaba del autobús.

Más que nada por costumbre, se había bajado frente al edificio donde trabajaba, el cual estaba abierto. Estaba permitido acercarse los fines de semana a adelantar un trabajo o hacer horas extras. Sabía de muchas personas que lo hacían, pero ella nunca había entendido por qué desearían pasar más tiempo en un sitio tan tedioso. Le dio la espalda y se dirigió hacia el lugar donde almorzaba todos los días. El restaurante estaba abierto y tan lleno de actividad como siempre, aunque en este caso tenía una mayor población de turistas.

—Usted sí que es leal —dijo con una risa el hombre que estaba sentado en el puesto de diarios.

Carola se volvió hacia él con el gesto arrugado.

—Solo pasaba por aquí —murmuró y se apresuró a alejarse de allí. Aunque, de todas formas, fue capaz de oír la risa del hombre.

Cruzó la calle en la esquina y caminó con decisión hasta el callejón, una vez allí se detuvo. Era muy angosto y estaba bastante oscuro, aun cuando ya era completamente de día. No debía de tener mucha profundidad, aunque era imposible verlo desde allí. Carola se inclinó hacia delante y frunció la nariz. Evidentemente, lo utilizaban como depósito de basura. Dio una larga inhalación y avanzó un paso con los labios apretados. Vio que algo se movía en la oscuridad y retrocedió.

«¿Y si hay alguien viviendo allí?».

Se volvió para mirar alrededor, había poca gente en la calle y la mayoría la ignoraba. Nadie vería dónde se internaba, ¿pero la escucharían si gritaba? Carola volvió a mirar en derredor, el hombre del puesto de diario era el único que la miraba. Debía de estar muy aburrido allí. Ella lo ignoró y volvió a enfrentarse al callejón.

—¿Hola? —dijo con voz algo titubeante y luego se la aclaró—. ¿Hola?

No contestó nadie, pero volvió a ver otro movimiento cerca del suelo y luego oyó un leve cuchicheo.

—Ratas —murmuró por lo bajo e hizo un gesto de asco.

Cerró los ojos y dio otro paso adelante. Y luego otro y otro. Sus pies tropezaron más de una vez, pero ella se negó a mirar hacia abajo y sencillamente hizo como si no oyera ningún ruido. El olor era más intenso y el aire, todavía más pesado. Aunque seguía fresco, se lo notaba estancado. El lugar estaba tan sombrío que apenas alcanzaba a ver las siluetas de lo que fuera que la gente hubiera acumulado allí.

«Tendría que haber traído una linterna —se dijo—, ¿cómo no lo pensé?».

Pero no era momento de retroceder. Ya estaba allí y necesitaba saber si lo que había visto en aquel callejón se relacionaba con lo que había presenciado la noche del viernes. No, no importaba si no tenía sentido, no hacía falta que lo tuviera en ese momento. Solo necesitaba saber si había algo.

Tropezó otra vez y tuvo que sostenerse de la pared, que estaba fría y algo húmeda. Apartó la mano de inmediato y allí fue cuando vio, en el borde del ojo, de refilón, una luz que se movía como una luciérnaga.

Carola se quedó inmóvil y luego se volvió lentamente. La luz bailaba frente a ella.

—Quiero ver, quiero ver, quiero ver —murmuraba con fervor.

Entonces, poco a poco, la luz se fue extendiendo frente a ella, como un espejo que colgaba solo en el aire. Carola dejó que la boca se le abriera y solo la cerró cuando un aroma dulzón le invadió la garganta y tuvo que toser violentamente varias veces para aclararla. Los ojos se le habían llenado de lágrimas y hacían que la visión de esa ventana que colgaba sin ninguna pared pareciera aún más irreal.

El portal se abrió más hasta abarcar todo su ancho y llegar hasta su cintura. Carola se acercó con cuidado y estiró el brazo. Sus dedos, vacilantes, rozaron la superficie, que se onduló y luego se endureció como si fuera cristal. Carola lo golpeó con suavidad, emitió un ruido sordo. Y entonces se llenó de colores.

Carola dio un paso atrás y esperó. El remolino de colores fue tomando forma hasta que aparecieron imágenes, imágenes de un lugar que decididamente no era ese callejón. Miró por sobre su hombro, seguía sola allí y no veía a nadie que caminara por la vereda en ese momento. Cuando se volvió hacia la ventana otra vez, vio pasar a una persona, aunque estaba de espaldas.

Se sobresaltó, pero después de un breve momento, se acercó otra vez. Esa persona volvió a pasar hacia otro lado y poco después apareció alguien más.

Era ella.

Capítulo V

CAROLA SE ACERCÓ AL ESPEJO hasta que su nariz casi rozó el cristal. La mujer estaba algo alejada y solo se veía parte de su rostro, la otra mitad la ocultaba la espalda de quien fuera que estuviera contra el espejo.

Carola se centró en la mujer y, antes de que se hubiera dado cuenta, notó que estaba tratando de llamar su atención. Pero ella parecía no verla, no esa vez.

—La otra vez también fue así —murmuró Carola—, al principio no me había visto o había actuado como si no lo hiciera. ¿Por qué? ¿Qué es lo que hace falta?

Carola golpeó el cristal, primero con suavidad, luego con más fuerza hasta llegar a aporrearlo. Pero las personas del otro lado seguían inmutables, absorbidas en la charla que no se había detenido desde que ambos habían ingresado en la habitación. Carola rasgó las uñas contra el cristal, sacudió los brazos, incluso gritó más de una vez, pero no hubo caso. Ellos no la oían y ella solo era una espectadora anónima.

En ese momento, la luz alrededor de las imágenes se hizo más brillante y comenzó a fluir hacia el centro.

—¡No! —dijo Carola y trató de detener lo que fuera que estuviera pasando.

Aunque era imposible, las imágenes se achicaron hasta formar un punto y luego verse engullidas en la luz que comenzó a bailotear frente a los ojos de Carola. Ella miró su reloj.

—¿Cuánto tiempo…? —musitó, pero la luz pasó por al lado de su oreja y ella se volvió para ver cómo salía volando de allí.

También vio a una pareja parada en la entrada del callejón.

—¿Está usted bien? —preguntó el hombre, quien se mantenía levemente adelantado a su mujer.

—Sí —dijo Carola y tropezó cuando intentó avanzar—, sí, yo…, eh…, me pareció escuchar…, ver algo.

—No le recomendaría meterse en estos callejones sola, aun de día.

—Sí, claro —Carola se acercó aún más a la salida, pero se detuvo a cierta distancia de la pareja—, tiene razón…, yo solo… no lo pensé.

El hombre asintió.

—Está bien.

La pareja se alejó de allí, la mujer se dio la vuelta una vez para mirarla y Carola se esforzó por esbozar una sonrisa.

Luego, con un suspiro, salió del callejón y miró alrededor. No había rastros de la luz, ni forma de saber hacia dónde podría haber ido. Suspiró otra vez y negó con la cabeza. ¿Qué podría hacer ahora? Miró otra vez en torno a sí y notó que el hombre del puesto de diarios todavía la observaba.

«Creo que será mejor que me vaya», pensó e, ignorándolo abiertamente, caminó con paso decidido hacia la esquina, en busca del autobús que la llevaría de vuelta a su casa.

El viaje de regreso fue igual de tranquilo, aunque Carola no parecía poder quedarse inmóvil en el asiento en el cual viajaba. Al final, decidió bajarse unas paradas antes y luego tomar un taxi hasta el lugar donde creía que había sucedido el accidente. No estaba segura de la dirección y, en ese momento, no le había parecdido importante fijarse.

«Tal vez podría llamar al taxista —rápidamente negó con la cabeza—, no, no tiene sentido».

Recorrió varias cuadras en busca de aquella esquina en la cual el taxi había girado sobre sí mismo y ella había asistido a un espectáculo inesperado. Se esforzó por ver los baches en la calle, pero había tantos que en realidad el accidente podía haber sucedido en cualquier parte.

Varias horas después, bastante frustrada y con un estómago que clamaba a gritos algo de comer, Carola decidió regresar a su casa. Caminó varias cuadras solo prestando atención al tránsito, en busca de un taxi. La calle estaba demasiado tranquila y apenas si era posible ver algún que otro auto por allí.

—¿Hola? —dijo de repente un hombre a su lado. Carola se sobresaltó—. Disculpe, no quise asustarla —el hombre sonrió—, pero me parece que la conozco.

Carola frunció el ceño.

—Mmm, creo que no.

—¡Ah, sí! —exclamó él de repente con una ancha sonrisa—. Usted es la que tuvo el accidente la otra noche. —La miró de arriba abajo—. ¿Cómo se encuentra?

Carola pestañeó con fuerza un par de veces.

—Eh, estoy bien…, solo estaba…

—No tiene nada que explicar —él le restó importancia con un ademán—, yo una vez también tuve un accidente, con la moto, cuando era joven —sus ojos adquirieron la expresión de quien viaja al pasado—, recuerdo que durante varias semanas no pude evitar volver a ese lugar. Queda como un sentimiento, ¿sabe? Como si la vida de repente fuera más clara.

Carola agrandó los ojos.

—Sí —susurró.

El hombre asintió lentamente.

—Sí, uno de repente toma tantas decisiones —el rostro se le ensombreció—, lástima que las olvidemos tan pronto. —Volvió a prestar atención a Carola—. Venga, le diré exactamente dónde la encontramos.

Carola lo siguió en silencio y escuchó atentamente el relato que hacía el hombre de los eventos de esa noche, desde que habían oído el frenazo del auto. Era cierto que había sido muy afortunada, tanto ella como el taxista habían tenido mucha suerte.

—Gracias —dijo ella después de un momento.

Y él se retiró para darle lugar, luego se despidió y la dejó sola en ese cruce de esquinas. Había un enorme hoyo justo en el centro, donde se cruzaban las dos calles. Carola lo estudió durante un instante y después se quedó mirando el lugar donde la habían encontrado, todavía dentro del coche.

Se hizo una idea mental de cómo podría haber sido la ubicación y hacia qué lugares podría haber mirado. Escudriñó todos los edificios alrededor y las luces de las calles, algunas de las cuales estaban encendidas a esa hora. Pero no tenía ni idea de dónde podría haber estallado esa ventana que había visto.

Suspiró y negó con la cabeza.

—No lo sé, realmente no lo sé. —Cerró los ojos, estaba algo mareada. Su estómago estuvo de acuerdo y finalmente Carola se puso

en movimiento.

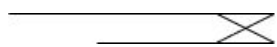
Cuando encontró un taxi, recordó que primero tenía que pasar por el supermercado o al menos un *delivery*, ya que no encontraría mucha comida en su casa. Para cuando llegó a su departamento, ya había oscurecido, aunque aún era temprano. Mientras calentaba la comida en el microondas y aprovechaba para guardar las pocas compras que había hecho, se acercó al comedor. Seguía en el mismo desorden en que lo había dejado el sábado. No había limpiado nada y la ropa sucia seguía en…

—¡La ropa sucia! —Se apresuró a ponerla en el lavarropas, con suerte alguna prenda estaría seca a la mañana siguiente para ir a la oficina. Tendría que levantarse más temprano para poder plancharla.

Suspiró durante cada paso de la operación, durante cada momento del almuerzo, a medida que negaba con la cabeza.

—Al final no logré nada —murmuró y dejó que su mirada se perdiera en el balcón.

Vio que algo se agitaba allí y, después de sobresaltarse vanamente, recordó que eran las plantas. Lo último que hizo antes de irse a dormir y después de colgar la ropa limpia en el balcón fue regarlas.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, el despertador la sacó con pereza de la cama. Ella lo apagó de un golpe seco y, antes incluso de lavarse la cara, caminó hasta el balcón. La brisa fresca de la mañana –a medio formarse– la despertó por completo. Uno de sus conjuntos estaba seco, el del martes. Carola lo observó con tristeza y luego, resignada, lo llevó dentro para plancharlo.

A la hora de siempre, estuvo lista y ya desayunando para comenzar otra semana en la oficina. Llegó a la parada del autobús en el horario habitual y encontró muchas de las caras que ya había visto la semana anterior y que parecía luego olvidar durante el día. Esa vez no fue capaz de conseguir un asiento y tuvo que ir parada durante todo el viaje.

En la puerta de la oficina, no se detuvo siquiera un momento y prefirió ignorar a todas las personas a las que saludaba todas las mañanas. Tuvo la suerte de que un ascensor se estaba llenando de gente en ese momento y se apiñó en el último resquicio.

La semana comenzó con una de las aburridas reuniones de equipo

que se sucedían cada tanto y pronto Carola volvió a adoptar la expresión de contenido aburrimiento que portaba todos los días en la oficina.

Al mediodía, cuando se disponía a almorzar, Nina se acercó a su escritorio.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Llegaste bien el viernes?

Carola abrió la boca para responder, pero ningún sonido salió en un principio. Nina se quedó a la expectativa. ¿Valía la pena contarle? Tal vez solo una parte, así luego no preguntaría por otras cosas como qué hizo había hecho ese fin de semana.

—Pues, más o menos, el taxi… pinchó una goma y tuve que buscarme otro, llegué casi de mañana a casa.

Nina frunció el ceño.

—¡Qué lástima! Pero fue una buena noche después de todo, ¿no? No importará ese pulóver.

—¿Qué pulóver? —Carola se extrañó al principio y luego reaccionó—. Ah, sí, el pulóver, sí, no importa. Tienes razón, la pasé muy bien.

—Me alegro —sonrió Nina—, ahora será más fácil convencerte la próxima vez.

Carola abrió la boca de nuevo, pero esta seguía negándose a emitir sonidos cuando ella lo deseaba. Nina le guiñó un ojo y luego se volvió hacia la persona que la estaba llamando.

Carola suspiró y recogió sus cosas para ir a almorzar.

Como siempre, sus pasos la llevaron inexorablemente hacia el restaurante de todos los días. Se esforzó por mantener la mirada hacia delante cuando pasó por el puesto de diarios, pero cuando vio por el rabillo del ojo notó que ese día había una mujer sentada allí. Una mujer que no le prestó la más mínima atención.

Carola se relajó y entró en el restaurante. La camarera se acercó a ella con rapidez y la miró de arriba abajo, con una leve sonrisa.

«Será porque tengo la ropa del martes», pensó, pero ahuyentó rápidamente ese pensamiento de su cabeza.

—Quiero el pollo con la ensalada.

—Claro —dijo la camarera y apareció otra vez la sonrisa—, un

agua sin gas, ¿no?

—Sí —susurró Carola y apartó la mirada.

La muchacha se alejó alegremente para encargar su pedido, el cual apareció en su mesa sospechosamente rápido, como si la hubieran estado esperando.

—¿Sabe? —se quedó la camarera a su lado—, estamos pensando en hacer promociones para clientes habituales, ¿haría una encuesta?

Carola vaciló.

—Sí, claro, no hay problema.

La camarera sonrió y le dejó una hoja al lado del plato, antes de correr hacia otra de las mesas.

Carola comió su almuerzo con lentitud, sin despegar la mirada del callejón, que se empeñaba en permanecer oscuro. Cuando terminó, rellenó la encuesta con rapidez y se apresuró a salir y llegar al callejón. Se paseó varias veces por la entrada antes de decidirse a ingresar. El olor seguía siendo tan insufrible como antes, pero por más que esperó, no pudo ver ninguna luz.

«Otra vez olvidé traer la linterna», se dijo y suspiró con fuerza.

Estuvo allí largos minutos, hasta que ya había consumido todo su tiempo de almuerzo, pero no apareció ninguna luz. Finalmente, decidió regresar a la oficina, llegaba con diez minutos de retraso y encontró a su jefe junto a su escritorio.

—Hola, Carola, ¿todo bien?

—Sí, claro —dejó la cartera sobre el escritorio—, solo salí a comer.

—Ya sé, pero como siempre vuelves tan puntual —sonrió—, siempre a la misma hora, como un reloj.

Carola lo miró con seriedad, ¿sería una broma o un halago?

—De todas formas —continuó él sin prestarle atención—, quería comentarte que esa idea que tuviste la semana pasada fue un gran éxito con el cliente.

—Pero… pe…. —tartamudeó—, todavía no está lista.

—Ya sé, ya sé, solo le mostré un esbozo y quedaron muy conformes con la dirección que hemos tomado. —La palmeó en el hombro—. Sigue así.

Se alejó antes de que Carola pudiera contestar. Ella se sentó a su escritorio y reanimó la computadora, se concentró en vaciar los *mails* que habían caído desde que fuera a comer.

El resto de la semana fue como un lunes repetido, una y otra vez. Todos los días Carola asistía al restaurante y luego iba al callejón. Las siguientes veces había llevado la linterna, pero no había forma, no llegaba a encontrar la luz. Dos veces había vuelto al lugar del accidente, aunque sin suerte. Pasó largas horas de la noche investigando en internet en los sitios más extraños, todo lo que se relacionara con ventanas, espejos, puertas, portales.

Era inútil. No tenía ni idea de por qué esas dos veces había accedido a aquello. ¿Y si solo había sido un sueño? No, no podía serlo, al menos no la segunda vez, no esa vez.

Se revolvía en la cama en la noche del viernes, su última visita al callejón había sido tan poco fructífera como todo lo demás, incluso la segunda visita al lugar del accidente el jueves a la tarde. Había apagado las luces y se debatía en la fina penumbra de la habitación cerrada.

—¿Qué había sido diferente? —murmuró—. En el callejón, yo había querido verla, quería encontrarla, pero no fue así en el taxi, entonces ni siquiera sabía que existía. ¿En qué estaba pensando?

Se dio la vuelta otra vez en la cama y casi cayó al piso. El pie se le había enredado en la sábana, que hacía tiempo se había separado del cobertor.

—Estaba pensando en la noche del bar, en lo feliz que era, en cómo quería cambiar mi vida para que fuera más… interesante —se tapó la cara con la almohada—, pero no es la primera vez que pienso eso, ¿por qué esa ocasión fue distinta?

Poco a poco, se hundió en un sueño agitado, y allí la encontró a ella otra vez. No solo eso, sino que también halló una respuesta.

Cuando se despertó el sábado, sin ningún reloj que la reclamara, ya sabía qué era lo que tenía que intentar, solo podía desear que el asentimiento que ella le había dado entonces fuera un símbolo, un signo de su comprensión. La comprensión que recién llegaba a Carola. Era el pensamiento que había tenido en la calle el que valía, pero no lo debía tener solo ella, no, la otra también.

Se vistió para ir hacia el callejón. Repitiendo una y otra vez para sí:

—Dondequiera que estés, estaré pensando en ti, solo tienes que pensar en mí también —cerró los ojos con nerviosismo—, solo tienes que pensar en mí también.

Capítulo VI

ESE VIAJE EN AUTOBÚS FUE TRANQUILO, sí, pero también interminable. Carola se removía en su asiento y al final terminó levantándose y pasando el resto del viaje parada. Se había acercado a la puerta y se mantuvo allí durante varias paradas. El chofer la miró de reojo varias veces en el espejo retrovisor, hasta que le preguntó si ya se bajaba.

—Todavía no —dijo Carola.

El hombre negó con la cabeza y siguió conduciendo, aunque de tanto en tanto le echaba otra ojeada. Cuando al fin se bajó, Carola prácticamente corrió hasta el callejón. Esa vez se había acordado de llevar la linterna y se había introducido allí sin vacilar, sin detenerse ni siquiera durante un segundo.

El lugar estaba a oscuras y el olor se había hecho más intenso. Los cuchicheos de las ratas se multiplicaban por todos lados y cada tanto se agitaban sombras por el piso. Pero Carola lo ignoró todo y se cerró los ojos. Se concentró en lo que había sentido el viernes anterior, cuando volvía del bar. Incluso se había vuelto a poner el pulóver manchado. Intentó recordar cada uno de los detalles de esa noche, hasta que tuvo que esforzarse de verdad para hacer a un lado la sonrisa de Giorgio.

Se concentró en el viaje en taxi, en la brisa que entraba por la ventana baja de la puerta delantera y movía su cabello contra su frente, sus costados. La alegría que sentía, las ganas que la invadieron de cambiar su vida rutinaria, de ser otra, esa había sido la clave, quería ser otra… y así la había encontrado a ella.

Entreabrió los ojos y con un escalofrío contempló la luz que bailoteaba frente a ella. Reprimió una sonrisa y tuvo que esforzarse aún más para volver a concentrarse en ese sentimiento. Ahora que sabía de cuál se trataba, no era tan difícil. Sobre todo, porque había

permanecido con ella desde el accidente, incluso era fácil recuperarlo con solo pensar en esa noche. Lo difícil era mantenerse firme frente a todas las demás distracciones, las que se agolpaban en los bordes de su mente y se desesperaban por entrar dentro de su rango de atención.

Abrió los ojos y allí estaba la ventana otra vez y detrás, la mujer, aquella con su mismo rostro. Le sonreía con aprobación y movía los labios, pero Carola no podía entenderla. Le hacía gestos para que continuara y Carola, obedientemente, cerró los ojos y continuó repitiendo sus mantras hasta que sintió que una brisa la golpeaba en el rostro. El fuerte olor del callejón se había desvanecido levemente. Carola abrió los ojos y vio el rostro de la mujer con más viveza.

—Ven —le dijo ella con la voz algo ronca.

Carola se sobresaltó y dio un paso hacia atrás, pero la mujer estiró el brazo, el cual atravesó la ventana y la agarró por la muñeca.

—Ven —repitió y tiró de ella.

Carola trastabilló y luego, con solo alzar un pie como si estuviera atravesando un escalón, pasó del otro lado de la imagen y se encontró frente a frente con la mujer. Ella tenía una mirada brillante y la piel le resplandecía con transpiración. El ambiente estaba pesado y cálido. Carola miró alrededor, estaban en una habitación sin ventanas, iluminada por una vastedad de velas.

—Lo hiciste —sonrió la mujer—, lo hicimos.

—Y… ¿quién…, quién eres tú? —La voz de Carola tembló un poco, la mujer todavía la sostenía de la muñeca.

—Yo soy tú —se inclinó para acercarse aún más a ella, Carola sintió el calor de su aliento en el rostro—, tú y yo somos la misma persona.

—No —dijo Carola y retrocedió un paso a la vez que negaba con la cabeza—, eso no puede ser.

La otra mujer inclinó la cabeza hacia un costado y la miró con expresión inquisitiva. Parecía estar divirtiéndose. Sus ojos titilaron y una risa asomó a su voz.

—¿Así como no puede ser que hayas cruzado por un portal? —Echó una ojeada hacia la imagen que se estaba desvaneciendo a su lado.

Carola recién en ese momento lo notó, allí por donde había cruzado se estaba encogiendo, ya apenas alcanzaba a divisar el callejón donde había estado minutos antes.

—No —susurró y avanzó unos pasos.

—No te preocupes —dijo la otra mujer y la forzó a alejarse de allí hacia un pequeño sofá en una de las esquinas de la habitación, que Carola no había visto antes.

Ambas se sentaron allí, rozando levemente sus rodillas, frente a frente. Carola observó el rostro de la mujer con atención. Era exactamente como mirarse en el espejo.

—Podemos volver a abrirlo —comentó la mujer.

Carola pestañeó con fuerza varias veces.

—No entiendo.

—Tú y yo somos la misma —sonrió—, bueno, casi. Supongo que en tu mundo también surgió la teoría de los mundos paralelos, ¿no?

Carola frunció el ceño.

—Sí, creo haberla escuchado alguna vez, pero no estoy muy segura de qué significa.

—Simplemente eso —la otra mujer dio una palmada—, existen muchos mundos paralelos y muchas de nosotras, así como muchas de todas las personas que viven en cada mundo. Cada uno es diferente, algunos solo un poco y otros bastante. Así que yo soy tú y tú eres yo, somos la misma, con pequeñas diferencias.

Carola frunció el ceño aún más.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo puede ser tan fácil cruzar? O sea, ¿por qué nadie lo hizo antes?

—¿Y cómo sabes que nadie lo hizo?

—Bueno…, yo…, eh…

—¿Por qué crees que existe esta teoría? —La otra mujer entornó los ojos—. ¿De dónde crees que surgió?

—Mmm —Carola se echó un poco hacia atrás—, en realidad, nunca lo pensé, no me pareció importante…

La mujer hizo un ademán.

—Eso ya no importa, sino que estás aquí.

Carola miró alrededor.

—¿Cómo hice realmente para…?

—Creo que ya lo sabes. —Sonrió.

Carola se sonrojó.

—Bueno, yo te vi antes y pensé…, supuse… que las dos

deberíamos estar pensando en lo mismo, ¿es así?

—Sí y no. Es decir, no es solo eso, las dos debemos tener el mismo pensamiento y ese tiene que ser cambiar de vida, cambiar de… —sonrió otra vez— lugar. Como verás, eso se ajusta mucho a ir a otro mundo donde sigues siendo tú, pero eres distinta. Además, al menos una de nosotras debe tener algo de poder; eso no era un problema conmigo.

—¿Qué clase de poder?

La otra mujer la miró con atención.

—Cuéntame algo de tu mundo primero.

—No sé qué quieres que te diga.

—Algo de tu historia, la tecnología que usan, esas cosas, para ver en qué coincidimos y en qué no.

Carola, aún algo vacilante, le contó a grandes rasgos cómo era su mundo, sin dejar de mirar alrededor constantemente. La habitación lucía singular y tenía solo una puerta visible, sin ventanas. La otra mujer hacía preguntas bastante concretas a las que Carola daba respuestas algo vagas. Al final, ella asintió y se quedó un largo momento pensando.

—Está bien —dijo de repente—, entonces debo entender que tu mundo es meramente tecnológico, ya no hay magia.

Carola rio.

—Esas cosas no existen.

—Allí no, tal vez, aunque estoy segura de que alguna vez hubo, pero aquí sí.

Carola estaba por negarlo cuando la otra mujer, con solo agitar los dedos, hizo que todas las velas se apagaran y luego se volvieran a prender.

—Eso podría haber sido…

La mujer extendió la mano y tomó la de Carola antes de que esta pudiera evitarlo. Hizo aparecer una pequeña bola de fuego flotante sobre la palma de ella. Carola intentó apartar la mano, pero ella no la dejó. Con los ojos agrandados y la respiración contenida, Carola observó cómo el fuego se mantenía sobre su palma, solo calentándole la piel. Al final, la mujer lo apagó. Dejó que pasaran unos minutos para que lo aceptara.

—No entiendo.

—Lleva años de estudio, no lo voy a negar, pero aquí es posible y

tú, como yo, tienes la predisposición, solo tienes que…

—No, no —Carola alzó las manos y las agitó frente a su cara—, me refiero a que no entiendo por qué quieres cambiar tu vida.

La mujer la miró sorprendida, antes de sonreír.

—Estoy aburrida —se encogió de hombros—, este mundo me aburre, ya alcancé grandes potenciales con mi magia, no hay nada que me motive.

Carola se mordió el labio.

—A ti te gustará, saldrás un poco de esa rutina que me cuentas, podrás ver y hacer cosas nuevas, verdaderas. ¡Tu vida tendrá otro significado!

Carola levantó la cabeza como un resorte y los ojos de la otra mujer volvieron a titilar. Se inclinó hacia ella.

—Piénsalo como unas vacaciones, cambiaremos de lugar unas semanas.

Carola se echó hacia atrás otra vez.

—¿Cambiar de lugar? ¿Te refieres a…?

—Sí, yo voy a tu mundo y tú te quedas aquí.

—¿Se puede hacer eso?

—¡Claro que sí! Las dos somos la misma, basta con que haya una en cada mundo, no importa cuál.

Carola vaciló.

—No puedo dejar mi vida así como así.

—No la dejarás realmente, yo estaré allí.

Carola sonrió.

—No creo que te guste mi…

—Lo dices porque tú estás acostumbrada. ¿Acaso no crees también que a mí me debería gustar la mía? Pero lo cierto es que las dos queremos probar algo nuevo, por eso se abrió el portal. —Sonrió—. Serán solo unas semanas, ¿qué dices?

Carola se frotó las manos por los muslos y luego se levantó y comenzó a caminar por la habitación.

—No lo sé.

—¿Qué tienes que perder?

«Nada».

—No conozco nada de tu mundo, ¿cómo podría vivir aquí?

—No hay mucho que saber, yo te cuento lo que necesites; tú me cuentas a mí.

Carola se volvió hacia ella, que seguía sentada en el sofá.

—Vamos —insistió la mujer—, sé que quieres hacerlo, anímate. Siempre puedes volver a llamar el portal.

—¿Puedo hacerlo sola? Es decir, si tú no estás pensando en…

—Te diré algo: haremos un trato, en una semana nos volvemos a encontrar, ya sabes cómo. Y entonces, si realmente no te gusta esta vida, volvemos a cambiar —se encogió de hombros—, siempre hay otros mundos para probar.

Carola vaciló.

—Vamos, Carola.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La mujer rio a carcajadas.

—Porque ese es mi nombre, ¿todavía no entiendes que somos la misma?

Carola miró de reojo a donde solo quedaba una pequeña luz parpadeante que marcaba el lugar del portal.

—¿Una semana?

—Una semana.

Carola la miró de frente.

—Bien, lo haré.

La otra Carola sonrió ampliamente.

Capítulo VII

DURANTE TODO ESE FIN DE SEMANA, ambas Carolas estuvieron aprendiendo sobre sus respectivos mundos. Contándose sus vidas, sus amistades, sus habilidades. Carola no podía dejar de mirar a su otro yo con envidia. Esa mujer contenía en cada expresión, en cada gesto, toda la alegría que ella no tenía. Desbordaba energía en cada movimiento. Y su vida…, su vida realmente significaba algo, marcaba una diferencia. No era una más del montón, no era un punto más en una masa gris.

El mundo que le había descripto era muy parecido al suyo, aunque tenía algunos avances tecnológicos menos, allí donde la magia todavía ejercía su imperio. La desilusionó un poco saber que no eran pocas las personas con habilidades. Al contrario, la gran mayoría tenía algún que otro don. Aunque solían ser en muy poca cantidad. La otra Carola, sin embargo, era una de las rarezas. Había acumulado mucho poder y mucho conocimiento a una edad muy joven.

Su vida familiar no había sido muy distinta de la suya, casi inexistente. Pero esa Carola había transformado ese vacío en algo muy poderoso. Era una mujer fuerte e independiente y estaba feliz de ser quien era. Tal vez esa parte era la que más afectaba a Carola, ver cómo ella podría haber sido, en vez de una sombra.

Aunque ya no sería así, ahora estaba en la posición que le dejaba esta Carola y podría conocer la vida como siempre había esperado que fuera. Como sabía que tenía que ser. El único problema era que no podía confiarle a nadie que provenía de otro mundo. Si bien estaba extendido el conocimiento de los mundos paralelos, no estaba permitido cambiar de lugar.

—Solo recuerda eso —le repitió la otra Carola—, no le puedes contar esto a nadie. Por lo demás, puedes hacer lo que quieras, todos están acostumbrados a que yo haga lo que me plazca, no te

molestarán.

Carola asintió. Habían estado recorriendo la casa de la otra Carola. Era una mezcla de modernidad con toques medievales. La habitación de las velas, donde volverían a encontrarse en una semana, estaba en el sótano. El resto de la morada tenía grandes ventanales que daban a un profundo verde todo alrededor. Estaba ubicada en una pequeña colina, alejada del resto de la pequeña población de ese lugar.

Por lo que le había comentado la otra Carola, disfrutaba de una vida cómoda. Básicamente, se dedicaba a resolver problemas de la gente, tenía varias magias para tratar con cada uno. Pero le aseguró que no necesitaba hacer nada, simplemente anunciar que se tomaría unos días de vacaciones. Tendría los recursos para vivir cómodamente varias semanas.

El domingo a la mañana habían pasado brevemente por el departamento de Carola. Allí la otra mujer inspeccionó con atención todos los artefactos y luego la cuestionó exhaustivamente sobre su trabajo y sus compañeros. El nivel de detalle de sus preguntas agotó a Carola, pero no se quejó. En realidad, el cambio la beneficiaba. Ella se podría tomar unas vacaciones, mientras la otra Carola tendría que ir a trabajar en una oficina aburrida. Le había dicho que también podría tomarse unos días, alegar que estaba enferma, pero la otra Carola declinó.

—Vine a experimentar este mundo, eso haré.

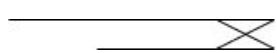
Estaban en la habitación y la otra Carola abrió el ropero. Examinó algunas de las ropas y frunció la nariz.

—Creo que tendré que ir de compras.

—No es tan malo —repuso Carola.

La otra sonrió.

—Claro que no —respondió, pero se limpió la mano con su propia ropa.



Y ALLÍ ESTABA AHORA EL DOMINGO POR LA NOCHE, instalada en la casa de la otra Carola. Ya hechas las despedidas, ya confirmados los últimos detalles, ya cerrado el portal. Estaba sola en esa casa desconocida, esperando para vivir un nuevo mundo.

—Una nueva vida —susurró mientras se acurrucaba entre las

mantas—, esta será mejor.

Se despertó por sí sola. El sol entraba a raudales por las ventanas sin cortinas, las cuales dejaban ver un cielo extenso y más cercado de lo que nunca antes había sentido.

Carola se levantó y fue hacia la cocina. La heladera se veía algo primitiva, pero la otra Carola le aseguró que siempre estaría llena de comida lista para ser calentada. Abrió la puerta con reticencia y se dio cuenta de que tenía razón. Desayunó en forma abundante y dedicó el resto de la mañana a pasear por toda la casa.

Encontró varios artefactos que no tenía idea de para qué se utilizaban, pero el resto era bastante simple, como si hubiera retrocedido unos años tecnológicamente en su propio mundo. A uno menos complicado, menos agobiado por la urgencia.

—Un lugar donde me gustaría vivir.

¿Para siempre?, le preguntó una voz en su mente.

—Tal vez —susurró y luego sacudió la cabeza—. No tengo que pensar en eso todavía. Esta es una semana de prueba, solo debo disfrutar y si después…

Y si después le gustaba, la otra Carola le había dicho que podía quedarse con esa vida, que podía ser suya. ¿Y por qué no? No había realmente nada que la atara al otro mundo, nada que la emocionara por estar allí y estaba segura de que nadie notaría el cambio. Nadie siquiera se daría cuenta si no estuviera, simplemente era una más en una larga lista de anónimos.

Hacia la tarde, Carola decidió arriesgarse a salir de la casa. Se había asegurado de guardar en un bolsillo el pequeño mapa que la otra Carola le había hecho de la zona. Lo único incómodo era la ropa que llevaba. Tenía un corte medieval, pero era más moderna en el uso. De todas formas, Carola no estaba acostumbrada a llevar un atuendo que llamara tanto la atención.

Al principio, solo inspeccionó los alrededores de la casa. A unos cuantos metros comenzaba un pequeño bosque, pero el resto estaba despejado. Se preguntó por qué la otra Carola no tendría un jardín. Hasta que recordó que ella solo tenía unas magras plantas. Si ambas eran la misma, entonces era lógico que ninguna tuviera real interés por la vegetación.

Decidió bajar por el camino que llevaba hacia el pueblo. El sendero era tranquilo, aunque bastante solitario. El viento corría libre por los amplios espacios y hacía que no que no se sintiera tanto el fuerte sol que brillaba sobre su cabeza. Allí estaban en pleno verano.

No se cruzó a nadie por el camino. Cuando divisó el pueblo a la distancia, se detuvo para observarlo primero. No parecía diferente a ningún otro que ella hubiera visitado alguna vez. La mayoría de las casas eran bajas y sencillas.

Entonces divisó algo enorme volando entre las calles.

—Eso no puede ser un pájaro —se dijo a sí misma mientras entornaba los ojos para tratar de ver mejor.

Y no lo era, sino un niño en una especie de monopatín. El muchacho venía descendiendo del cielo y se acercaba a la calle principal. Su descenso era lento o, por lo menos, así lo parecía desde la distancia. Se apoyó ligeramente en la calle y frenó de golpe. Se bajó del monopatín, lo dobló varias veces sobre sí mismo y luego se lo colgó al hombro.

—Pues eso es definitivamente diferente —murmuró Carola.

Por un momento, vaciló sobre continuar su paseo. Pero luego se recordó que estaba de vacaciones, que solo tenía que observar. Tal vez este nuevo mundo le gustara.

Llegó a las primeras casas antes de lo que había pensado. Todas compartían las mismas características de la otra Carola: en parte se veían algo antiguas y en parte tenían cosas que ella sabía que no existían todavía en su mundo. Era extraño, se sentía fuera de lugar y, al mismo tiempo, sabía que tenía un conocimiento básico de todo. Aunque el mundo era tan diferente que dudaba cada vez que veía algo que le parecía conocido.

—Solo estoy paseando —se repetía cada tanto por lo bajo, para no olvidarlo.

Allí se cruzó con varias personas que la miraron sorprendidos, algunos incluso se quedaron durante largo rato. Carola sintió que se le encendían las mejillas, pero no se detuvo, ni intentó hablar con nadie. Tampoco parecía que nadie lo esperara. La gente se veía normal, tal vez con algunos rasgos raros que…

Carola se detuvo de repente. Frente a ella, a solo unos pocos pasos, se encontraba un hombre que estaba dibujando en el aire. Lo hacía directamente sobre el aire y las líneas de colores se mantenían allí. El hombre trazó un dibujo complicado y, cuando terminó, lo enmarcó con una línea más gruesa. Luego lo tomó entre las manos y lo dejó a un costado. Recién en ese momento, Carola notó la pila de cuadros que se encontraban allí, todos estaban pintados en el aire y eso era lo único que había entre las líneas.

—¿Cómo…? —susurró y se tapó la boca.

Miró alrededor, pero no había nadie cerca de ella.

«No llamaría yo a eso una pequeña habilidad», se dijo.

En la hora que siguió, vio más de esas *pequeñas habilidades* que solo podían ser debidas a la magia, al menos en las personas. Vio también algunas cosas en los edificios que no pudo identificar si era magia o tecnología. Se detuvo tantas veces a observar lo que encontraba que comenzó a atraer las miradas.

En ese momento, decidió regresar a la casa. A la que sería o podría ser su casa. La encontró como la había dejado, aunque las luces ya estaban prendidas. La otra Carola le había dicho que eran automáticas, se encendían apenas detectaban la oscuridad.

Carola se preparó la cena mientras pensaba en todo lo que había visto. Probablemente no había entendido ni la mitad, pero sí había comprendido algo: estaba excitada por todo aquello. Por primera vez en años, deseaba que llegara la mañana siguiente para levantar y seguir viviendo. Era un mundo extraño, sí, pero allí cada uno podía ser distinto y la entusiasmaba lo que podría ser ella. No solo eso, podría moldear su vida como ese hombre moldeaba el aire, podría realmente marcar una diferencia para su existencia y la de los demás. Podría realmente decir que estaba en el mundo y que eso significaba algo. Cada día sería interesante, diferente.

A la mañana siguiente, otra vez recorrió la casa, mirando más de cerca todo lo que le llamara la atención, tratando de entender todo lo que fuera diferente. El timbre sonó con una estridencia que resonó por toda la casa. Por eso supo que no había sido la primera vez que sonaba. Quienquiera que fuera sonaba irritado. Carola se detuvo, vaciló.

—¡Contesta, Carola! ¡Sé que estás ahí! Y tú sabes que yo lo sé.

Carola retrocedió unos pasos y miró alrededor. Los amplios ventanales de las paredes la hacían sentir descubierta, expuesta. La otra Carola le había explicado que solo se veía hacia afuera, no hacia dentro, como vidrios polarizados. Pero era tan difícil creerlo cuando parecía que podía respirar el aire lleno de olor a césped que había del otro lado.

El timbre sonó otra vez.

«Podría ignorarlo —pensó—, ella me dijo que podría hacerlo con cualquiera, sin importar que supieran que estoy aquí».

El timbre se repitió y en esa oportunidad se quedó clavado en un sonido chirriante que parecía no tener fin.

Carolo corrió hacia la puerta y se detuvo para mirar por una de las

ventanas de los lados. El hombre que estaba parado del otro lado miraba fijamente a la ventana.

—No puede verme —musitó con fervor—, no puede verme.

Era un hombre alto, de largo pelo rubio que descendía más allá de sus hombros y llevaba arreglado en finas trenzas delante y suelto detrás. Los ojos brillaban con una fuerte luz ámbar. Lucía una expresión férrea, una determinación que hizo que Carola vacilara aún más en abrir la puerta.

El timbre no se detenía y ella ya no lo soportaba.

Estiró el brazo y accionó el picaporte de la puerta, el que la otra Carola le había dicho que solo ella podría accionar.

La puerta se abrió con un suave susurro, como una brisa tenue de atardecer. El hombre la miró y sonrió con lentitud. Una sonrisa torcida, lasciva. Carola trató de relajarse, pero le costaba encontrar su voz.

De repente, la sonrisa del hombre se desvaneció y su rostro se volvió sombrío, las mandíbulas adquirieron una rigidez propia del metal.

—¿Quién eres tú?

Carola llevó la mano al picaporte.

—No —dijo él dando una zancada para introducirse en su casa y sostener la puerta—, ¿quién eres?

Ella retrocedió, había quedado mirando directamente al pecho de ese hombre.

—Soy…, soy yo…, ¿qué quieres?

—Sabes perfectamente lo que quiero.

Carola lo miró confusa, él todavía seguía en el umbral, sosteniendo la puerta. Ella retrocedió unos pasos más.

—Claro, sí, pero… este…, yo esta semana estoy de vacaciones, no estoy tomando trabajos.

El hombre rio.

—Sabes que eso no me importa —sonrió otra vez y cerró la puerta detrás de él, con lentitud— o lo sabrías si fueras la verdadera Carola.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño ella—. ¿Quién más podría ser?

Él la miró de arriba abajo.

—Alguien con la capacidad de cambiar de forma o crear una ilusión.

Carola abrió la boca para preguntar si existían esas habilidades, pero se contuvo a tiempo.

—Solo yo puedo abrir mi puerta.

Él ladeó la cabeza.

—Eso es cierto —reconoció y se acercó más a ella.

Carola volvió a retroceder, chocó contra un mueble y tuvo que despegar la mirada de él para ver por dónde iba. Para cuando lo miró otra vez, ya lo tenía encima.

—Aunque realmente no eres tú —le tomó el rostro entre las manos, la inclinó hacia atrás y la miró a los ojos—, no eres tú.

Carola recuperó algo de su compostura y se zafó de su agarre, a la vez que retrocedía para poner un mueble en el medio de los dos.

—¿Quién más sería? Esto es ridículo. —Respiró con agitación—. No tengo tiempo para esto, vete.

—Eso suena más a tu estilo —dijo él y miró alrededor perezosamente—, tengo un trabajo que podría interesarte.

—Ya te dije que esta semana no, estoy de vacaciones.

—Estoy seguro de que te gustará. —Sonrió.

—No. —Carola se cruzó de brazos.

Él enarcó las cejas.

«Por favor, que se vaya, que se vaya».

—¿Ni siquiera uno que te dé la oportunidad de acercarte al Imperio…?

—¿El Imperio?

Los ojos del hombre volvieron a entornarse. Carola lo notó y trató de lucir desenfadada, imitar algún ademán de su contraparte, lo que casi hizo que tirara al suelo un candelabro muy adornado.

—Te dije que esta semana no, no me interesa.

«El Imperio, ¿me dijo ella algo de eso? ¿Y se supone que conozco a este hombre?».

—Realmente, me sorprendes, creí que estarías encantada por esta oportunidad.

—Yo… hago las cosas cuando quiero.

Él asintió.

—Es cierto, pero estas oportunidades no se presentan a menudo y no eres de las que las deja pasar.

«¿Quién es, quién es? ¡Si tan solo tuviera mis notas! Un hombre rubio y alto…, no recuerdo nada así. ¿Qué más podría ser?».

—Carola.

—Vete, ya te dije que no me interesa. —Ella evitó mirarlo, pero aun así la voz le tembló un poco.

—Hay algo extraño aquí.

—Claro que no, el único problema eres tú.

«El pesado eres tú —bufó para sus adentros y de pronto sus ojos se agrandaron—. Sí, ella le había contado sobre alguien insoportable que muy probablemente aparecería… Solo esperaba que fuera acertado».

Inspiró con fuerza y se dio la vuelta. Él tenía la mirada fija en ella. Carola trató de mantener la compostura.

—Leopoldo, no estoy de humor para tus manipulaciones, ya te dije varias veces que no me interesas, no importa cuántos regalos sueltes a mi puerta.

Carola esperó con los puños apretados, aun con los brazos cruzados.

«Por favor, por favor. Ella le había dicho que esa frase era todo lo que tenía que decir».

La sonrisa de Leopoldo perdió algo de su brillo y su postura se tensó considerablemente, pero no se fue, ni siquiera amagó con moverse.

Carola sintió que las palmas de las manos le comenzaban a sudar. Tenía la necesidad de aclararse la garganta, pero se resistió, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

Él volvió a mirarla de frente.

—¿No crees que ya es tiempo de cambiar esta rutina?

«No, no, no, las rutinas son buenas. ¡Por qué quiere cambiar ahora! Vete, vete».

—Ahora no, Leopoldo, no quiero tener que echarte.

Carola le mantuvo la mirada, ya tenía las manos acalambradas y comenzaba a notar la rigidez en su cuello.

«¡Vete!».

Tal vez la desesperación de su pensamiento atravesó el aire, porque él retrocedió un paso y finalmente, con la cabeza gacha, se acercó a la puerta. Se quedó allí, esperando.

«¿Por qué no te vas?».

Él levantó la mirada y se quedó otra vez observando su rostro, con una intensidad que Carola encontró insoportable.

«¿Por qué no se va? Que abra la puerta y…».

Tuvo que contenerse para no echar los ojos hacia atrás. Se acercó a la puerta con lo que esperó que fuera una actitud desvergonzada. Él estaba tan cerca que no le quedó otra opción que rozarlo al abrirla. Reprimió un escalofrío y mantuvo la mirada fija en cualquier otro lado mientras él se iba con una lentitud exasperante.

Cerró la puerta tras él y dejó escapar un largo suspiro.

Capítulo VIII

SIN EMBARGO, no terminó allí. Leopoldo regresó esa misma tarde y a la mañana siguiente. Carola ya había perdido las ganas de salir a explorar, pero tampoco podía quedarse dentro de la casa, él nunca dejaba de insistir.

—Sabía que esto no podía salir bien —negó con la cabeza mientras se oía de fondo el sonido del timbre—, lo sabía. Nada nunca sale bien.

—¡Carola!

Ella inspiró y se dirigió a la puerta. Sabía que no lo haría callar hasta que la abriera y, una vez que lo hiciera, era imposible evitar que entrara.

—Leopoldo, estoy cansada…

—Lo sé —su voz sonó tierna—, ambos lo estamos, ¿por qué simplemente no me dices quién eres?

Carola no pudo evitar que la confusión se mostrara otra vez en su rostro. Dio un paso atrás y chocó con la pared, no sabía cuándo había llegado a esa posición.

«Sabía que no podía salir bien, ¿por qué acepté…?».

—Carola —su voz sonó levemente ronca—, confía en mí, sabes que quieres hacerlo.

Ella cerró los ojos.

Leopoldo trazó el contorno de su rostro con un dedo.

—Carola.

—Soy yo —susurró ella.

—No, no realmente, ¿quién eres?

—Soy Carola. —Abrió los ojos, pero no fue capaz de mantener su

mirada.

—¿Quién eres?

—Soy yo…, solo que…

—¿Qué? —musitó él.

—No soy de aquí.

Él cambió la mirada, al principio por una intrigada. Estaban tan cerca que Carola sentía que se ahogaba.

Entonces él sonrió.

—¿A dónde fue Carola esta vez? —La miró de arriba abajo—. Hay un solo lugar donde podría conseguir a alguien tan idéntica a ella —rio—, bueno, en realidad, hay varios lugares.

—Es solo una semana.

Él se alejó unos pasos, sin despegar la mirada de ella. Finalmente, miró hacia un costado.

—Claro, una semana. —Se sentó en el sofá—. Entonces necesitarás un guía para tu nuevo mundo —sonrió—, yo soy la persona más indicada.

Carola suspiró.

Su secreto no había durado ni dos días.

«Sabía que no iba a ir bien», pensó nuevamente, mientras se acercaba al sofá y se sentaba lo más lejos posible de Leopoldo, quien no dejaba de sonreír.

Fueron las horas más largas de su vida.

Leopoldo no se retiró hasta tarde en la noche. Lo más difícil, además de evitar todas sus preguntas, había sido mantenerlo alejado. Carola nunca antes había atraído a un hombre de esa manera y no podía decir que se sintiera halagada por ello, más bien estaba incómoda.

A la mañana siguiente, él apareció muy temprano y no llegó solo, sino que venía acompañado de una mujer de su misma edad. Carola los dejó entrar y se quedó de pie en el centro de la sala.

Leopoldo cerró la puerta y señaló hacia el sofá, donde él se acomodó inmediatamente.

—Esta es Stella —dijo señalando a la joven mujer de cabello levemente rojizo y muy encrespado— y ella es Carola, aunque no la nuestra, sino la de un mundo paralelo.

Carola dejó caer la mandíbula.

«No pudo haber dicho eso, no pudo haberlo hecho».

—No te preocupes —añadió Leopoldo—, Stella es de confianza, ya lo verás.

—No, no —dijo Carola a la vez que negaba con la cabeza—, esto no se suponía que fuera así. No debería…

—Casi nunca las cosas son como deberían, la otra Carola sabía eso —sonrió—, aunque también se rebelaba ante ello. Una de sus cualidades más entrañables.

Stella se acercó a ella, amagó con estirar el brazo, tal vez para tomarla de la mano, aunque finalmente desistió y se conformó con una sonrisa.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

Carola vaciló.

—No sé, yo no debería…, tal vez deberíamos hablarlo con la otra Carola…

Los ojos de Leopoldo se iluminaron.

—¿Puedes hacerlo?

—Bueno, en verdad…, este…, somos las dos la que logramos…, como saben, establecer la comunicación.

Él entornó los ojos, pero Stella se le adelantó.

—Sí, lo sé, porque yo también lo hice una vez.

Carola se quedó sin palabras durante un instante y luego se desplomó sobre el sillón con un largo suspiro.

—¿En serio? —dijo levantando la cabeza hacia Stella.

La otra mujer se sentó a su lado.

—Sí, fue hace muchos años —su mirada se perdió en el pasado—, recuerdo cómo me sentí en ese momento —sonrió—, aunque también estaba asustada, como debes sentirte ahora. Por eso Leopoldo acudió a mí, él conoce mi secreto y ahora lo conoces también tú.

—¿Y ella?

El rostro de Stella se ensombreció ligeramente.

—No, ella no lo sabe —se mordió el labio ligeramente, lo que la hizo parecer muy joven, aunque Carola le calculaba la misma edad que ella—. No te voy a mentir, no somos realmente amigas, creo que no me tolera. —Rio con algo de amargura—. En realidad, creo que no

me presta mucha atención, ella no se molesta con las personas de poco poder. Pero que no lo tenga no quiere decir que no lo entienda. Hace varios años que estoy aquí y puedo ayudarte.

Carola asintió en silencio. Las luces del verano entraban por los extensos ventanales en cada una de las paredes. Uno de los rayos caía justo en el centro de la mesa al lado del sillón y ella se quedó observando las partículas de polvo que flotaban allí.

Claro que necesitaba ayuda. Lo que le había contado la otra Carola no servía casi de nada para lo que se enfrentaba allí, no con la vida que ella había tenido, casi siempre encerrada en una oficina. Miró a los dos: Leopoldo repantigado en un sillón individual y Stella esperando con expresión ansiosa su respuesta. No los conocía, pero ¿qué podría suceder? Ya habían descubierto su secreto y esa mujer tenía el mismo. Tal vez podrían ser amigas. Tal vez…

—¿Qué esperas…? —Apretó los labios—. Es decir, aprecio tu ayuda y entiendo que en parte es porque ahora estoy en la misma situación en la que estuviste tú antes, pero ¿qué esperas ganar con esto?

«Porque seguro que hay algo».

Stella dirigió una mirada a Leopoldo, pero aquel no hizo ningún gesto. Después de cierta vacilación, se volvió hacia Carola.

—¿Sabes por qué accedí a venir aquí? —Sonrió de una forma que suavizó su rostro—. Porque siempre me gustó el conocimiento, aprender fue una de mis pasiones desde que era niña, así que, al abrirse la puerta a otros mundos, ¡claro que la iba a cruzar! —Hizo una pausa, como si esperara que Carola asimilara esa información—. Tu otro yo, esa Carola, es muy poderosa aquí, sobre todo porque tiene muchos conocimientos que otros no. Aquí es algo que se guarda celosamente. Hay algunos libros antiguos que poseen muy pocas copias y es casi imposible acceder a ellos.

—Ella los tiene.

—Sí.

Carola inspiró y se puso de pie. Comenzó a pasearse por la habitación. Leopoldo seguía cada uno de sus movimientos, lo que hizo que ella se pusiera rápidamente nerviosa.

—Debería preguntarle a ella si…

—Dirá que no.

Carola se volvió hacia Stella, su frase había sido clara y directa. Casi había esperado una mentira y tanta franqueza la hizo vacilar

unos minutos.

—Mira, no voy a intentar engañarte, ni forzarte. Podemos hacer un trato que nos beneficie a ambas, incluso ser amigas, pero será contigo y no con la otra Carola. Solo te pido que lo pienses por ti misma, sin pensar en ella. Además… —vaciló—, ¿crees que ella está pensando en ti mientras vive tu vida? ¿O que planea consultarte por cualquier cosa que haga allí?

Leopoldo rio con ganas.

—Puedo asegurarte que no es así. Mi Carola siempre hace las cosas a su manera, sin importarle nada más.

—No es *tu Carola*. —Frunció el ceño ella—. Según sus notas, te encuentra bastante insoportable.

El gesto de Leopoldo vaciló un poco, pero luego se irguió en el asiento.

—¿Notas? Me encantaría saber qué piensa ella de nosotros.

—No lo sabrás. —Se volvió hacia Stella—. Está bien, lo pensaré, pero me gustaría estar unos momentos a solas. Tal vez si volvieran esta tarde…

—Claro —dijo Stella y se puso de pie, le hizo un gesto a Leopoldo.

—Claro —repitió él con un tono jocoso—, no tengo nada más que hacer que estar al servicio de su majestad.

—No hace falta que tú vengas —comentó Carola, quien los acompañaba a la puerta—. Solo tiene que hacerlo Stella.

—Ya querrías, ¿no? —Leopoldo estiró el brazo y le rozó el rostro con un dedo—. Pero no vas a librarte de mí con tanta facilidad, menos aún cuando ahora me debes un favor.

Carola reprimió un escalofrío y cerró la puerta con un poco más de fuerza de la necesaria.

Se dedicó el resto de la mañana y parte de la tarde a pensar lo que le había ofrecido Stella. Sin duda, necesitaba ayuda si deseaba amoldarse a esa vida, sobre todo si quería convertirla en algo permanente.

«¿En realidad quiero eso?».

No estaba segura, solo sabía que no había pensado ni una sola vez en su casa y que no extrañaba nada de lo que había dejado ahí. Aunque tal vez se debiera al entusiasmo de los primeros días.

No sabía muy bien qué pensar, así que dejó que su cuerpo decidiera por ella y permitió que la llevara por toda la casa en

movimientos automáticos que no analizó hasta después de unas horas. Sin darse cuenta, había estado revisando los libros que Carola tenía esparcidos por todos lados, especialmente en el sótano lleno de velas. Y algunos los había separado, como si quisiera guardarlos, alejarlos.

Observó el pilón que tenía frente a ella.

—Sí, parece que tomé una decisión.

Se dedicó el resto del tiempo a buscar dónde esconder esos libros. Algo le decía que sería mejor no mostrarle todo a Stella de golpe, al menos hasta que la conociera mejor.

No habían pasado ni dos minutos desde que hallara un lugar donde esconderlos cuando sonó el timbre. Por su nivel de insistencia, estaba claro que Leopoldo había regresado también.

Carola los dejó entrar y les pidió que se acomodaran en el comedor, ella iría en busca de algo de tomar y comer. Cuando regresó con un poco de té, café y galletas, Stella ya tenía un libro abierto sobre su regazo y Leopoldo caminaba por toda la habitación estudiando cualquier objeto que le interesara.

Stella levantó la vista cuando Carola apoyó la bandeja sobre la mesa.

—Supongo que es un sí, ¿no?

Carola asintió.

—Seremos amigas —sonrió Stella—, lo sé.

Carola forzó una sonrisa y se concentró en llenar las tazas. Apenas se dio la vuelta, se encontró con el torso de Leopoldo a unos centímetros.

—¡No te me acerques así!

—¿Te pone nerviosa?

Carola le dio la taza con brusquedad, salpicando grandes gotas de té caliente.

—Me molesta. —Se sentó sobre el sofá—. Estoy segura de que no hace falta que vengas siempre que Stella esté aquí.

—Es cierto —él probó el té y cerró los ojos unos segundos mientras sentía su aroma—, pero lo que te enseñe ella no será lo único que necesites para moverte en este mundo. Es más, te recomendaría que no salieras sin la compañía de alguno de nosotros.

Carola recordó el paseo de la mañana anterior.

—Veremos —murmuró.

Leopoldo sonrió. Se quedó en silencio durante la mayor parte del tiempo, mientras Stella le comenzaba a explicar a Carola el mundo en el cual se encontraba. Solo hizo algunos comentarios casuales y, luego de poco más de una hora, decidió irse y volver al día siguiente.

Carola suspiró con alivio cuando pudo cerrar la puerta tras él.

—Es un hombre bastante intenso —sonrió Stella— y bastante testarudo.

—¿Cuál es la relación que tiene con… ella?

—¿Contigo? —Sonrió Stella—. Al principio es muy raro, se siente extraño hablar de otra persona que es la misma que uno.

—¿Qué hay de la otra Stella?

—Ella…, no nos parecíamos mucho. —Negó con la cabeza—. No, eso no es así, somos la misma persona. Es solo que ella se decidió por aspectos de nuestra personalidad que a mí no me interesan en este momento.

Carola la miró con el ceño fruncido.

—A ella le gustan los niños —sonrió Stella—, así que se fue a un mundo tranquilo, donde puede dedicarse totalmente a su familia.

—Aburrido —opinó Carola y se tapó la boca—. Lo siento, yo…

—No, no, no hace falta que te disculpes, yo también pienso lo mismo, por eso cambiamos de lugar. A veces… —su mirada volvió a perderse en el recuerdo—, a veces me pregunto cómo le va.

—¿No sigues hablando con ella?

Stella se encogió de hombros.

—Ella nunca tuvo mucho interés. —Cogió una de las pocas galletas que quedaban en el plato—. Pero volviendo a tu pregunta, la relación entre Leopoldo y Carola es de esas extrañas en las cuales dejan de pelearse, durante un tiempo, cuando están juntos, pero tampoco llegan a separarse. Él está desesperado por… —sonrió—, tú sabes; a ella no le interesa demasiado, pero le halaga la pasión que siente él. Supongo que por eso lo mantiene a su lado.

—Sí, conozco ese tipo de relaciones.

—No es un mal hombre, siempre que no esperes más de lo que él está dispuesto a dar.

Se quedaron en silencio durante varios minutos. Fuera, la luz del sol comenzaba a flaquear y los ventanales se oscurecían lenta e irremediablemente.

—Bueno —dijo de repente Stella—, veamos qué tanto recuerdas de lo que te conté.

Carola comenzó a relatar, con ayuda de Stella, a grandes rasgos la reciente historia del mundo en el que se encontraba.

—Lo que no me queda claro todavía es cómo entienden la magia.

Stella sonrió.

—Nadie lo entiende mucho, por eso el conocimiento es tan requerido y cualquiera que lo tenga se vuelve poderoso. El Imperio lo ha ido acumulando durante siglos, desde mucho antes que este reino.

—Reino que no tiene rey.

Stella asintió.

—Que no tiene rey. El nombre le quedó desde las épocas en que sí tenía y ya nadie quiere cambiárselo. Habrás notado que algunas cosas que nos rodean parecen muy antiguas. No es una sociedad a la que le guste mucho despegarse de su pasado, ni siquiera el imperio. Tal vez porque la magia se impregna mejor allí que en los avances más tecnológicos.

—Entonces, ¿magia y tecnología son opuestos?

—No necesariamente, como te había dicho, la magia evolucionó hasta convertirse en distintas habilidades que tiene la gente. La mayoría tiene algo de magia, aunque solo unos pocos poseen habilidades realmente fuertes. El resto, con la ayuda de esa poca magia, ha logrado avances que le ayuda a enfrentarse a aquellos con más poder. Pero no hay realmente reglas que impidan a una persona con grandes habilidades para la magia usar objetos tecnológicos. —Sonrió—. La mayoría no lo hace, sin embargo, para demostrar que se bastan a sí mismos con la magia.

Carola asintió. No era tan distinto de lo que le había contado la otra Carola, aunque habían faltado detalles, que a lo mejor con la rapidez de su encuentro no podían haber cubierto.

—Y las relaciones entre el reino y el imperio no son amistosas —dijo Carola en un tono que era en parte afirmación y en parte pregunta.

—No, las relaciones entre ninguno de los grandes estados son muy amistosas, aunque solo unos pocos se encuentran en guerra abierta. No aquí, por suerte.

Carola volvió a asentir. Estiró el brazo para servirse más café, pero tanto la cafetera como la tetera estaban vacías.

—Y exactamente, ¿qué es lo que puede hacer Carola? ¿Podría yo…? —Negó con la cabeza.

—Claro que sí, tú y ella son la misma. Lo que sucede es que nunca accediste a esa parte de ti misma, por lo que será un poco difícil al principio, pero podrás hacerlo. Te lo aseguro.

Carola sonrió por primera vez a Stella.

—Está bien, ¿cuándo podemos empezar?

Stella miró hacia los ventanales oscuros.

—Creo que por hoy podremos hacerlo con algo sencillo. ¿Qué tal prender unas velas?

Carola agrandó los ojos.

—¿Eso es sencillo?

Stella rio.

—Claro que sí, se ve muy espectacular —se inclinó hacia ella—, por eso muchos solemos hacerlo siempre frente a aquellos que lo ignoran.

Carola recordó cómo su otro yo había apagado y encendido todas las velas del sótano.

—Sí, lo sé. Ella lo hizo.

—Entonces ya sabes lo que buscamos. —Extendió las manos hacia Carola—. Empecemos.

Capítulo IX

DURANTE LOS SIGUIENTES DÍAS, Stella fue todas las mañanas a continuar con el entrenamiento de Carola. Después de horas, Carola siempre la dejaba para que pudiera leer algunos de los libros que estaban por allí y que Stella absorbía con fervor. En todas las ocasiones hacía lo mismo: primero leía las páginas con una atención inquebrantable y luego las releía y tomaba interminables notas en su cuaderno.

Al mediodía, almorzaban juntas y por las tardes, ya fuera solas o en compañía de Leopoldo, salían a explorar el pueblo vecino y otros más cercarnos. Stella le había contado que también había ciudades más grandes, en los centros de cada estado, pero en general no era un mundo con una gran población. Siempre había habido frecuentes guerras y rencillas, además de que la mayoría de los estados practicaban la pena de muerte con cierta asiduidad.

—Eso es terrible —se indignó Carola.

—Tal vez —dijo Stella mientras miraba las vidrieras de las tiendas que pasaban a su lado—, pero es necesario. Cuando la mayoría de las personas tienen habilidades que harían muy difícil su control, se suele optar por soluciones más radicales.

Carola frunció el ceño y se dejó embarcar en sus propios pensamientos mientras Stella entraba en una tienda a probarse algunos de los vestidos. Ese día iban solas, ya que Leopoldo no gustaba de los lugares más transitados cuando salían juntos. Y Carola no podía recriminárselo, la mayoría de la gente no parecía dejar de señalarlos y murmurar por lo bajo cada vez que los veía caminando por allí.

Al principio, Carola había tratado de ignorarlo. En la oficina había estado acostumbrada a los constantes cuchicheos de sus compañeros, muchos de ellos dirigidos a ella, como si no pudiera escucharlos a una

distancia de tres metros. Pero era diferente en este lugar, los comentarios eran maliciosos, de eso estaba segura, pero había algo más en ellos. En parte, creía que los que la miraban sentían… miedo. Aunque, ¿por qué habrían de temerle?

Escuchó la risa de Stella y se volvió hacia ella. La joven se estaba probando un vestido con tantos hoyos y lazos que no lograba entender por dónde debía meter cada miembro. En ese momento, parecía claro que una de las piernas estaba dentro de lo que debía de ser una de las mangas.

«Podríamos ser amigas, sí, ahora lo veo —ladeó la cabeza—, aunque nunca había tenido realmente una, ¿o sí? Nina solo es…».

Al recordar a su compañera de oficina, la única que le dirigía sonrisas verdaderas y que la saludaba con real cortesía, Carola se embarcó en otro tren de pensamientos. ¿Qué estaría sucediendo en su mundo? ¿Cómo se estaría manejando la otra Carola? Ya casi había pasado una semana y en dos días debían verse de vuelta. Entonces, tendría que decidir. Y en ese momento, Carola no tenía ni idea de qué hacer. ¿Realmente le gustaría quedarse allí para siempre?

Otra vez la voz de Stella la sacó de sus ensoñaciones, aunque en esa ocasión no fueron risas sino un grito. De alguna forma, el extraño vestido que había logrado ponerse había estallado en llamas. Carola se paralizó durante un momento, pero luego recordó las lecciones que había aprendido esa semana.

«Yo puedo con el fuego —se dijo y se acercó con una expresión que se parecía más a su otro yo—, solo un gesto con la mano y…».

Había hecho el gesto, pero las llamas, en vez de calmarse, se habían agitado con más fuerza y crecieron como un bambú. Stella la miró con alarma.

—Lo siento —murmuró Carola y se vio empujada por una de las dependientas de la tienda, que se acercaba con un balde de agua.

Otras más acudieron con premura y, con no poco trabajo, lograron apagar el fuego, que ya había comido casi todo el vestido, el cual Stella se vio obligada a pagar, sin embargo. Cuando salieron de la tienda, ambas estuvieron de acuerdo en regresar a la casa de Carola.

—Lo lamento —volvió a disculparse—, yo solo quería apagarlo.

—Lo sé —dijo Stella con voz apagada, que sin embargo insinuaba otra cosa.

—En serio, yo nunca…

Stella se volvió hacia ella y su expresión se suavizó.

—Tienes razón —suspiró—, tú no eres ella, no realmente. Aunque es obvio que todavía debes practicar. Espero que nadie notara tu falla, si supieran… —Miró alrededor como si esperara que alguien las estuviera siguiendo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—A la gente le gusta ver a alguien poderoso perdiendo ese poder.

—Eso ya lo sé, me refería a lo otro, sobre que yo no soy ella.

—Y no lo eres, no creo que hubieras encendido las llamas a propósito.

—¡Nadie hubiera hecho eso!

Stella frunció los labios y no desvió la mirada del frente, a la vez que apretaba el paso.

—Espera —dijo Carola—, ¿quieres decir que ella lo habría hecho?

Stella se encogió de hombros, todavía sin mirarla.

—Le habría parecido divertido.

—No lo creo.

Stella se volvió hacia ella por primera vez. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró en silencio. Carola caminaba a su lado con el ceño fruncido. Stella lo intentó un par de veces más y luego se decidió por comentar por lo bajo.

—Debes recordar que ella tiene un control absoluto sobre las llamas, podría hacerlas elevarse a tu alrededor, sin en realidad poner en riesgo tu vida. Y luego apagarlas como si nada. —La expresión de Stella se endureció—. No todos pueden hacer lo mismo.

Carola sabía que Stella apenas si podía encender una vela, aunque supiera exactamente cómo hacerlo. A ella misma no le iba mucho mejor.

—Lo siento —repitió.

Stella por fin se relajó. Ya estaban en calles más vacías y era poca la atención que atraían sobre sí.

—Está bien, no te preocupes, no sucedió nada, pero debes practicar más.

Esa noche Stella no se quedó a cenar, por lo que Carola estuvo sola en la gran casa que ahora era suya. Por lo menos, durante unos días más. No pudo evitar volver a pensar en la otra Carola y lo que fuera que estuviera haciendo en su mundo, con su vida. ¿Se habría hecho amiga de Nina?

En mitad de la noche, el deseo fue tan intenso que salió de la cama y se dirigió al sótano. El sótano que todavía no le había mostrado a Stella, el lugar donde se reencontraría con su otro yo en un día más y donde tendría que tomar una decisión.

Recorrió la sofocante habitación y encendió las velas una a una. Al principio, había intentado hacerlo sola, pero tardó tanto con las primeras dos que para el resto utilizó una cerilla. El lugar se veía en penumbras, como si estuviera fuera del tiempo que rodeaba a la casa. Desde allí era imposible saber que afuera era verano.

«Tal vez el efecto es adrede», pensó, pero no se quedó con .

Volvió a recorrer toda la habitación intentando recordar dónde había estado el portal la vez pasada. Se concentró en esa imagen, en verla a ella. Sabía que no podrían hablar si la otra no estaba pensando en lo mismo, pero sí podría verla.

Se quedó allí parada, con los ojos cerrados, concentrada en su antigua vida. La que llevaba hacía una semana y ya casi no estaba en su recuerdo. Eran tan pocos los detalles que podía recordar que se preguntó si en algún momento había prestado la más mínima atención a lo que la rodeaba.

Luego de media hora, abrió los ojos con frustración, pero allí estaba la luz que revoloteaba frente a su nariz. Solo necesitaba que se abriera.

«Por favor», deseó con fervor y cerró los ojos otra vez.

Cuando volvió a abrirlos, la ventana estaba allí, frente a ella. Era pequeña, pero permitía ver lo que sucedía del otro lado.

Estaban en la oficina, podía ver a varios de sus compañeros ahí. Nina, riéndose feliz, Giorgio, con una sonrisa más relajada. ¿Por qué estarían en la oficina a esa hora de la noche? Entonces vio a Nina levantar una copa.

—Claro —susurró Carola.

Estaban en un bar, recién entonces notó que el ambiente era más oscuro que en la oficina y que había mucha gente dando vueltas que eran completos desconocidos para ella. Era poca la abertura que dejaba la ventana, pero inclinándose un poco hacia un lado, Carola alcanzó a ver a su otro yo. Entonces entendió de lo que se reía Nina y lo que observaba Giorgio con mucha curiosidad: la otra Carola estaba bailando. Era un baile extraño, tal vez por eso las risas, pero Carola lo había visto en este mundo y no era solo eso, los movimientos casi actuaban como un hechizo. Y Carola pudo ver cómo nadie quitaba los ojos de su otro yo mientras esta sonreía abiertamente, con una luz en

sus ojos que opacaba todas las que había en el bar.

Carola sintió una oleada de emociones que no pudo controlar y la imagen se desvaneció con rapidez.

Se dejó caer en el sofá. No estaba segura de lo que había visto, de lo que la había hecho sentir, pero no fue capaz de dormir por el resto de la noche. Si de algo estaba segura era de que, cuando por fin hablara con su otro yo, esta no querría regresar. ¿Entonces qué haría ella? Era obvio que nadie la extrañaba allí, pero ¿cómo había triunfado ella en algo que…?

«No, no —se dijo—, somos la misma, lo que pueda hacer ella lo puedo hacer yo. Esa vida nunca me interesó, ¿por qué tendría que pensar en ella ahora?».

Volvió a la parte de arriba de la casa y abrió el cuaderno de anotaciones que había hecho con Stella, ya que ella todavía no podía leer ninguno de esos libros que parecían estar en un latín antiguo.

«Porque estaba acostumbrada, nada más. Solo tengo que acostumbrarme a esta vida y todo pasará».

Releyó las instrucciones moviendo los labios en silencio y luego clavó la vista en la vela apagada que tenía ante sí.

Capítulo X

AL DÍA SIGUIENTE, Stella apareció a la hora acostumbrada. Ninguna de las dos hizo referencias al incidente del día anterior ni a la conversación que le siguió. Después de unos minutos de práctica, volvieron a su trato habitual. Stella parecía estar muy complacida con el avance de Carola. La noche de vigilia había logrado que ya pudiera prender y apagar una vela sin esfuerzo aparente, aunque la llama fuera frágil.

Hacia el mediodía, apareció Leopoldo. Carola estaba irritada al principio con su presencia, como siempre que el rubio empezaba a merodear a su alrededor. Pero pronto recordó el baile que había visto la noche anterior. La otra Carola parecía poder hipnotizar a la gente a su alrededor y ella también tenía ese poder, aunque nunca lo hubiera utilizado. Era hora de que comenzara a sentirse más cómoda con ella misma. Después de todo, no había nada de malo en saberse deseada.

—Hoy estás más feliz —comentó Leopoldo con la mirada clavada en ella mientras compartían el almuerzo—. ¿Qué pasó con tu pesimismo habitual?

—Yo no soy pesimista —dijo Carola y se sonrojó, porque sabía que esos eran los primeros pensamientos que solían cruzar por su mente.

«Ya no más, esta es una nueva vida, en todo aspecto».

—Ha avanzado mucho en las lecciones —informó Stella con satisfacción en la voz—, si sigue practicando así, pronto podrá emprender acciones por su cuenta.

—Lo cual será necesario que haga pronto, si no quiere levantar sospechas. —Tomó un trago de vino; Carola no podía entender que eso no le hiciera dormir después de las comidas—. Lo que me lleva a la próxima propuesta. Tengo que hacer un pequeño viaje al centro del reino y creí que tal vez quisieras acompañarme.

—No está lista para enfrentarse a eso —dijo rápidamente Stella.

—Lista o no, no puede permanecer oculta. La verdadera Carola no estaría todo el día encerrada en su casa, si no fuera para de repente salir con algo que nadie hubiera visto antes —sonrió—, o que hubiera deseado verlo.

Carola frunció el ceño.

—Yo soy la verdadera Carola —mantuvo la mirada que le dirigieron los otros dos—, la de otro mundo tal vez, pero no soy menos real que ella.

Leopoldo sonrió otra vez.

—Tienes razón, me disculpo. Me refería a la verdadera Carola para este mundo. La gente comenzará a hacer preguntas cuando actúes de una forma tan diferente. Por un tiempo, podrás mantener la fachada de las vacaciones, pero no por mucho, te lo puedo asegurar.

—Mañana termina la semana —dijo Carola.

Stella y Leopoldo la miraron con extrañeza, por lo que ella se explicó.

—Mañana volveremos a hablar con la otra Carola, habíamos dicho que en una semana nos contactaríamos para decidir cómo seguir.

Leopoldo vaciló con su copa e intercambió una mirada con Stella. Fue ella la que habló con lentitud.

—Bueno, entonces supongo que esperaremos a ver qué acuerdan.

—Sí —respondió Carola con la mirada baja y el ceño algo fruncido—, aunque creo que ya hemos decidido.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Leopoldo.

—Por nada. —Carola no levantó la vista—. Como sea, mañana veremos.

—Me encantará ver a nuestra vieja Carola —dijo Leopoldo antes de terminarse todo el vino que le quedaba en la copa.

—¡No! —Levantó la cabeza Carola—. Ustedes no pueden aparecer, le había prometido a ella que no le diría a nadie lo de….

Leopoldo rio por lo bajo.

—Ya veo, manteniendo secretos contigo misma… Eso es retorcido, pero muy propio de ella, de ustedes.

—No es…, yo no soy… —Carola cerró los ojos un momento e inspiró con fuerza—. Es solo que no veo la necesidad de contarle algo que no le afecta realmente… supongo —agregó con un vistazo rápido

a Leopoldo.

—No te preocupes —dijo él—, estoy seguro de que ella tampoco te contará todos los detalles de lo que está haciendo allá. —Se puso de pie y recogió sus cosas—. De todas formas, luego de tu pequeña charla contigo misma, realmente creo que deberías hacer ese viaje conmigo. No tengas miedo, no te perderé de vista ni un instante.

Carola reprimió un escalofrío y lo acompañó hasta la puerta en silencio. Él no había dejado de lucir una sonrisa durante todo el trayecto.

Cuando regresó a la amplia cocina, donde habían estado comiendo, Stella se quedó mirándola con fijeza.

—¿Qué? —dijo Carola mientras comenzaba a limpiar la mesa.

—No me gusta decirlo, pero creo que tiene razón.

—¿Con respecto al viaje?

Stella asintió.

—No queda muy lejos, en medio día estarían allí. Carola no suele pasar mucho tiempo sin mostrarse.

—Pero yo no tengo que ser ella.

—Es cierto, pero no puedes cambiar con tanta rapidez; al menos no hasta que sepas más de este mundo y cómo moverte en él.

Carola soltó las cosas que tenía en la mano y se dejó caer sobre una silla. Salió un largo suspiro de sus labios.

—No soy realmente muy buena en las relaciones sociales.

Stella sonrió con amargura.

—Ella tampoco —dijo por lo bajo y se levantó para terminar de limpiar la mesa.

—¿Irás tú también?

Stella vaciló.

—No lo sé. No tengo nada que hacer allí realmente y la gente se preguntará por qué voy y por qué lo hago con ustedes.

—¿Tanto importa lo que piense la gente? Ignóralos.

—Ojalá pudiera, pero aquí puede llegar a ser muy peligroso ignorar a la gente, nunca se sabe qué habilidades podrá tener.

Terminaron de limpiar la cocina y regresaron al comedor.

—Aunque tal vez…

—¿Tal vez qué?

—Bueno, hay alguien en el reino a quien me gustaría conocer. Carola lo conoce y podría presentármelo. —Se mordió el labio—. Tendríamos que encontrar una excusa plausible para semejante favor. —Sonrió con los ojos empañados—. Realmente, me gustaría conocerlo.

—¿Quién es?

—Algunos dicen que es un sabio.

Carola sonrió.

—Ahora entiendo por qué quieres conocerlo. Tal vez podamos preguntarle a Leopoldo, estoy segura de que es el tipo de hombre al que se le ocurren esas excusas.

Stella rio.

—Es cierto, pero entonces le deberás otro favor.

Carola frunció el ceño.

—¿Tú crees que querrá cobrárselos?

—Seguro, eventualmente.

Carola suspiró.

—No puedo preocuparme de tantas cosas a la vez.

—Tienes razón, ¿cuándo verás a la otra Carola?

—Esta noche.

—Pensé que mañana…

—Mañana ya estará todo decidido.

—Ah.

Ambas dejaron pasar el silencio mientras se perdían en sus propios pensamientos.

—Lo siento —dijo de repente Carola—, pero no creo que tú debas estar allí tampoco.

—Lo entiendo —Stella sonaba calmada—, tal vez pueda verlo desde la distancia. ¿Dónde vas a comunicarte con ella?

Carola vaciló.

—Descuida, no debía preguntarte.

Carola dudó otra vez, pero optó por mantener el silencio.

Al final, el encuentro fue breve. La otra Carola apareció a los pocos minutos de que hubiera empezado a pensar en ella. Carola se había

preparado para que la hiciera atravesar el portal, pero la otra no hizo ningún ademán de hacer algo por el estilo.

—Este mundo es fantástico —dijo la otra Carola con sus ojos titilantes—. Me encanta estar aquí y creo que he encajado muy bien.

Carola recordó las imágenes de la noche anterior.

—¿Cómo te llevas con mis compañeros de la oficina?

—Muy bien, aunque ya no son mis compañeros, ahora soy su jefa.

—¿Su qué? —Carola agrandó los ojos.

—Ay, querida, estabas desperdiciando tanto potencial. No puedo creer que nunca lo hubieras pensado, el camino estaba prácticamente hecho.

—Lo había pensado, pero…

—¡Lo pensaste demasiado! —Carola rio—. Pero ahora ya no importa, está todo arreglado, ahora estás en control. Es decir, yo lo estoy.

—Ah.

—¿Cómo van las cosas allí?

—Bien, es muy… interesante. Todavía estoy aprendiendo a manejarme por aquí, pero creo que está bien. Es más, creo que… me gustaría quedarme un poco más.

—Pues claro. Ya sabía yo que te iba a gustar. ¿No te había dicho que sería perfecto? Creo que ya podríamos dar por cerrado nuestro trato.

—¿Qué? No, no —el portal tembló levemente—, ¡espera!

—¿Qué pasa? Dijiste que querías quedarte allí.

—Sí, pero… pero todavía no sé si…, ¿por qué no hablamos otra vez en unas semanas?

—¿Para qué?

—Para ver si cambiamos de opinión, por si algo sale mal…

—¿Qué podría ir mal? —cuestionó la otra con algo de irritación—. No seas tan insegura.

Carola apretó los labios.

—Está bien, está bien —dijo la otra Carola y desvió la vista—, si eso te deja más tranquila.

—Gracias.

La otra Carola levantó la vista y la miró de frente.

—Conozco esa expresión, no ibas a dejarlo pasar. —Sonrió—. Y también conozco esta otra que tienes ahora, ¿en qué estás pensando?

Carola sonrió.

—Nada, solo en salir un poco, ir más allá.

—¿A dónde? —La otra Carola entornó los ojos.

—Me ofrecieron ir al centro del reino.

La expresión de la otra se bloqueó y Carola no pudo ni intentar adivinar lo que pasaba por su mente.

—Supongo que fue Leopoldo.

Carola se sonrojó.

—¿Cómo lo sabes?

—Es típico de él. —Entornó los ojos de nuevo—. Te gusta, puedo verlo. Pero no te dejes tentar por esos sentimientos, él no es de confiar.

—¿Entonces no crees que debería ir?

La otra Carola miró hacia uno de los lados.

—Creo que se acerca alguien.

—La gente sospechará si me quedo siempre en casa.

La otra Carola volvió a mirarla, con el gesto todavía inescrutable.

—Eso es cierto. Ve si quieres, pero ten cuidado, no puedes confiar en nadie. —Volvió a mirar hacia uno de los lados—. Tengo que irme.

—Sí —asintió Carola—, entonces, ¿en dos semanas?

La otra Carola la miró con extrañeza y luego apretó los labios. Desvió la mirada y, con un ademán de la mano, hizo que el portal se desvaneciera.

—Claro. —Fue lo último que se escuchó, con una voz lejana.

Carola, agotada, se dejó caer en el sillón.

—Bueno —murmuró—, no fue tan mal.

Intentó recordar toda la conversación que habían mantenido y de repente se llevó la mano a la frente.

—¡Qué idiota! Tendría que haberle preguntado por ese hombre que quiere conocer Stella, ¿por qué no averigüé su nombre?

Suspiró y se puso de pie.

Esa noche durmió con un sueño profundo que no le permitió recordar ninguna de las imágenes que pudieron haber surcado por su mente.

Al día siguiente, se levantó con los bríos necesarios para comenzar lo que podría ser su nueva vida. Apenas llegaron Leopoldo y Stella, les comunicó su decisión de quedarse, a lo que esta última adhirió con alivio.

—¿Con respecto al viaje? —preguntó Leopoldo.

—Creo que será mejor que lo haga. Si quiero vivir aquí, conviene que empiece a forjar relaciones, ¿no?

—Totalmente de acuerdo. —Sonrió el rubio.

«Sí —se dijo Carola—, una nueva vida, una nueva forma de ser».

Dos días después, se encontraba en el centro del reino. Era una ciudad muy parecida a las grandes urbes del mundo de Carola, aunque el cielo estaba más lleno de objetos voladores, muchos de los cuales eran personas. Había tantas distracciones en la calle que tanto Stella como Leopoldo tenían que recordarle cada tanto que dejara de mirarlas como si fuera la primera vez que las veía.

Se hospedaron en uno de los hoteles del centro, cada uno en su propia habitación. Era un lugar lujoso, al que Carola no estaba acostumbrada y la hizo sentir algo incómoda al principio. Sobre todo, por el trato de los empleados, que era distante y bastante frío para con ella. Podía notar que no era igual como trataban a Stella o a Leopoldo. Aunque a este último era claro que le tenían miedo.

Sin embargo, ella no entendía por qué. No parecía que fuera muy amenazador más allá de su gran altura. Por lo poco que había hablado con él, no tenía habilidades mágicas. O al menos nunca le había preguntado. Hizo una nota mental para preguntarle a Stella. No podía creer que supiera tan poco de una persona de la cual había pasado a depender en tan poco tiempo.

Leopoldo le había dicho que al día siguiente serían recibidos por uno de los nobles que él había ido a ver y que Carola no conocía, por lo cual podría comportarse más relajadamente. Sin embargo, esa noche estaban invitados a una gala donde habría muchas personas que conocerían a la otra Carola, pero le aseguró que pocos le dirigirían la palabra y le aconsejó que se mantuviera cerca de él en todo momento.

Stella la ayudó a vestirse, mientras le daba algunas instrucciones sobre los modales y el comportamiento que se esperaba de ella.

—Tú también te mantendrás cerca de mí, ¿no?

—No —dijo Stella—, ni siquiera entraré contigo.

—Pero…

Stella negó con la cabeza.

—Ya te había dicho que no esperan verte conmigo, porque no yo pertenezco al mismo estrato.

—¿Y Leopoldo?

—Él sí, en cierta forma.

—¿Pero él tiene algún…?

En ese momento, sonaron golpes a la puerta y el mismo Leopoldo se presentó frente a ella.

El salón donde se desarrollaba la fiesta no era muy diferente de los salones a los que había asistido Carola, aunque la decoración de este era espectacular. En especial por la pequeña cascada en el centro que se alimentaba a sí misma y nunca llegaba realmente a tocar el piso sobre el que flotaba.

Lamentablemente, esa fue la única parte buena de la fiesta. Leopoldo había tenido razón al decir que poca gente le dirigiría la palabra. La mayoría la ignoraba y luego cuchicheaba a sus espaldas. Otros le dirigían comentarios fríos, que rozaban la mala educación.

Al principio, Carola había intentado introducirse en algunas conversaciones, pero todos la observaban con recelo y eventualmente se quedaba sola. Las únicas dos personas que se le habían acercado eran para hacerle propuestas que a Carola la habían dejado paralizada. Si no hubiera sido por el rescate de Leopoldo, uno de ellos casi la hubiera llevado a otra sala para hablar en privado.

El resto de la noche, Carola se volvió cada vez más reservada y ya no emitió ninguna otra palabra. Solo quería encogerse frente a las miradas despectivas de los demás. Cada tanto captaba la imagen de Stella y su risa y varias veces amagó con acercarse a ella, pero Leopoldo la detuvo.

Así que al final solo se contentó con que terminara la noche y se concentró en las velas que estaban diseminadas por la habitación. Prendió y apagó unas cuantas, lo que hizo que las personas murmuraran más y se alejaran de ella con más empeño.

Finalmente, Leopoldo la tomó del brazo y, con su eterna sonrisa, le dijo que ya podían irse.

—Gracias —alcanzó a susurrar ella mientras se alejaba de allí con las miradas de todos sobre su espalda.

Capítulo XI

La mayor parte de esa noche la pasó en vela, pensando en lo que había sucedido en la fiesta, en los detalles de su última conversación con la otra Carola. Ella no había querido que fuera al reino, le había dicho que no podía confiar en nadie. Y ciertamente Carola no podía confiar en ninguna de las personas que había allí, era bastante obvio lo que sentían por ella: la odiaban. ¿Y quiénes habían sido eso dos hombres?

Carola reprimió un escalofrío y se arrebujó entre las mantas. Lo que habían propuesto, de una manera tan desenfadada… ¿realmente la otra Carola los conocía? ¿Ya había hecho trato con ellos? ¿Podía ser que una parte de ella estuviera dispuesta a hacer…?

—No, no —apartó las mantas y se puso de pie—, eso no puede ser cierto. La otra Carola, ella…

«Se había mostrado muy dispuesta a irse de aquí —pensó—, tal vez no se debiera solo al aburrimiento».

Volvió a acostarse, pero aún pasaron varias horas antes de que pudiera dormirse.

A la mañana, Stella golpeó a su puerta cuando todavía estaba en la cama. Carola no contestó, pero ella entró de todas formas. Lo primero que hizo fue activar las ventanas para que dieran paso a la luz que inundaba la calle.

—Vamos, que ayer no terminamos tan tarde. Vi que Leopoldo te llevaba de allí bastante temprano.

—Créeme —murmuró Carola—, fue suficiente.

Stella se acercó a ella y se sentó en la cama. La miró en silencio durante un rato y luego dijo, con calma:

—Tú no eres realmente ella, todos tenemos la posibilidad de ser alguien distinto y aquí tú eres esa posibilidad hecha realidad.

—Tú sabías que la odiaban, lo sabías.

Stella desvió la mirada.

—No todo el mundo lo hace.

—¿Tú?

Stella se encogió de hombros.

—Nunca realmente pasé tiempo con ella, tal vez le dirigí tres palabras en todo ese tiempo. Solo sé lo que vi y lo que me contaron.

—¿Qué te contaron?

—No vale la pena que sepas eso —se levantó y comenzó a rebuscar entre la ropa de Carola—, si puedes ser alguien distinto, ¿para qué recordar a la otra?

Carola la miró mientras buscaba su ropa y recibía al personal que venía con el desayuno. El sol que entraba por la ventana era abundante, pero no le hacía doler la cabeza, no había tomado nada la noche anterior, solo nervios.

—Vamos, levántate —le ordenó Stella—, Leopoldo vendrá en media hora para su visita con el noble y lo acompañaremos.

—¿Tú también irás?

—Sí, ¿recuerdas que te dije que quería conocer a alguien?

—¿Es este noble?

—No, pero se encuentra en su casa ahora, suele pasearse por la casa de todos los nobles.

—¿Y cómo haremos para… —Carola se sonrojó— presentarte?

Stella sonrió.

—Leopoldo me dijo que tiene un plan, aunque no quiso decirme cuál.

Cuarenta minutos después, estaban viajando hasta la residencia de este noble, que Leopoldo dijo que se llamaba duque Mora.

Carola sonrió al escuchar su nombre.

—Aunque harás bien en no burlarte de su nombre, la última persona que lo hizo no sobrevivió a la noche.

Carola se volvió hacia Stella, la cual asintió con lentitud.

—No puede hacer eso, no por una simple broma.

Leopoldo clavó su mirada en ella.

—La gente poderosa suele ser temperamental.

Carola enrojeció y bajó la vista.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Stella, rompiendo el silencio que siguió.

Leopoldo sonrió.

—Ya verán.

La residencia del duque era impresionante. Tuvieron que atravesar casi medio kilómetro de jardín antes de llegar a la casa principal, la cual era un castillo en toda la regla. Si esa era la residencia de un noble de bajo nivel, Carola no podía imaginarse cómo serían las de más alto rango.

Los recibieron sirvientes que los hicieron pasar a varias otras habitaciones, cada una más grande que la anterior, como si fuera progresando en su estatus. En una de ellas perdieron a Stella y continuaron solos Leopoldo y Carola.

Finalmente, llegaron a un estudio muy elegante donde les dijeron que debían aguardar a que el duque terminara su entrevista con otra persona. Apenas el sirviente se alejó, Leopoldo se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

Él se llevó un dedo a los labios.

—Solo un pequeño paseo, estarás bien.

Carola lo observó irse, con los labios apretados. Permaneció unos minutos parada en el centro de la habitación, sin saber qué hacer. Luego, cuando le llamó la atención otra vez la atípica mezcla de antiguo y tecnológico, comenzó a merodear por el cuarto y estudiar todo lo que veía en él.

No se dio cuenta cuando un hombre entró por otra de las puertas de la habitación y se quedó observándola.

Pasaron varios minutos antes de que él hablara. Se dedicó a mirar a Carola con una suave sonrisa en los labios. Su mirada era casi tan intensa como la de Leopoldo, pero no dejaba traslucir realmente ningún sentimiento.

Carola estaba inclinada sobre una mesa de aspecto antiguo que, sin

embargo, poseía una pantalla LCD que parecía reproducir algún tipo de pintura.

—Una belleza, ¿no es así? —comentó el hombre con una voz suave y mesurada.

Carola se dio la vuelta con un salto y, sin quererlo, apoyó la mano sobre la mesa. La pantalla emitió un leve pitido. Cuando Carola se volvió a mirarla, la imagen había cambiado.

El hombre se acercó a ella con un andar tranquilo y seguro.

—No te preocupes, nadie presta realmente atención a la imagen que muestra. Se supone que los sirvientes deben cambiarla cada vez que limpian la habitación, pero a veces lo olvidan.

—¿Es solo decorativo? —preguntó Carola, que ya sentía que los latidos de su corazón se calmaban.

—¿Tú me lo preguntas a mí?

Carola reprimió otro salto y se alejó de la mesa y del hombre, que se había acercado bastante y la observaba con gesto pensativo.

—Claro que no, solo pensaba en voz alta. —Echó una ojeada hacia la puerta.

«¿Cuánto tardará en regresar Leopoldo? ¿Por qué me dejó aquí sola?».

—Hacía mucho que no nos veíamos —dijo el hombre y se acercó a un sofá, en el cual se sentó con movimientos demasiado lentos—. ¿Qué te trae a la casa del duque? Creí que no lo conocías.

—Y no lo conozco.

El hombre enarcó las cejas.

—Vine con Leopoldo.

—Ah, todavía juegas con el muchacho. —Se encogió de hombros—. Supongo que si te divierte…

Carola no contestó, ni tampoco se movió. El hombre la seguía observando con calma, a la espera. Y ella supo que la otra Carola lo conocía y que él estaba esperando un tipo de reconocimiento. Carola repasó mentalmente las notas que había tomado con su otro yo, pero eran tan vagas que no le permitían reconocer al sujeto. ¿Qué podía hacer? ¿Esperar a que volviera Leopoldo? No sabía cuánto podía tardar. Lo mejor sería distraer al hombre para que no se pusiera a observarla y pensar.

—Anoche no te vi en la fiesta —comentó Carola con voz bastante firme y se sentó en otro sillón individual, bastante alejada del hombre.

—Son aburridas. Hay pocas que realmente permiten ver una variedad de gente que puedan servir de estudio. ¿A ti qué te pareció?

—Incómoda.

El hombre volvió a enarcar las cejas.

Carola se mordió la lengua antes de continuar.

—La gente, ellos…

—¿Te hacían sentir incómoda? —Él se inclinó hacia delante y la observó sin parpadear.

«Estoy diciendo algo que no le convence. ¿Cómo actuaría la otra Carola? Si me guío por lo que me cuenta o insinúa Stella…».

—Me parecen molestos —Carola desvió la mirada—, siempre con sus cuchicheos a mis espaldas, envidiándome por lo que poseo, pero sin animarse a acercarse.

El hombre se echó hacia atrás.

—Sí, siempre es así con las personas a las cuales la gente teme.

Carola reprimió un escalofrío.

—Antes solía gustarte esa reacción, pero parece que comienzas a madurar. No es la primera vez que te veo inquieta. ¿Piensas cambiar tus modos?

«¿Mis modos? Ni siquiera sé cuáles son, pero si la gente me teme y me odia de esa manera, no creo que quiera saberlo tampoco».

—Será difícil —continuó él—, con tantas personas a las que has herido, algunos incluso han perdido amigos y familiares. No es fácil cambiar con todo ese… equipaje. Aunque no imposible, se necesita una gran fuerza de voluntad.

«¿Perdido? ¿Cómo? Por favor, no me digas que yo…, o sea mi otra yo…, ella… ¿los mató?».

El hombre parecía estar esperando una respuesta de ella, una que le interesaba mucho. Por suerte para Carola, en ese momento se abrió la puerta y entró Leopoldo. Se detuvo un segundo cuando vio la escena, pero luego actuó con su natural seguridad.

—Rocco, ¡qué sorpresa verte aquí!

—No tanta como verte a ti.

Ninguno de los dos hombres siquiera atinó a estirar el brazo, simplemente intercambiaron miradas.

Rocco se puso de pie.

—Los dejo, seguro que el duque no tarda en llegar.

—Espera —lo atajó Leopoldo—, tal vez también podríamos hablar contigo, hay alguien que me gustaría que conocieras.

—¿Y me gustaría a mí?

Leopoldo sonrió.

—Te parecerá interesante.

Rocco frunció los labios.

—No creo que tengamos la misma definición de lo que es interesante.

—Carola también lo cree, ¿no? —Leopoldo se volvió hacia ella.

«¿De qué estará hablando?».

Ambos hombres la miraban a la espera de su respuesta. Carola apretó los puños.

«Me tendrías que haber avisado, Leopoldo, no sé de qué me hablas».

—Claro que sí —alcanzó a decir y forzó una sonrisa que hizo que le tiraran los músculos del cuello.

Rocco la observó unos momentos más.

—Tal vez —murmuró antes de irse.

Leopoldo esperó unos segundos antes de acercarse a Carola.

—Te dije que no hablaras con nadie si yo no estaba.

—¿Y qué se suponía que iba a hacer? Él empezó a hablarme. ¿Por qué me dejaste sola?

—Tenía otras obligaciones. —Echó una ojeada hacia la puerta—. Hay que tener cuidado con Rocco.

—¿Quién es? —Bajó la voz hasta un susurro—. ¿Es amigo de Carola?

Leopoldo soltó una carcajada.

—Nadie es amigo de ella, pero se conocen. Él dice que es un estudioso, yo digo que le gusta estar al tanto de todo y de todos, lo que lo hace una figura de mucho poder. Ningún noble rechaza su visita. Sabe demasiadas cosas.

—¿Él es a quien Stella quiere conocer?

—Sí.

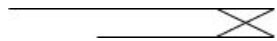
—¿Por qué no me avisaste antes?

—No sabía que llegaría a ti antes que yo pudiera hablarle. Es difícil saber qué le parecerá interesante y qué no. A veces ignora abiertamente a las personas con las que no ha dejado de hablar el día anterior.

—Creo que sospecha —susurró Carola.

—Claro que lo hace. No me gustará él, pero es un hombre inteligente. Demasiado para mi gusto.

En ese momento, la puerta se abrió y un sirviente entró para anunciar que el duque estaba a punto de cruzar el umbral.



CUANDO SALIERON DE LA VISITA AL DUQUE, durante la cual Carola podría haber sido una estatua por toda su participación, encontraron que en el pasillo estaban Rocco y Stella sumergidos en una conversación.

—Maldito —murmuró Leopoldo—, por eso odio a ese hombre. —Suspiró—. Al menos Stella obtuvo lo que quería. Vamos, nos encontraremos en el hotel.

—¿No deberíamos esperarla?

—¿Para qué? Sabe volver sola y mientras menos contacto tengamos con ella, menos preguntas hará Rocco sobre nuestra relación.

Pasaron rápidamente por el ancho pasillo, sin mirar hacia donde conversaban los otros dos. Pero Carola pudo sentir la mirada de Rocco sobre su espalda hasta que atravesó las grandes puertas que los separaban del exterior.

El viaje hasta el hotel fue silencioso. Leopoldo miraba por la ventana con el ceño fruncido. Carola no había entendido mucho de lo que había hablado con el duque, pero era obvio que la conversación no había salido como Leopoldo esperaba.

Cuando llegaron al hotel, Leopoldo le dijo que tenía que hacer algunos encargos, que la vería por la noche. Y que se preparara para partir a primera hora de la mañana.

—Espera —alcanzó a decir Carola cuando él ya estaba con la mano en el pomo de la puerta.

Él esperó con impaciencia mientras ella se acercaba con lentitud.

—Ella…, la otra Carola…, ella… —Desvió la mirada—. Ella no era una buena persona, ¿no?

—Buena, mala —se encogió de hombros Leopoldo—, esa es una opinión muy subjetiva.

—¡Leopoldo!

Él suspiró.

—¿Qué es lo que quieres que te diga?

—La verdad.

Leopoldo clavó su abrasiva mirada en ella.

—A ella nunca le importó lo que pensaran los demás, ni lo que pudiera pasarles. Solo se ocupó de ella y de acumular cuanto poder pudiera. Siempre fue muy determinada, con una pasión que atrae a los demás —se detuvo unos segundos—, pero que también los quema si se acercan mucho. No sé si realmente es mala, creo que en realidad no le importa nadie más que ella.

Carola frunció el ceño.

—¿Cómo puede gustarte alguien como ella?

Leopoldo sonrió.

—Es un reto. Además, ¿quién no encuentra atractiva tanta fuerza, tanta pasión por la vida?

«Lo que yo no tengo».

—Sí que lo tienes. Tú eres ella.

Carola dio un paso atrás.

—¿Cómo sabes lo que estaba pensando?

Él sonrió, estiró el brazo y le acarició el rostro con un dedo.

—No lo sé, sólo sé lo que sientes.

Antes de que Carola pudiera contestar, Leopoldo abrió la puerta y salió de la habitación.

Pasaron un par de horas antes de que apareciera Stella. Regresó con el rostro resplandeciente y una sonrisa que le costaba disimular. Entró en la habitación de Carola y se dejó caer sobre la cama.

—Es un hombre impresionante, todo lo que había esperado y más.

—Me alegro de que te haya ido bien —repuso Carola con un tono seco, estaba sentada junto a la ventana, observando el exterior.

Stella se irguió.

—¿Qué te sucede?

—¿Por qué no me lo dijiste?

Stella frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

—Que la otra Carola no es una buena persona.

Stella suspiró.

—No es algo que sea fácil de decir, cuando ustedes en realidad son la misma persona. Sin embargo, creo haberlo insinuado varias veces.

—¿Qué tan mala es?

Stella calló.

—Ya veo —murmuró Carola—, pero yo no soy ella, no quiero ser ella, no así.

—No tienes por qué serlo, puedes ser una versión mejor de ella. Ya lo eres en realidad.

Carola se volvió hacia ella.

—¿En verdad lo crees?

—Claro que sí, la otra no estaría pensando como tú ahora, a ella no le hubiera importado nada. Pero tú, tú puedes ser diferente, puedes cambiarlo. Ciertamente tienes el poder para hacerlo.

—Sí —susurró—, sí, puedo hacerlo, puedo construir otra vida, tengo el poder para que tenga significado. Solo debo cambiar algunas cosas.

—Yo te ayudaré —dijo Stella y mantuvo su mirada hasta que Carola asintió.

Pasaron el resto de la tarde en el hotel, esmerándose en hablar de cualquier otro tema. Cuando partieron a la mañana siguiente, Carola nunca se había sentido más aliviada. Pero también estaba entusiasmada, ella podría cambiarlo, tenía el poder de hacerlo, la misma determinación. Leopoldo le había dicho que lo que le gustaba de la otra era su pasión de vivir y también era lo que la había atraído a ella. Ahora lo recordaba, era la forma en que brillaban sus ojos. Eso era lo que había animado a Carola a aceptar y eso era lo que iba a coincidir.

«¿Podré? —Fue lo primero que se cruzó por su mente y enseguida lo apartó—. Ella nunca se preguntaría eso. Claro que puedo, ella ya lo hizo, lo que quiere decir que yo ya lo hice».

Cuando vio su casa asomar por la pequeña colina, sonrió. Ese

podría ser su nuevo hogar, solo faltaba que ella se animara a hacerlo suyo y ahora, por fin, estaba decidida a hacerlo. Le demostraría a los demás quién era ella realmente.

Esa semana le pidió a Stella que no solo le enseñara las habilidades de la otra Carola, sino que también le contara su historia, todo lo que supiera de ella. Tenía que estar más preparada que la última vez para cuando enfrentara a los demás.

Stella fue algo reticente al principio, pero Carola la convenció. Aunque estaba segura de que le daba versiones más suaves de lo que realmente había sucedido. Por lo visto, la otra Carola había accedido rápidamente al poder, tras dejar a varias personas atrás, ya fuera aliados, enemigos o incluso familiares.

Carola pensó en su propia familia, siempre tan ausente que olvidaba que estaba allí. Ella nunca habría hecho lo que hacía la otra, ¿o sí? ¿Acaso no había ignorado a los demás de la misma forma?

«No, yo no quise herir a ninguno de ellos, ni tampoco ganar nada con su trato. No soy como ella».

Pero lo cierto era que ella tampoco tenía amigos en su mundo, los había perdido a todos y no sabía muy bien por qué. Solo Nina le prestaba atención y nunca lo había entendido. Se encontró con que varias veces pensaba en ella, como la única persona a la que extrañaba de su hogar. Aunque a veces también se le cruzaban imágenes de Giorgio, lo cierto es que apenas lo conocía y solo podía decir que era un hombre que parecía amable y se mostraba interesante, nada más.

—Eso ya es el pasado —dijo en voz alta, era tarde en la noche y estaba sola en su casa—, tengo que concentrarme en lo que tengo ahora. —Miró alrededor—. Lo que es bastante. —Suspiró—. Debe de haber algún tipo de diario donde la otra llevara sus negocios, ¿o lo tendría todo en la mente?

Revisó la casa sin indicios de nada que se le pareciera, hasta que llegó a la conclusión de que lo que fuera que buscara estaría en el sótano. Ese sótano al cual todavía no había llevado a Stella; ese sótano que, no sabía por qué, aun no quería mostrarle.

Allí encontró varios libros con anotaciones de su otro yo, la letra era parecida a la de ella, pero más alargada y apretada. Tal vez porque estaba escrita en los márgenes de esos libros antiguos. Encontró también otros cuadernos, todos hablaban de cómo desarrollar diferentes habilidades y cuánto dinero obtendría de ellas. Hasta que finalmente halló uno que hablaba de las personas que vivían en ese pueblo.

Localizó los nombres de todas las personas importantes, o al menos todas lo que lo parecían a los ojos de la otra, y sus habilidades, así como su historia familiar. Algunas de las anotaciones le parecieron insidiosas, pero se obligó a leerlas. Estaba claro que la otra Carola no apreciaba a ninguna de las personas que vivían allí.

—No pueden ser tan malas —murmuró Carola—, tendré que conocerlas por mi cuenta.

Si bien esa noche no alcanzó a leer todas las acotaciones, seleccionó a algunas personas a las que le gustaría conocer. A la mañana siguiente, le mostró el listado a Stella, tuvo que insistir varias veces para evitar decirle de dónde había salido. Stella al final suspiró y tomó la lista en sus manos para estudiarla.

—No te recomiendo que hables con muchos de ellos, tal vez…, tal vez el señor Nyos. Es un comerciante de joyas, muy respetado en el reino, aunque no suele salir mucho del pueblo.

—Está bien —asintió Carola—, ¿por qué no vamos a visitarlo mañana por la tarde?

Stella suspiró otra vez.

—Bueno.

Capítulo XII

ESA TARDE, antes de salir hacia el pueblo, Carola fue a su habitación con la excusa de cambiarse de ropa y revisó las anotaciones que había tomado de ese hombre. Luego las descartó.

—No, me haré mi propia opinión de él, no iré con la de ella.

El día estaba totalmente despejado y el sol abrasaba el camino como si estuviera dispuesto a que ninguna criatura se levantara del ras de suelo.

—¿Siempre son así los veranos aquí? —preguntó Carola.

—Sí, pero basta con que te pongas a la sombra para que no lo sientas.

—Entonces faltan más sombras.

Stella rio.

—Tal vez.

El negocio del señor Nyos estaba bastante poblado, lo que hizo que Carola se lo pensara otra vez antes de ingresar.

—No tenemos que hacerlo —dijo Stella—, no todavía.

Carola apretó los labios. El señor Nyos, un hombre de mediana edad, estaba atendiendo personalmente a cada uno de los compradores y no escatimaba sonrisas. Eran sonrisas sinceras, no sonrisas de vendedor.

—Entremos —asintió Carola.

Apenas ingresaron, el negocio se llenó de un silencio intenso. Varios de los clientes se apresuraron a huir, lo que los dejó solos con un solo comprador, que en ese momento tenía en las manos uno de los collares que el señor Nyos le estaba mostrando.

—Creo que volveré más tarde.

—No es necesario —dijo el señor Nyos con una mirada seca clavada en Carola—, nadie que no sea yo echa a los compradores de mi negocio.

Carola intentó una sonrisa, pero luego se dedicó a mirar las demás joyas en exposición. El comprador que estaba con el señor Nyos se apresuró a tomar su decisión y salió por la puerta en menos de dos minutos.

—¿Qué quieres? —preguntó el señor Nyos cuando se quedaron solos.

—Solo quería ver algunas joyas —dijo Carola.

Él la observó con un gesto tenso.

—¿Qué es lo que en realidad quieres?

Carola se mantuvo firme.

—Solo lo que dije.

El hombre sonrió con desprecio.

—Claro —hizo un gesto que abarcaba todo el mostrador—, ¿en qué estabas pensando?

Carola miró el mostrador con interés real.

—Tal vez un dije.

El señor sacó una de las bandejas y la dejó sobre el mostrador.

—¿Sabes? Mi hijo quedó lisiado de por vida.

Carola contuvo un escalofrío y no se animó a levantar la mirada.

—Fue un accidente.

—Claro.

Revisó los dijes, cada uno de ellos era exquisito y estaba convencida de que eran muy caros. No podía estar segura de que pudiera pagarlos, aunque Stella le había afirmado que la otra Carola estaba en muy buena posición económica.

—Era solo un muchacho —insistió el señor Nyos.

—Lo siento —murmuró Carola.

—¿Es eso a lo que has venido? ¿A decirme cuánto sientes haber arruinado la vida de mi hijo?

—No, yo… —suspiró—, ¿por qué no podemos empezar de nuevo?

—¿Empezar de nuevo? —La voz del hombre se volvió tirante—. ¿Acaso puedes hacer que mi hijo vuelva a moverse por sí solo? Visité

a todos los sanadores del reino, incluso a uno del imperio, lo que tú le hiciste no puede revertirse.

—¡Yo no se lo hice! Fue él mismo, no debería haber competido conmigo en algo en lo que no podía vencerme.

Stella se volvió para mirarla, Carola se llevó la mano a la boca.

—Así que a eso has venido, a regodearte, pues ya puedes irte.

—No, yo… lo siento.

—¡Vete!

—Vamos —dijo Stella y tiró del brazo de Carola.

No volvió a dirigirle la palabra hasta que se alejaron del pueblo.

—Lo siento. —Fue Carola la primera en hablar.

—¿Cómo pudiste decirle eso?

—Él me estaba atacando.

—¿Y puedes recriminárselo?

—Pero no fui yo, no fui yo la que hizo eso.

—Ellos no lo saben, solo ven a la mujer que les arruinó la vida. Por un momento…

—¿Qué?

—Nada.

Siguieron en silencio hasta que llegaron a la casa de Carola. Stella la acompañó hasta la puerta, pero no la cruzó.

—Creo que es mejor que las dos descansemos.

—Espera, Stella, yo no quería…, no sabía qué decir y entonces dije lo mismo que ella.

—¿Cómo sabes lo que ella dijo?

Carola desvió la mirada.

—Encontré un diario.

—¿Entonces vas a mirar a los demás con el mismo cristal que ella? ¿Cómo esperas ser distinta?

Carola levantó la vista.

—Yo no quiero ser como ella, no lo soy. Pero ¿cómo puedo hablar con personas que lo saben todo sobre mí, cuando yo no sé nada? Tú ni siquiera quieres contarme todo.

—Porque no hace falta que lo sepas, no hace falta que sepas para

ser otra persona.

—No puedo cambiar si no sé de qué tengo que defenderme.

—La otra gente no está allí solo para que te defiendas de ellos, no todos son el enemigo.

—Es este caso sí, todos me odian, todos.

—Suenas igual que ella —susurró Stella.

Carola se frotó las sienes con los dedos, comenzaba a sentir un agudo dolor de cabeza que nacía justo detrás de los ojos.

—No soy así, creí que en este tiempo que pasamos juntas…

—Lo sé —cerró los ojos Stella un segundo—, es que es difícil no pensar en ella, cuando… Pero tienes razón, no eres como ella, es solo que cuando veo que podrías…

—Esto no va a funcionar —suspiró Carola—, sabía que no podría hacerlo. ¿Cómo puedo cambiar cuando los demás ya esperan que sea de determinada manera? —Negó con la cabeza—. Tal vez deba regresar.

Stella la observó durante largos minutos.

—Lo siento —dijo al fin—, a veces olvido… Es difícil amoldarse a otro lugar, más todavía cuando la gente ya tiene una opinión de ti. Aún creo que puedes cambiarlo.

—¿Incluso cuando todos me odian?

—Leopoldo no lo hace —sonrió brevemente antes de añadir por lo bajo— y yo tampoco. No he sido justa contigo, no, sigo viéndola a ella y tengo que dejar de hacerlo.

Carola suspiró.

—Creo que será mejor que descansemos un poco.

—Sí —dijo Stella—, mañana veremos las cosas con más calma.

Carola cenó frugalmente en la cocina. No podía dejar de pensar en lo que había sucedido en la tienda, ni en la conversación que había tenido con Stella, ni en su propia reacción. Eso era lo que más le rondaba la mente, porque lo cierto era que, según las notas de la otra Carola, el error había sido del muchacho, ¿por qué había decidido competir contra ella? Si todos sabían sus habilidades. La otra Carola creía que había recibido su merecido…

Ella no estaba de acuerdo, no creía que nadie mereciera ese destino, pero no podía dejar de pensar que tampoco tendría que haberlo intentado. Si realmente todos conocían cómo actuaba su

contraparte, ¿por qué enfrentarla? Como había escrito la otra Carola, ¿por qué enfrentarla si sabía lo que iba a recibir? Eso había sido error del muchacho, ambas Carolas estaban de acuerdo en eso. En eso y en que todos la odiaban. Tal vez ahora era culpa de la otra Carola. Pero ¿lo habría sido así al principio? Carola recordaba las miradas de sus compañeros de oficina cuando el jefe la felicitaba por algo, ellos también estaban resentidos y no era culpa suya.

Al día siguiente y los que vinieron después, la relación entre Stella y Carola fue algo más tirante. Aunque, a la vez, también se decían más lo que pensaban. La sinceridad es algo que solo debe darse en pequeñas dosis, hasta que la amistad con esa persona soporte el peso de soltar los verdaderos pensamientos.

Juntas formaron un plan para limpiar, de a poco, el nombre de Carola. Era un poco lento, pero Stella le había asegurado que no había otra forma. Por otro lado, Carola, por primera vez desde que se conocieran, había comenzado a realizar preguntas sobre el pasado de Stella. Cómo había llegado a ese mundo y cómo se había manejado allí.

Lo cierto era que había sido relativamente fácil para ella. La otra Stella llevaba una vida simple y con pocos conocidos, ninguno de ellos pensaba mucho en ella, así que simplemente creyeron que por fin se había decidido a salir al mundo cuando la nueva Stella comenzó a hacer preguntas, a interesarse por lo que la rodeaba. No quiso contar las circunstancias en las que había conocido a Leopoldo ni cómo él había descubierto su secreto. Aunque Carola tenía algunas sospechas.

—Él puede… adivinar o leer los sentimientos de los demás… algo así como un empático, ¿no?

Stella sonrió.

—Sí, algo así, ¿cómo lo supiste? No es algo que le guste comentar, tal vez porque el hecho de que lo ignoren los demás le da cierta ventaja.

—Ya me imagino.

En ese momento, como si lo hubieran llamado con el pensamiento, sonó el timbre.

—Ese debe ser él —dijo Carola a la vez que se ponía de pie—, es el único que puede hacer que el timbre suene tan irritante.

Stella rio por lo bajo.

Leopoldo siguió a Carola hasta el comedor, algo más cerca de lo que ella hubiera deseado, pero en ningún momento le pidió que se alejara. Él se dejó caer en el sofá de siempre y dirigió su mirada a

Stella.

—Creo que causaste una buena impresión en Rocco.

Los ojos de ella se iluminaron.

—Quiere volver a verte.

—¿Dijo eso?

Leopoldo se encogió de hombros.

—No con esas palabras, pero lo dejó claro. Tengo que volver al centro mañana, tal vez ustedes quieran acompañarme.

—Sí —respondieron Stella y Carola a la vez.

Leopoldo se inclinó hacia delante, estudiando a Carola con la mirada.

—Entiendo que ella quiera ir —hizo un gesto hacia Stella—, pero me pareció que tú no lo pasaste bien la última vez.

—¿Entonces por qué me invitas?

—Para ver qué decías. —Sonrió.

Carola suprimió una sonrisa.

—Es cierto que no lo pasé bien, pero estoy dispuesta a hacer que eso cambie. —Dirigió una mirada a Stella—. En realidad, tenemos un plan para que todo cambie.

Leopoldo enarcó las cejas.

—¿En serio? No estoy tan seguro de querer que las cosas cambien.

—¿Nada? —preguntó Carola y se sonrojó.

Leopoldo la miró de arriba abajo y sonrió.

—Si mañana partiremos —intervino Stella—, hay varias preparaciones que debemos hacer. —Dirigió una mirada significativa hacia Leopoldo.

—Continúen como si yo no estuviera aquí —dijo él y se repantigó en su asiento.

Stella suspiró, pero continuó con Carola durante varias horas más.

Al día siguiente, todos estaban viajando de regreso al centro del reino, donde se hospedarían en el mismo hotel. Cada uno estaba entusiasmado a su manera, pero era Carola la que se mostraba más ansiosa. Esa vez iba preparada para lo que la esperaba y, en cierta forma, deseaba poder ponerse manos a la obra lo más rápido posible.

El primer día fue muy tranquilo, habían vuelto a visitar al duque

Mora, el cual trató con cortesía a Carola, pero no le prestó mucha atención. Rocco, por su lado, la ignoró abiertamente y se dedicó exclusivamente a Stella, para deleite de esta. Carola pudo dedicarse a observar a los demás y planear cómo iba a actuar de ahí en más. Se preocupó de ser amable con los sirvientes, aun cuando estos huyeran de ella cada vez que le dirigía la palabra.

En el viaje de vuelta, Stella no hacía más que hablar de Rocco y repetir varias veces que la había invitado a pasar el día siguiente con él.

—¿Y qué van a hacer? —preguntó Carola.

—No puedo decirte.

Leopoldo lanzó una carcajada. Esa vez la reunión con el duque parecía haber sido más satisfactoria.

—Ya hablas como cualquier noble.

Stella se sonrojó.

—No importa —se esforzó en decir Carola—, pero te veremos en la fiesta de mañana por la noche, ¿no?

—Sí —asintió Stella.

El día siguiente, Leopoldo dejó a Carola sola durante horas, pero esta no se lo recriminó. Había llevado las notas de la otra sobre varias de las personas que acudirían a la fiesta. Sabía que no podría volver atrás nada de que lo había hecho y entendía por qué la odiaban, pero ahora que sabía qué era lo que había hecho, podría evitar hablar sobre ello, tal vez incluso tratar de remediarlo.

Esa vez, enfrentó la fiesta y todos los ojos acusadores con más fortaleza que la ocasión anterior. Mantuvo la cabeza erguida, aunque no fijara la vista en ninguno de los participantes. Pudo ver a Stella en una de las esquinas, lucía un rostro algo apagado y parecía distraída. Iba a acercarse a ella, pero captó la mirada de Rocco sobre ella y se contuvo.

La primera parte de la velada fue bastante tranquila. Al menos, las personas a las que había dirigido la palabra no habían huido con presteza ni la habían insultado abiertamente. Esto animó a Carola a intentar hablar un poco más.

Leopoldo se había alejado con otro pequeño grupo, no era posible ubicar a Stella, pero Rocco siempre estaba por allí observándola. Carola hizo caso omiso y se decidió a entrar en la conversación que mantenían dos hombres y una mujer. Si sus notas no fallaban, uno de ellos era el conde Uper y los otros dos eran un matrimonio, ninguno

de ellos tenía un título, pero eran ricos y ambos tenían habilidades poderosas, aunque las notas de la otra Carola no eran claras al respecto. Eran el señor y la señora Bran.

Los tres miraron con recelo a Carola cuando se acercó a ellos. Sin embargo, continuaron la conversación como si no estuviera allí. Carola observó cómo eran amables entre ellos, cuando según sus anotaciones, se odiaban.

—Me alegro de que hayan limado sus asperezas —dijo dirigiéndose a ambos hombres.

—¿A qué te refieres? —preguntó el conde.

Carola titubeó.

—Ya lo sabes…, o sea…, al incidente con el hijo de…

La mirada del señor Bran se endureció.

—Te agradecería que no hablaras de mi hijo, especialmente no después de lo que le hiciste.

Carola agrandó los ojos.

—Yo no…, no fui yo —sus ojos se desviaron hacia la señora Bran—, tú lo sabes, ¿no? Me habías pedido que…

—No sé de qué hablas —dijo la mujer con un gesto agrio.

—Sí, lo siento, yo… —Carola tomó un trago de su copa semivacía—, no quise más que decir que estoy feliz de ver que dejaron sus diferencias atrás y que me gustaría poder ayudarlos en lo que fuera para tratar de resarcir lo que…, lo que sea.

Los tres la miraban con dureza.

—Sigo sin saber de qué hablas —repitió el conde con desdén.

Carola vaciló.

—Tal vez sea mejor no hablar del pasado.

—Es lo primero sensato que dices —dijo el señor Bran.

Carola apretó los labios.

—Solo estoy intentando… —Suspiró—. Nada, no importa. Es solo que no voy a volver a hacer los encargos que me pidieron en el pasado, por eso me alegra que ya no estén tratando de destruirse el uno al otro. Ni siquiera es seguro de quién es el hijo de…

—Creo que ya es momento de irnos. —Leopoldo apareció de repente y le clavó los dedos en el brazo a Carola.

Con poca ceremonia, la arrastró fuera del salón, bajo la mirada de

todos los asistentes, incluso Rocco, que la observaba con atención. Estaba parado lo suficientemente cerca como para haber escuchado su conversación.

—¿Qué era lo que estabas haciendo? —murmuró Leopoldo sin detenerse un segundo hasta que llegaron al auto—, ¿es que te has vuelto loca?

—Solo quería intentar arreglar…

—Eso no es algo que se pueda arreglar. —Dejó escapar un suspiro después de dar las indicaciones para volver al hotel—. Tendremos que irnos esta noche, será una suerte que no nos sigan.

—Pero no hice nada.

—¿No hiciste nada? Dijiste demasiadas cosas, todas las cuales a la gente le gusta mantener calladas. ¿Sabes cuánto tiempo hace que esos dos son amigos?

—¡Pero creí que se odiaban!

—¡Claro que lo hacen! Pero ninguno de ellos lo sabe, los muy tontos nunca sospecharon del otro, lo que les era de utilidad a muchos otros, te lo aseguro. No puedes cambiar todo eso en una noche. Esto tendrá consecuencias y, créeme, no quieres estar aquí cuando ocurran.

—Pero yo solo quería…

Leopoldo inspiró con fuerza.

—Encima fue en una fiesta, con tantos testigos —negó con la cabeza—, no sé en qué pensabas, realmente no lo sé.

Carola bajó la vista y permaneció en silencio hasta que llegó al hotel. Allí Leopoldo le indicó que empacara inmediatamente, él se encargaría de los arreglos.

—¿Y Stella?

—Ella sabe cómo volver sola y tiene menos temeridad que tú —se quedó mirándola un minuto—, si al menos estuvieras en control de tus habilidades… Esperemos que ellos crean que sí y todavía te tengan miedo.

Stella apareció poco después, parecía agitada y comenzó a empacar con rapidez.

—Lo siento —alcanzó a decir Carola.

—Ahora no es el momento de hablar —apretó los labios Stella—, no sabes cómo estaban los ánimos en la fiesta cuando me fui.

Salieron del hotel en mitad de la noche. Lo hicieron por la puerta

trasera, donde un auto negro y de vidrios tintados los esperaba. No había ningún chofer y Leopoldo se ocupó de conducir. Las calles estaban bastante vacías, aunque permanecían iluminadas y el clima era lo bastante agradable para que hubiera gente caminando por allí.

Ya estaban llegando a las afueras y el gesto de tensión de Leopoldo se estaba apaciguando cuando sintieron una explosión al costado y el auto viró descontrolado. Las llamas se elevaron en la acera y el empedrado.

—¡Apágalo! —gritó Leopoldo mientras trataba de recuperar el control del auto.

Carola miró a Stella.

—Se refiere a ti —dijo esta.

—¡Pero no sé cómo!

Otra explosión resonó en la noche y el auto se bamboleó con fuerza, por un instante sosteniéndose sobre las ruedas izquierdas. Las llamas acariciaban los costados, aunque todavía hacían sentir su calor.

—¡Concéntrate! —exclamó Stella.

Carola cerró los ojos y trató de calmar su respiración, pero el constante movimiento del auto no lo hacía fácil.

—No son muy distintas a las velas, solo son llamas —continuó Stella—, no importa su tamaño, solo son llamas.

Carola apretó los ojos con fuerza y se clavó las uñas en las palmas. Se concentró en cómo la otra Carola había apagado todas las velas del sótano, lo vio una y otra vez en su mente. No supo cuánto tiempo estuvo sumida en ese pensamiento, hasta que Stella le apretó el brazo.

—Ya está —murmuró.

Carola abrió los ojos. Ya no se veían llamas por ningún lado y Leopoldo había recuperado el control del auto, el cual surcaba por las calles a una velocidad que resultaría imposible para cualquier vehículo de ese tipo.

El gesto de Leopoldo era tenso.

—No resistirá mucho a esta velocidad —opinó Stella con calma.

—No tenemos opción —dijo Leopoldo, que ya observaba otras sombras que se acercaban a los lados—, debemos alejarnos lo más rápido posible, aunque luego debamos cambiar de auto. —Sin despegar la mirada del camino, agregó—: ¿Crees que también pueda encenderlo?

Stella miró las sombras que se acercaban al auto, corrían a la

misma velocidad, pero era obvio que se trataba de personas a pie.

—No creo que…

—¡No es el momento de pensar en moralidad! —Leopoldo dio un volantazo—. Te puedo asegurar que ellos no están pensando en eso.

Stella inspiró y se volvió hacia Carola, que miraba hacia todos lados con ojos agrandados.

—Concéntrate —dijo Stella y asintió perceptiblemente.

Carola tomó aire y cerró los ojos, a la vez que se aferraba a las manos de Stella.

Capítulo XIII

LLEGARON A LA CASA DE CAROLA hacia el amanecer. Stella la ayudó a salir del auto y entrar, Carola estaba temblando, aunque ya era una cálida mañana de verano.

—¿Crees que estaremos bien aquí? —preguntó Stella.

Leopoldo echó una mirada de reojo a Carola.

—Después de cómo quemó a esos tipos —sonrió—, no creo que vengan a molestarla, aunque creo que será mejor que no se deje ver por allí en un tiempo.

Stella endureció su mirada.

—No deberíamos haberle pedido que hiciera eso.

—¿Y qué deberíamos haber hecho? —Los ojos de Leopoldo bailaban de un lado a otro, como si estuviera revisando toda la casa desde allí—. ¿Dejar que ellos nos encontraran?

—Tal vez no hubiera hecho…, no nos hubieran lastimado.

—Sigue creyendo eso.

Acompañaron a Carola hasta su cama, donde ella se dejó acostar y, poco después, se sumió en un sueño pesado.

Cuando se levantó, ya era media tarde y tanto Stella como Leopoldo seguían allí.

—¿Cómo te sientes? —Stella se puso de pie apenas la vio.

—Bien, todavía cansada. —Carola no la miró de frente.

—Ven, siéntate, te buscaré algo de comer.

Leopoldo se dedicó a mirarla con intensidad cuando se quedaron solos. Carola se hundió en su asiento.

—Realmente, no te pareces a ella.

—No quiero hacerlo, ella es… ¿En realidad enviaron a esos hombres a…?

—Claro que sí, cosas como esas ocurren todo el tiempo. Por eso es bueno siempre mostrar fortaleza. La otra Carola lo tuvo claro desde un principio.

—Pues yo no estoy acostumbrada a vivir de esa manera.

—Eso es obvio. Aunque puedes aprender, habilidades ciertamente no te faltan.

—¿Es lo único que te importa?

—¿Aparte de sobrevivir, dices?

Carola apretó los labios. En ese momento, volvió Stella con una bandeja con comida caliente.

Dejaron que Carola comiera en silencio.

—Creo que volveré más tarde —Leopoldo se puso de pie—, o tal vez mañana.

—Está bien —replicó Stella sin mirarlo.

Leopoldo se quedó a la espera, mirando a Carola, hasta que esta comprendió.

—Ah —dijo y se puso de pie para caminar hacia la puerta. Una vez que llegaron a ella, Leopoldo la tomó por la muñeca y le habló en un murmullo fervoroso.

—Tú eres igual a ella, ¿lo sabes?

—No —negó Carola—, no lo soy.

—Sí, tienes la misma fuerza que ella, la misma pasión, el mismo deseo, lo vi anoche cuando estabas tan decidida. Ella no se dejaría abatir por un pequeño paso atrás, ¿lo harás tú?

Los ojos de Carola se encendieron brevemente y Leopoldo sonrió.

—Claro que no —asintió—, te recuperarás y volverás a ser la misma de siempre.

Se fue antes de que Carola pudiera contestar.

—¿La misma que cuál de las dos? —musitó antes de cerrar la puerta.

Stella se mostró particularmente amable con ella. En cierta forma, Carola creía que tenía algo de culpa por haberle pedido que se comportara justamente como siempre decía que debía evitar, pero ¿qué otras opciones habían tenido? Después de la estupidez que había

hecho ella, estupidez que compartía con Stella, había sido un plan de las dos y no había funcionado.

Sin embargo, Carola se cuidó de decírselo. Stella se había quedado con ella y solo hablaba de lo que debían cambiar en su plan original, en lo que debían enfocarse, en aprender más, en enseñarle más. Se había quedado con ella como había hecho Nina, todas las veces que Carola había hecho algo que no correspondía… Eso era amistad, ¿no? No como todos los que la habían abandonado apenas ella se había recluido en su propio mundo.

—No sé si podré hacerlo —dijo Carola cuando Stella le había terminado de explicar cómo crear una débil ilusión.

—No es tan difícil, en realidad.

—No me refiero a esto, sino a cambiar la vida de Carola. ¿Cómo puedo hacerlo si ella soy yo, si lo mismo que está mal en ella está mal en mí?

—Porque tú sabes que está mal, en cambio ella cree que es lo correcto, eso ya es una diferencia enorme.

Carola negó con la cabeza.

—No sé cómo hacerlo.

—Con ayuda —Stella extendió el brazo y la tomó por las manos—, así es como se hace, con otras personas que te dicen cuándo te equivocas o cuándo pierdes el camino. Cuando uno está solo, es fácil desviarse y no darse cuenta.

—Yo siempre preferí estar sola —murmuró Carola.

—Ese fue el error de ella, no dejes que sea también el tuyo.

Carola levantó la mirada.

—La gente te odia cuando puedes hacer cosas que ellos no.

—Te odia cuando no lo compartes, si se sienten parte de ello, lo aprecian. —Le apretó las manos—. Lo lograremos, ya verás, yo tampoco me echo atrás frente a un reto, entre tus habilidades y mis conocimientos lograremos algo bueno. Aprenderemos mucho juntas —los ojos de Stella titilaron—, ya lo verás, sabré todavía más que Rocco. —Sonrió.

Carola sonrió levemente.

—No lo sé, parece difícil.

—¿Te dejarás vencer? En realidad, crees que ella es capaz de algo que tú no. Reclama esta vida, Carola, te puedo asegurar que ella está haciendo lo mismo con la tuya.

Carola reprimió un escalofrío.

—Reclámala —repitió Stella—, no hay otra forma de obtenerla.

Los siguientes días, los ánimos fueron tranquilizándose cuando nadie hizo ninguna visita a Carola. Leopoldo trajo algunas noticias: el conde Uper había sufrido un accidente y la señora Bran no se encontraba en mejor forma, todo parecía indicar que se separaría de su marido. La agitación comenzaba a calmarse, mientras se formaba un nuevo mapa de poder, uno donde el conde Uper y Bran eran abiertos enemigos. Esto satisfizo a algunos y preocupó a otros. Sin embargo, todos estaban tan pendientes de eso que pocos pensaron en Carola.

Esa tarde, Stella se fue temprano y Leopoldo se quedó en su lugar. Yacía repantigado en el sofá de siempre, mientras observaba a Carola practicar sus nuevas habilidades.

—Te ves mejor —dijo de repente—, con más energía.

—Estoy mejor —aseguró Carola—, más calmada, más decidida.

—¿A qué?

Ella levantó la mirada y la clavó en el atractivo rostro de Leopoldo. Lo observó como si fuera la primera vez que lo veía.

«¿Por qué no?», se dijo.

—A vivir.

Leopoldo se inclinó hacia delante.

—Eso suena interesante. ¿Qué planes tienes para lograr eso?

Carola se mordió el labio inferior y se ruborizó levemente.

—Hay algunas cosas que hace mucho que ya no hago y me gustaría volver a practicarlas.

—¿Por ejemplo?

La mirada de Carola se desvió hacia el dormitorio.

Leopoldo sonrió.

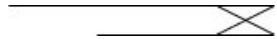
—La otra Carola no estaría de acuerdo, ella nunca me dejó entrar allí.

—Yo no soy ella. —Enrojeció aún más.

Él se levantó del sofá y se sentó a su lado. Le acarició el rostro con un dedo, que llevó hasta su mandíbula y dejó en el mentón. Empujó hacia arriba hasta que la mirada de los dos se cruzó.

—Ya lo sé —susurró con su aliento caliente sobre los labios de

Carola— y ya no me importa.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Carola se encontró sola en la cama. Al principio sintió alivio y después algo de resquemor. ¿Acaso había sido una tonta al dejarlo dormir con ella? ¿O lo era ahora al preocuparse por ello? El sonido del timbre hizo que no pudiera quedarse más tiempo rumiando sus pensamientos.

«Claro —pensó—, tiene que seguir aquí, no puede irse sin que abra la puerta».

Apenas salió del dormitorio, se cruzó con Leopoldo.

—Estás despierta —sonrió él y se inclinó sobre ella para darle un rápido beso—, estoy preparando el desayuno. Esa debe ser Stella.

—Claro —dijo Carola y se apresuró a ir hasta la puerta principal.

La abrió sin preguntarse quién podría ser, no había más opciones que una, considerando que Leopoldo ya estaba allí. Y si bien era cierto que Stella estaba esperando del otro lado de la puerta, no estaba sola.

Carola se quedó inmóvil, con la mano aún en el pomo de la puerta.

—Buenos días —saludó Rocco y amagó con entrar.

Carola se hizo a un lado automáticamente, sin preguntarse por qué lo hacía. Stella entró después de Rocco, cruzó una mirada con Carola y negó lentamente con la cabeza.

—Buenos días —reaccionó Carola y lo acompañó al comedor—, eh…, no esperaba tu visita, no sabía que estabas, mmm, en el pueblo.

—No suelo mantener itinerarios, simplemente me muevo como me parece. —Rocco miró alrededor antes de tomar asiento, revisó los libros que estaban en la mesa que usaban Stella y ella.

—¿Desayunaste?

Rocco la miró y enarcó las cejas.

—Sí, pero es claro que tú todavía no, no te preocupes por mí, tomaré un café.

—Claro —titubeó Carola y miró a Stella, que se había sentado enfrente de Rocco—, volveré en unos minutos.

Cuando llegó a la cocina, Leopoldo estaba esperando en el umbral, sus dedos estaban aferrados a la espumadera con la que había estado

cocinando.

—¿Algo de qué preocuparnos?

—Es Rocco.

Leopoldo entornó los ojos.

—Entonces, decididamente algo de lo que preocuparnos. —Miró a Carola—. Ve a vestirte, yo serviré el desayuno mientras tanto. Y acuérdate de mostrarte confiada, esta es tu casa.

La primera parte de la charla fue tranquila. Parecían simplemente un grupo de amigos compartiendo un desayuno. Aunque Carola no podía evitar notar la incomodidad de Stella ni la tensión en los músculos del cuello de Leopoldo. El único que parecía estar realmente cómodo y relajado era Rocco.

—Entonces —dijo este de repente, volviéndose hacia Carola—, al fin has decidido virar el rumbo de tu vida. —Asintió lentamente—. Muchos creyeron que no sucedería, pero yo siempre vi algo más en ti y debo decir que será un camino interesante el que sigas a partir de ahora.

Carola cruzó una mirada con Stella, pero esta no atinó a hacer ningún gesto.

—¿Cómo piensas proceder? —preguntó Rocco.

—Yo… todavía no estoy segura, solo sé que no quiero continuar… —Miró alrededor, pero nadie parecía estar dispuesto a intervenir. Al final recordó lo que le había dicho Leopoldo recién, lo que le había dicho Stella no hacía mucho—. Quiero una nueva vida —levantó el mentón— y la conseguiré, aunque todavía no haya definido todos los pasos que debo dar. Los demás deberán acostumbrarse.

Rocco asintió, parecía ser lo que había esperado.

—Claro, no esperaba otra actitud de ti —miró a Stella y a Leopoldo—, aunque creo que ya ha cambiado algo, ahora aceptas ayuda. ¿Aceptarás la mía?

—¿Por qué querrías ayudarla? —preguntó Leopoldo.

—Simplemente, me parece interesante, hay mucho que podríamos aprender de esta experiencia —dio una rápida mirada a Stella—, todos nos podríamos beneficiar.

—Estoy seguro de que tú lo harías —resopló Leopoldo.

—¿No es también la razón por la que tú estás en esto acaso?

—Tú no conoces mis razones —dijo Leopoldo, sin embargo, se movió incómodo en su asiento.

Rocco sonrió.

—No creo que haga falta que todos conozcamos nuestros motivos, siempre y cuando salgamos beneficiados. ¿Qué crees, Carola?

Ella se mordió el labio antes de contestar.

—¿Tengo opción?

Rocco rio por primera vez, era un sonido suave y que parecía no terminar nunca.

—La única pregunta que vale la pena —asintió—; no, no la tienes en realidad, no si quieres sobrevivir al cambio.

Carola inspiró.

—Entonces no hay nada más que hablar al respecto.

Rocco asintió.

—Cierto, atengámonos a lo importante —miró a Carola y a Stella—, ¿qué era lo que tenían planeado?

Rocco escuchó con atención cuál era el plan de acción e hizo muchos comentarios, lo que las forzó a reconocer que era demasiado ambicioso. Tendrían que empezar de una forma más calmada. Comenzar por el pueblo en el que vivían y actuar en silencio, no importaba que los demás no se enteraran de lo que hacía para reparar el daño.

—Pero si no lo saben —preguntó Carola—, si no saben que soy yo, ¿cómo dejarán de pensar en…?, ¿cómo dejarán de odiarme?

—Se enterarán —replicó Rocco—, es solo que tú no debes concentrarte en eso. Mientras más te empeñes en que noten la diferencia, más se resistirán. Déjalos que se den cuenta por sí solos.

—Ello llevará mucho tiempo —dijo Leopoldo.

Rocco levantó la mirada lentamente hacia él, lo contempló con calma.

—Lo que la trajo hasta donde está ahora también llevó mucho tiempo, ¿por qué cambiarlo sería algo rápido?

—Todavía no sé qué ganas tú con esto.

—Tal vez sea algo a lo que solo yo le veo valor. Un estudio como este, un cambio de carácter, tiene muchas curiosidades, se aprende mucho de las personas.

—¿Y qué hay de los demás? —preguntó Stella, algo nerviosa.

—Creo que ya estás obteniendo bastante, ¿no te parece? —Sonrió

Rocco—. ¿Recuerdas nuestra última charla?

Stella se agitó.

—Sí.

—Esto… —hizo un gesto alrededor— es mucho más de lo que habías obtenido antes, aprovéchalo.

Rocco se quedó hasta el mediodía, pero declinó quedarse a almorzar. Arregló acercarse en unos días, para ver cómo Carola ejecutaba el primer paso. Había acordado que comenzarían con el señor Nyos. Carola idearía una forma de ayudar a su hijo, para que por lo menos fuera capaz de interactuar con el mundo con más independencia. Rocco parecía estar convencido de que ella podía, aunque Carola no tenía ni idea de qué podría ser a lo que se refería.

Durante los días siguientes, se dedicó a revisar con Stella todos los libros y anotaciones de la otra Carola, tratando de encontrar algo que pudiera ayudarle. Finalmente, decidió dejarla entrar en el sótano. Stella no pudo contener su curiosidad sobre todo lo que se hallaba allí, y le envió algunas miradas acusatorias mientras revisaba algunos estantes.

—Es que realmente no sé qué es lo que hay aquí. —Se defendió Carola.

Stella apretó los labios.

—Con más razón habría que estudiarlo.

—¿Y si fuera algo malo?

La expresión de Stella se ablandó.

—Está bien, no te preocupes, encontraremos la forma de ayudar a ese muchacho.

Y lo hicieron, se trataba de realizar una ilusión bastante compleja, una que podría interactuar con la realidad por un tiempo determinado. Con ella, el muchacho podría simular que recuperaba algo de movimiento de sus miembros, cuando en realidad la ilusión respondía a su mente e interactuaba con el mundo material.

—Es difícil —manifestó Carola con el ceño fruncido mientras Stella le recitaba las instrucciones.

—Vamos a ir con pasos pequeños —dijo su amiga—, ya verás cómo puedes hacerlo. Solo deja de intentarlo, recuerda que ya puedes hacerlo, la posibilidad siempre estuvo en ti, solo debes dejarla salir.

Tres días después, estaban listas para intentarlo. Solo debían acercarse lo suficiente al muchacho. Era probable que la primera vez

no durara más de un par de horas, pero debían intentarlo sobre la persona que finalmente utilizara la ilusión.

Habían decidido acercarse a la casa de noche, cuando menos personas las vieran. Leopoldo accedió a regañadientes. No había vuelto a pasar la noche con Carola, aunque seguía insinuándose, la presencia de Rocco lo había puesto nervioso. Rocco también iría, pero él se quedaría solo como observador, lo que irritó aún más a Leopoldo.

A mitad de la noche, Carola y Stella estaban bajo la ventana de la habitación del muchacho, a espera de que Leopoldo diera la señal.

—Lo harás bien —susurró Stella.

Carola asintió.

Cuando la señal llegó, treparon por una escalera invisible que las dejó entrar por la ventana abierta de la habitación. El muchacho estaba dormido. Se acercaron con cautela y, cuando una nube por fin destapó la luna, Carola pudo ver lo que yacía en la cama.

No era que el muchacho no pudiera mover los brazos y piernas, sino que estos estaban terriblemente atrofiados y retorcidos en posturas imposibles.

Carola se llevó la mano a la boca y suprimió un ahogo.

Stella le apretó el brazo.

—Tú puedes.

Carola negó con la cabeza.

—No —susurró.

El muchacho gimió en sueños y pareció abrir los ojos, estaba a punto de volverse hacia ella.

—No —repitió Carola y salió corriendo de allí.

Capítulo XIV

CAROLA CORRIÓ HASTA QUE LLEGÓ A SU CASA. No le importó quiénes corrían detrás de ella ni quiénes gritaban su nombre. Los dejó a todos atrás y cerró la puerta a sus espaldas. En vano Leopoldo y Stella golpearon la puerta. Ella no abriría.

—No tengo por qué hacerlo —musitó mientras caminaba en círculos por el comedor y se mesaba los cabellos—, no tengo por qué hacerlo. ¿Por qué tendría que preocuparme por reparar todas las cosas horribles que ella hizo acá? Este mundo no vale la pena. ¿Para qué? Ya tengo una vida que no es tan complicada, donde no cometí tantos errores. Debería preocuparme por esa y dejar que ella arregle lo que sea que hizo aquí. Eso es lo que haré —dijo con firmeza a la vez que hacía un gesto de afirmación.

Se dirigió al sótano sin pensarlo y se concentró en el portal. Era difícil con los ruidos de la puerta y el timbre que no se detenían un minuto, pero tenía que hacerlo sola, tenía que lograr hablar con su otro yo.

Todavía faltaban unos días para que se cumplieran las dos semanas, pero Carola no quería esperar, debía hablar con ella en ese momento, tenía que dejar claro que volvería a su vida. Debería poder lograrlo sola; si lo intentaba de veras, lo lograría.

El portal tardó en aparecer y al principio solo pudo ver una parte de la otra Carola. De todas formas, ella sonrió, lo había logrado, lo había abierto y, probablemente, sin ayuda, ya que la otra no estaba pensando en ella, que supiera. Los bordes del portal titilaron y Carola se enfocó en mantener la concentración. Solo podía ver la espalda de la otra, ella cenando en su departamento, a la luz de las velas.

—Claro, ¿cómo no?

Carola se esforzó más y pudo ampliar la ventana que mostraba a la

otra Carola en su departamento, tan tranquila como si fuera el suyo. Entonces, cuando ella se hizo a un lado para servir la comida, pudo ver con quién estaba cenando. Giorgio estaba justo frente a ella.

Carola casi perdió toda la concentración y la ventana se convirtió en un pequeño punto.

—¡No! —dijo y apretó los puños, cerró los ojos y comenzó a murmurar con fuerza.

Cuando los volvió a abrir, el portal otra vez le permitía ver la escena. Giorgio parecía algo incómodo mientras la otra Carola reía frente a él. Su mirada viajaba hacia otros lados, incluso hacia donde Carola sabía que se encontraba la puerta de su departamento.

—Lo estás arruinando —masculló Carola con la mandíbula apretada y la otra dio un respingo en la silla.

Vio que Giorgio le preguntaba algo, aunque no llegaba a escuchar las palabras de ninguno de los dos. Finalmente, él se puso de pie y salió de la habitación. La otra Carola se volvió son fiereza.

—¿Qué quieres? —susurró con furia—. Todavía no han pasado las dos semanas.

—Tengo que hablar contigo.

—Ahora estoy ocupada —desvió la mirada—, volverá en cualquier momento.

—Haz que se vaya, debo hablar contigo.

La otra Carola la miró de frente y entornó los ojos.

—Más vale que sea importante.

Pocos minutos después, estaban solas. Carola no alcanzó a oír lo que la otra le dijo a Giorgio para que se fuera, pero le apenó ver la expresión de alivio que él lucía al irse.

—¿Qué le has dicho?

—¿Qué importa? Ya lo arreglaré más tarde. —La otra Carola inspiró con fuerza—. Ahora, ¿qué es lo que quieres que es tan importante?

—Quiero hablar sobre tu vida.

—¿En serio? —Enarcó las cejas la otra Carola—. ¿Eso era tan urgente?

—Sí —Carola encajó la mandíbula —, ya sé por qué estabas tan decidida a dejarla atrás, es un desastre. Todos te odian.

Carola rio con ganas.

—Me envidian. Te acostumbrarás.

—No, te odian, y no me acostumbraré a esto. No tengo por qué hacerlo. —Bajó la voz como si alguien más pudiera oírla—. Vi lo que le hiciste a ese muchacho, al hijo del señor Nyos.

—Él se lo buscó, de todas formas, ¿por qué te importa eso?

—Porque esa no soy yo.

—Claro que sí, aquí también eres la misma, todos te envidian y tú andas sola, somos iguales.

—¡No, no lo somos!

Carola volvió a reír.

—¿Te das cuenta de que estás teniendo una discusión contigo misma? Todo lo que yo siento alguna vez lo sentiste tú, yo solo me animé a hacerlo realidad. Y deberías agradecerme que te haya dejado todo servido, cuando aquí me dejaste todo el trabajo. —Negó lentamente con la cabeza—. Tanto potencial desperdiciado…, ¿realmente podías llamar vida a esto?

Carola apretó los labios.

—Claro que no —prosiguió la otra—, para eso estoy yo, para inflar de vida tu tonta rutina. Para vivir la vida que tú no te animas.

—No es esta, no, no es esta la que quiero.

—¿Y cuál es la quieres? Nunca pudiste decidirte, tal vez ese sea el problema. Entonces yo tomé la decisión por ti.

—¿Qué? —Carola negó con la cabeza a medida que la boca se le abría sola.

—Como escuchaste, ya tomé una decisión, me quedaré aquí. —Se acomodó el cabello—. Ya estaba cansada de todos los rencores de ese mundo, siempre la misma gente, sus celos me agotaban, aquí tengo un nuevo comienzo. —Sonrió—. Y te diré que son mucho más fáciles que allá, pronto tendré mi propio séquito, como siempre debió ser.

—No, no, no me quedaré aquí.

—¿Por qué no? —sonrió sinuosamente—, ¿no querías significado en tu vida? Imagina lo que conseguirás reparando a ese pobre inválido.

—Eso no fue mi culpa.

—En cierta forma, sí.

—¡En ninguna forma! —Carola intentó atravesar el portal con la mano, pero chocó contra una resistencia—. Quiero volver a mi vida.

La otra Carola rio con fuerza.

—Ya estás en tu vida, Carola, la que querías, una donde marcaste una diferencia en las personas. —Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas mientras no paraba de reír—. Todavía no puedo creer que seas tan ingenua, yo me cuidé bien de no caer en ese error.

Carola golpeó con fuerza el portal, pero la otra no se inmutó.

—¿Sabes?, este es el mundo que más me gusta de todos.

Carola se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí puedo controlarlos a todos, incluso predecir cómo actuarán —se estiró como un gato—, siempre detesté tanto la incertidumbre. Era lo que menos me gustaba de ese mundo, teniendo que estar siempre pendiente de todos sus rumores y políticas.

—No puedes dejarme aquí.

La otra Carola ladeó la cabeza.

—No puedes hacer nada por evitarlo.

Dio un golpe suave al portal y este disminuyó hasta desaparecer.

—¡No! —gritó Carola, pero ya estaba golpeando el aire y terminó cayendo en el piso. Cuando sus gimoteos se detuvieron, notó que tampoco había nadie más tocando el timbre ni golpeando a la puerta.

En algún momento se había quedado dormida, porque de repente se despertó con un sobresalto. Era el sonido del timbre otra vez. Con cuidado, se levantó. Le dolía todo el cuerpo por haber dormido en el suelo.

Salió del sótano y se asomó al comedor. Las ventanas le indicaron que ya era de día y, por la potencia del sol, ya había avanzado la mañana.

—Sé que estás ahí, Carola —tronó la voz de Leopoldo—, ábrenos la puerta.

Carola se quedó mirándola y finalmente retrocedió, volvió al sótano. No, no quería estar con ellos, quería regresar a su propio mundo. Tenía que abrir el portal otra vez. Intentó ignorar el ruido que Leopoldo estaba haciendo fuera de su casa y se concentró en su tarea. Después de varios intentos, logró hacer aparecer la luz titilante en el medio del aire, pero esta se negaba a estirarse para formar una ventana.

Después de varias horas de intento, Carola tuvo que darse por vencida, al menos de momento. Por el silencio, Leopoldo y Stella se

habrían ido. Carola se encogió de hombros, no importaba, lo único que importaba era volver a abrir el portal. Al final, decidió que no lograría nada estando cansada. Se dio un baño, comió algo y se acostó en la cama. Se despertó de madrugada y volvió a bajar al sótano.

Allí lo intentó de vuelta, varias veces, mordiéndose el labio hasta que sangró, clavándose las uñas en las palmas hasta que le quedaron marcas que tardarían días en irse. Creía que nunca había deseado algo con tanto empeño. Si algo debía agradecerle a la otra Carola, era encontrar esta pasión, esta sed con la que ahora deseaba abrir ese portal.

Y lo hizo, aunque fuera en forma mesurada. Un pequeño hueco donde podía ver el rostro de Carola. Por lo que la rodeaba, supo que estaba en su casa.

—Eres muy insistente, ¿sabes? —Casi sonrió la otra Carola—. Aunque no puedo decir que me sorprenda. Es una lástima que no podamos compartirlo.

—Déjame volver, esa es mi vida, la mía.

—Es la vida de Carola y yo soy Carola.

—No eres la correcta.

—A nadie le importa eso, solo que sea Carola. Y la única forma en que cada una puede continuar con su camino es si dejamos la puerta atrás.

—¿Qué?

Los ojos de la otra Carola se encendieron y los bordes del portal comenzaron a emitir pequeños silbidos de humo.

—¡No, no! —gritó Carola y se abalanzó contra el portal, tuvo que saltar hacia atrás cuando se quemó la mano.

—Es mejor así, créemelo —dijo la otra mientras su imagen se desvanecía.

—No, no, ¿por qué haces esto?

—Porque el poder es de quienes los toman, ¿por qué más? Si no, tendría una vida vacía, tú ya sabes cómo es eso.

Las últimas palabras crepitaron con las cenizas de lo que había sido el portal.

—No —susurró Carola y cayó de rodillas.

Durante los primeros minutos, no supo qué hacer. Luego volvió a ponerse de pie y cerró los ojos. Debía abrir el portal otra vez. No importaba cuánto le doliera la mano, cuánto más sufriera, ni siquiera

que sus palmas comenzaran a gotear sobre el suelo. Debía abrir el portal.

Volvieron a despertarla los timbres y los golpes a la puerta. Carola se asomó fuera del sótano. Ya era de noche otra vez y ella no había logrado abrir el portal, estaba atrapada allí, atrapada con ellos…

«Tal vez Stella conozca otra forma».

No había terminado de pensar en ello cuando se abalanzó hacia la puerta. Vio por la ventana que Leopoldo golpeaba con la mano mientras miraba a Stella.

—¿Cuánto tiempo más lo intentaremos? Es obvio que no quiere hablar con nosotros.

Stella apretó los labios.

—Insistamos un poco más, es difícil para ella —suspiró—, a mí también me costó acostumbrarme a estar aquí y no lo tuve tan difícil.

Carola abrió la puerta con un impulso que casi hizo que Leopoldo cayera atravesando el umbral. A último momento, se sostuvo por la pared.

—Podrías haber avisado. —La miró con furia, pero su expresión cambió cuando vio el estado de Carola—. ¿Qué sucedió?

Carola negó con la cabeza y entró en el comedor, intentando contener las lágrimas. Los otros dos la siguieron allí. Leopoldo se veía preocupado y bastante incómodo. Stella se sentó al lado de ella.

—Sé que fue terrible, pero tú podrías hacer algo para que él se sienta mejor, aunque sea muy poco.

Carola frunció el ceño.

—¿Qué?

—Esto es por el hijo del señor Nyos, ¿no?

—No —dijo Carola y sorbió con fuerza—, sí, es por todo. —Respiró con profundidad—. Anoche hablé con ella. Lo sabía todo y… no le importa. Es más, creo que se fue para no tener que afrontar las consecuencias.

Leopoldo y Stella cruzaron las miradas.

—No puedo decir que me asombre —apuntó él y miró a Carola con algo de desdén—, siempre fue una persona determinada.

—¡Y yo también lo soy! —Los ojos de Carola flamearon y Leopoldo sonrió—. Recuperaré mi vida.

—¿Qué sucedió? —preguntó Stella.

La mirada de Carola se apagó un poco, pero seguía hablando con ahogo, como si quisiera contener sus sentimientos.

—Hablé con ella, aunque todavía faltaban unos días para cumplir las dos semanas, tenía que hacerlo. —Miró a Stella, quien asintió en silencio—. Ella está muy feliz de estar allí, no quiere volver, no quiere devolverme mi vida. Creo que nunca fue su intención hacerlo.

Guardó silencio durante unos momentos, los otros esperaron a que continuara.

—Cerró el portal, tardé horas en volver a abrirlo, me costó tanto… Y entonces ella lo quemó —miró a Stella con los ojos agrandados—, ¡lo quemó! Ya no queda nada. No puedo volver a abrirlo.

Stella inspiró.

—Ella tiene habilidades más fuertes que las tuyas —dijo con cautela—, lleva mucho más tiempo desarrollándolas.

—¿Entonces crees que podré volver a abrirlo? Tiene que haber una forma.

Stella vaciló.

—Puede ser, tendría que pensarlo.

—¿Cómo lo hiciste tú con tu otro yo?

—Eso fue distinto, fue… Creo que es distinto con cada uno.

Carola buscó su mirada, pero Stella la esquivó.

—No sé, debo pensarlo —se volvió hacia Carola y sonrió suavemente— y tú debes descansar, estás agotada.

Carola asintió, con la mirada perdida.

—Hay algo más —dijo Leopoldo—, ¿qué más sucedió?

—Nada —cerró los ojos Carola—, es solo algo que dijo…

—¿Qué? —preguntaron Stella y Leopoldo a la vez.

—Ella… —vaciló Carola—, ella dijo que ese, mi mundo, era el mejor mundo al que había ido.

Leopoldo rio.

—No es la primera vez que lo hace, no me asombra.

Carola se volvió hacia Stella.

—¿Puede ser que ella no sea tampoco de este?

—No lo sé, no hace tanto que la conozco. —Stella se volvió hacia Leopoldo.

Él se encogió de hombros.

—No sabría decirlo, yo la conozco hace unos años y siempre fue la misma para mí, hasta que apareciste tú. Antes de eso —se encogió de hombros—, nadie sabe mucho del pasado de Carola.

—Ya estoy harta de su pasado —expresó Carola y se puso de pie—, lo único que me interesa es mi futuro y no está aquí.

—Estás decidida a irte —dijo Stella con gesto serio, tenía el ceño levemente fruncido—. No puedo decir que me alegre la perspectiva del regreso de la otra Carola.

—Pero es ella la que debe afrontar las consecuencias de lo que hizo aquí, no yo.

Stella inspiró con fuerza.

—En eso tienes razón. Bien, te ayudaré.

Carola se volvió hacia Leopoldo.

—A mí me es indiferente cuál de las dos está aquí. —Sonrió—. Aunque no me molestaría que ella me debiera un favor.

—No creo que al regresar esté de humor para esas cosas —dijo Stella— ni que considere un favor que tú hayas ayudado.

—Considerará un favor el hecho de que no disemine su secreto.

Carola se movió incómoda.

—Está bien, ¿cómo lo haremos?

Stella se puso de pie.

—Por el momento, todos descansaremos y después veremos cómo proceder.

—¿Y Rocco? —preguntó Carola—. ¿Todavía sigue por aquí?

—Sí —respondió Leopoldo—, tal vez sea mejor que me quede.

Stella sonrió levemente.

—Claro —se volvió hacia Carola—, te veré mañana, trata de descansar, aunque sea un poco.

Carola se sonrojó mientras la acompañaba hasta la puerta. Cuando regresó al comedor, Leopoldo la estaba esperando en el umbral. Deslizó sus brazos alrededor de la cintura de Carola.

—Me encantó cómo brillaron tus ojos cuando juraste recuperar tu vida —le susurró al oído.

Carola se estremeció, ¿sería la misma forma en que los ojos de la

otra Carola titilaban? Pero no fue capaz de pensar en mucho más durante las siguientes horas.

Capítulo XV

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Carola se despertó por sí sola. Tenía la mente embotada, pero el cuerpo descansado. Leopoldo no estaba en la cama, pero se sentía el aroma a café que provenía de la cocina. Carola se levantó y, tras una rápida ducha y ponerse ropa cómoda, fue hacia allí.

Leopoldo estaba desayunando sobre el mostrador, concentrado en la lectura de una *pad*.

—Buenos días —dijo Carola y caminó hacia la cafetera.

—Buenos días —le dio un sonoro mordisco a la tostada que tenía en la mano—, ¿cómo te encuentras hoy? ¿Todavía con la misma decisión que ayer?

—Por supuesto —Carola lo miró de frente—, recuperaré mi vida.

Leopoldo asintió, complacido.

—¿Qué es lo que estás leyendo ahí?

—Nada —él hizo a un lado la *pad*—, solo noticias del reino, todo muy aburrido.

Carola se sirvió el desayuno y se sentó frente a él. No amagó siquiera a mirar la pantalla. No quería saber nada de esas noticias, ya no le concernían a ella.

Terminaron de comer en silencio, justo cuando sonó el timbre.

—Esa debe de ser Stella —supuso Carola y se encaminó hacia la puerta.

Cuando la abrió, sufrió un *deja vu*.

—Rocco —susurró.

Él asintió y entró en la casa como si lo hubieran invitado. Stella ingresó después de él, le sonrió a Carola como si tratara de infundirle

fuerzas. Leopoldo los estaba esperando en el comedor. Miró a Rocco con furia repentina.

—¿Qué estás haciendo aquí? Tu ayuda no sirvió de mucho la última vez, si es que hubo alguna.

—Estaba solo de observador, como ya te había dicho, y tengo que reconocer que fue muy interesante. Me dejó pensando durante unos días.

—Ojalá hubieran sido más —murmuró Leopoldo y se calló con una mirada de Stella.

—Creo que necesitamos la ayuda de Rocco. —Stella le dirigió una mirada significativa a Carola.

—Mmm, no estoy segura —dijo Carola.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó con interés Rocco.

Stella volvió a mirar a Carola e hizo un gesto con la cabeza. La otra seguía negando.

—Yo tampoco creo que sea una decisión inteligente —añadió Leopoldo.

—Sería tonto no aprovechar sus conocimientos.

—¿Y qué pasa si decide hablar de ello? —preguntó Leopoldo—. Sería incómodo tener que dar tantas explicaciones.

—No creo que lo haga —dijo Stella.

—No lo conoces bien —miró a Rocco con descaro—, nadie lo hace.

Stella lo miró pensativamente.

—Creo que le interesará más el reto que otra cosa.

Leopoldo se encogió de hombros.

—Hagan lo que quieran, pero no crean que estaré siempre allí para salvarlas, también tengo mi vida.

—Lo que no se nota si siempre estás merodeando por aquí…

Leopoldo rio.

—Como si tú pudieras decir algo diferente.

—Basta —dijo Carola y miró a Rocco, quien esperaba pacientemente—. No estoy segura —suspiró—, pero tampoco tengo idea de cómo lograrlo, ¿y ustedes?

Leopoldo se echó hacia atrás en el sillón y Stella frunció los labios.

—Bien —Carola volvió a suspirar—, entonces se lo diremos.

Siguió un largo silencio, donde todos se miraban incómodos como si esperaran que algún otro iniciara la charla. Rocco sonrió.

—¿Y bien? ¿Será hoy?

—Yo… —dijo Carola y vaciló—, yo… en realidad no soy yo.

Leopoldo rio y ella lo fulminó con la mirada.

—Estás tratando de cambiar, eso ya lo habíamos definido —comentó con calma Rocco.

—No, no me refiero a eso, sino que yo… —suspiró—, no sé cómo decirlo.

—No lo pienses demasiado.

—No soy de este mundo.

Rocco se quedó observándola, no había hecho ningún gesto cuando la escuchó. Pero luego su gesto se frunció levemente. Los otros tres se quedaron mirando, a la espera. Por fin, Rocco se recostó sobre el respaldo.

—Eso lo explica todo.

Carola soltó la respiración que había estado reteniendo.

—Necesito ayuda para volver.

—¿Cómo hiciste para llegar?

Carola se removió incómoda en su asiento.

—No estoy muy segura, yo quería… y la otra Carola… Se abrió un portal, pero ahora ella lo quemó y no puedo volver a abrirlo.

Rocco asintió con lentitud.

—Sí, esa es la forma más habitual.

—Pero hay otras, ¿no? —dijo Stella.

—Sí —Rocco la miró con suavidad—, siempre hay más formas, pero como con todo conocimiento, hay que ser cuidadoso. —Se volvió hacia Carola—. Supongo que ella no te informó realmente de su vida hasta que ya estuviste aquí, ¿no? Y luego se negó a regresar.

—Sí —confirmó Carola con las mandíbulas apretadas.

—Interesante —asintió Rocco—, cualquiera diría que Carola estaba feliz aquí con su posición. Aspiraba a más, sí, pero un cambio a un lugar donde todo fuera diferente, donde tuviera que empezar de nuevo. ¿Cómo es tu mundo?

—Es diferente —sacudió la cabeza Carola—, en algunos aspectos

tenemos un poco más de tecnología y allí… no hay magia.

—Ah —sonrió Rocco—, veo el atractivo, sí.

—Entonces —dijo Stella—, ¿nos ayudarás?

—¿O harás un llamado para advertir de este quiebre de las reglas sobre el contacto con otros mundos? —Leopoldo fijó su mirada en él.

—No soy tan apegado a las reglas —respondió con lentitud Rocco—, la búsqueda de conocimiento no puede ser contenida. —Hizo una pausa—. Sí, creo que los ayudaré.

Todos se relajaron.

—Entonces, ¿cómo avanzamos? —dijo Carola.

—Primero quiero ver ese portal que usaste.

—Pero ya no existe.

Rocco sonrió.

—Seguro que todavía hay algo que puedas mostrarme. Muéstrame dónde ocurrió, necesito saber todos los detalles.

Los ojos de Stella titilaron.

—Creo que no me necesitan para esta parte —dijo Leopoldo—, los veré más tarde.

Carola lo acompañó a la puerta.

—No confíes en él —le advirtió el rubio antes de darle un beso de despedida.

«¿Por qué todo el tiempo la gente me dice que no confíe en los demás?».

Cerró la puerta y respiró con profundidad antes de volver al comedor. Allí, tanto Rocco como Stella los esperaban de pie.

—Está bien —suspiró Carola y se dirigió hacia el sótano—, por aquí.

Después de varias horas, Carola estaba agotada. Había intentado varias veces hacer aparecer el portal sin éxito, pero Rocco parecía estar muy interesado. En varias oportunidades, había asentido con una sonrisa, aunque no había dicho nada, lo que estaba poniendo nerviosa a Stella.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ves? —inquirió esta cuando ya perdió la calma.

—Muchas cosas —dijo Rocco con calma, mirándola a ella—. Hay que estar abierto a todo y dejar que los sentidos simplemente vean.

—Pero no nos estás contando nada.

—No es adecuado hablar antes de estar seguro de lo que hay que decir.

Stella puso los ojos en blanco, pero fue Carola quien intercedió.

—Pero entonces, ¿crees que puede arreglarse?

—No.

Carola se desinfló, tuvo que sostenerse de Stella cuando sintió que las rodillas le temblaban.

—¿Cómo…? Pero…

—No —repitió Rocco—, este no puede arreglarse, lo que no quiere decir que no puedas conseguir otro.

Carola volvió a respirar.

—Podrías haber dicho eso desde un principio —le reprochó Stella.

Rocco la miró con calma y luego la ignoró. Se dirigió a Carola.

—No será fácil, tendrás que hacerlo sola, ya que no creo que la otra Carola esté dispuesta a ayudarte.

—Entonces es posible, ¿cómo?

Rocco lo pensó un momento.

—Creo que tu mejor oportunidad es buscar otro portal ya existente.

—¿Qué quieres decir? —Carola frunció el ceño.

—No eres la primera en cruzar mundos —Rocco echó un vistazo a Stella y sonrió— y no serás la última. No todos fulminan el portal como lo hizo tu otro yo, algunos permanecen inertes. Debes encontrar uno de esos y volverlo a activar.

Carola miró inmediatamente a Stella, quien se negó a devolverle la mirada.

—Yo no sé nada de eso.

—Creo que es la primera vez que lo admites —dijo Rocco con una sonrisa—, lo que es el primer paso hacia el conocimiento.

Stella apretó los labios.

—Pienso que ya es momento de irme —comentó él—, estoy seguro de que la búsqueda les llevará tiempo.

—¿Tú no sabes dónde hay uno? —preguntó Carola a la vez que lo acompañaba hacia la puerta.

—No, sé de historias, hay una en cada reino, en cada pueblo —sonrió—, hay una en este mismo, pero solo sé eso. Un rumor de algo que ocurrió hace décadas.

Carola no fue capaz de sacarle otra palabra. Cuando regresó junto a Stella, esta seguía en el sótano.

—¿Qué hay del tuyo? —le preguntó apenas la vio.

—Casi le cuentas a Rocco mi secreto. —Stella parecía indignada.

—Pero ya sabe el mío y no le molestó…

—No es lo mismo…, ¡yo no quiero regresar!

Carola vaciló.

—Lo siento, yo…, perdona, no debí mirarte.

Stella calmó su respiración.

—Está bien, no te preocupes.

—Pero —continuó tentativamente Carola—, ¿qué hay de tu portal?

Stella la miró y parpadeó un par de veces antes de contestar.

—¿Qué hay con él? No lleva a tu mundo, no es probable que seamos del mismo.

Carola inspiró y dejó la boca abierta.

—Tienes razón, él no nos dijo que…

—Claro que no nos dijo, no nos dijo ni la mitad de lo que sabe. —Stella se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿qué hacemos? Por más que encontremos ese portal, ¿cómo podemos saber a dónde lleva? ¿Cómo podemos encontrar uno que lleve a mi mundo?

Ambas se quedaron en silencio, sumidas en sus propios pensamientos.

—Tal vez debamos volver a llamarlo —propuso Carola.

—No creo que nos diga más de lo que dijo ahora —comentó Stella, quien estaba más calmada.

—¿Entonces qué podemos hacer?

—Buscar el portal.

—¿Para qué?

Stella apretó los labios.

—Estoy segura de que ese sabelotodo nos lo dirá una vez que lo

encontremos. Se quedará allí entre las sombras observando hasta que lo hagamos.

Carola suspiró y echó una mirada a Stella.

—El mío es inaccesible —dijo esta sin mirarla—, lo perdí poco después de venir aquí y nunca me importó.

—Está bien —musitó Carola con voz pequeña.

Su vista se desvió a las cenizas que todavía estaban en el piso. A Rocco le habían parecido muy interesantes, aunque no alcanzaba a comprender por qué. Se miró la palma de la mano, donde todavía tenía la marca de la quemadura. Aún ardía.

—¿Y vamos a dejar que él nos gane? —le dijo de repente a Stella.

Su amiga se volvió hacia ella con gesto de extrañeza.

—¿Vamos a dejar que Rocco nos gane? —repitió Carola.

—No —respondió Stella con una gran sonrisa—, claro que no.

—Rocco me dijo que hay uno en este mismo pueblo.

—¿Dónde? —preguntó Stella mientras compartían la cena.

Carola le dedicó una mirada irónica.

—¿En verdad crees que me dijo eso también?

Stella suspiró.

—Por supuesto que no, pero no importa, lo venceremos en su juego. Seguro que la leyenda anda todavía dando vueltas por el pueblo, solo tenemos que prestar atención.

—Lamentablemente, creo que solo una de nosotras puede hacerlo. Recuerda lo que los demás piensan de mí.

—Creo que en este caso no importa tanto, solo tienes que hacer algunas preguntas, algunos te contestarán solo por el miedo que te tienen. —Hizo una mueca al ver el gesto de Carola—. Quiero decir el miedo que le tienen a ella.

Carola suspiró.

—Supongo que podré hacer eso, pero ¿qué pregunto?

—Ya veremos, tú deja que yo guíe la charla y, cuando ellos no quieran contestar, intervienes. Seguro que pronto tendremos una idea de dónde está ese portal.

Leopoldo regresó por la noche y se despidió de Stella. Ni siquiera le preguntó a Carola cómo le había ido. Simplemente la llevó hasta el dormitorio, del cual no salieron hasta la mañana siguiente. A ella

tampoco le importó, al menos durante esos momentos podía olvidarse de todos sus problemas y vivir la vida desenfadada y despreocupada que siempre había querido. No se engañaba creyendo que Leopoldo sentía algo más que físico por ella, pero no importaba, porque ella tampoco sentía nada más. De todas formas, lo abandonaría cuando dejara ese mundo.

Los días siguientes los pasó con Stella recorriendo el pueblo. Al principio, se habían preocupado por las apariencias y no dejaban que las vieran juntas mucho tiempo, pero aquello solo estaba retrasando aún más una búsqueda que ya se estaba volviendo infructuosa. Un par de veces se cruzaron con Rocco, pero más allá de unas miradas, este no hizo ningún amago de reconocerlas.

Entonces, se olvidaron de las apariencias y comenzaron a recorrer juntas los negocios más antiguos y a hacer preguntas directas. La gente las miraba con recelo, todavía más cuando Carola era la que preguntaba.

—No me importa saber qué es lo que piensas —le dijo a una vieja que atendía una panadería semivacía—, solo quiero que me cuentes lo que sabes.

Stella miró a Carola con los labios apretados, pero no hizo ningún comentario.

La vieja suspiró.

—No hay nada con lo que puedas asustarme, jovencita, hace años que deseo la muerte, ya no queda nada más aquí para mí.

—No voy a… —Carola cerró los ojos y cuando los abrió trató de hablar con más calma, aunque tenía los puños apretados—, solo quiero que me cuente la historia.

La vieja la miró con el único ojo que no estaba tan cubierto de cataratas.

—No es bueno estar abriendo esas puertas.

—¿Y a usted qué le importa si ya no quiere vivir?

—Carola —murmuró Stella.

—Lo siento.

—No lo haces —dijo la vieja—, pero no importa. Bien, te contaré la historia, se ve que a ti tampoco te importa vivir.

Carola iba a contestar, pero Stella le apretó el brazo con fuerza.

La historia de la vieja no era nada original, solo contaba lo mismo sobre un forastero que había llegado décadas atrás. Hablaba como si

se hubiera criado en otro mundo y se asombraba de las cosas que aun los niños estaban cansados de mirar. Según ella, había pertenecido a una de las casas de las afueras. En ese momento, vivía solo y tenía pocas relaciones con el pueblo. Pero luego del cambio, terminó casándose y formando una familia. Uno de sus nietos vivía ahora en esa casa.

—Tenemos que ir allí —resolvió Carola cuando salieron de la panadería.

—Tienes que controlar tu carácter —dijo con dureza Stella.

—Creí que ese era el pacto que habíamos hecho —replicó por lo bajo Carola—, ¿no habíamos acordado que yo me valdría de la fama de la otra?

Stella la miró con algo de desconfianza.

—Es difícil saber cuándo estás actuando…, te pareces tanto a ella.

—Desearía que dejaras de decírmelo —acotó entre dientes Carola.

—Está bien —dijo Stella—. Creo que ambas estamos cansadas, ¿por qué no volvemos mañana?

—Todavía es temprano, ¿por qué no vamos hoy?

—¿Y qué le decimos? ¿Qué estamos buscando exactamente?

Carola suspiró.

—De acuerdo, pero no nos demoraremos más que mañana.

Stella asintió. Acompañó a Carola hasta la puerta de su casa, pero no entró. Leopoldo ya estaba esperando allí.

—Creí que habías dicho que tenías una vida —dijo Carola mientras abría la puerta y lo dejaba entrar, Stella ya se había ido—. Es difícil creerlo cuando estás siempre aquí.

—Veo que fue un día muy productivo. —Sonrió Leopoldo.

Carola cerró la puerta de un golpe y se dirigió hacia la cocina, él la detuvo agarrándola de la muñeca.

—Ahora no estoy de humor —dijo ella.

Él sonrió.

—Cada vez te pareces más a ella. —Llevó sus labios hacia el rostro de Carola, pero este ya no estaba allí.

—¡Dejen de decirme eso! —Carola lo empujó con fuerza y fue hacia la cocina con pasos pesados—. Yo no soy ella.

Leopoldo la siguió, aún con una sonrisa en los labios.

—Lamento decir que sí eres ella y ella es tú, son la misma. ¿Cuándo vas a aceptarlo? Hasta que no lo hagas, creo que te será imposible volver.

—¿Qué quieres decir? —Carola se volvió hecha una furia hacia él.

—Que puedes recriminarle muchas cosas a tu otro yo, pero también tiene cosas buenas. Su determinación, su fuerza de voluntad, su inteligencia. No puedes negar que logró muchas con solo veintiocho años.

«Y yo no».

—Vete, no quiero estar contigo esta noche.

Leopoldo rio.

—¿Estás segura de que no es conmigo con quien quieres estar?

—¡Vete! —Volvió a empujarlo—. Quiero estar sola, no puedo pensar con ustedes todo el tiempo merodeando a mi alrededor.

Leopoldo se dejó empujar hacia la puerta, parecía más divertido que ofendido.

—¿Entonces le digo a Stella que no venga mañana? ¿Que ya no necesitas nuestra ayuda?

—No te metas en… —inspiró—, simplemente, vete, quiero estar sola esta noche.

—¿Sabes? —dijo Leopoldo mientras sostenía la puerta que ella se empeñaba en cerrar—, hay otra forma de quemar toda esa furia que albergas.

—¡Vete!

El rubio rio y soltó la puerta. Carola cayó sobre ella y se quedó jadeando durante unos minutos. No se despegó hasta que escuchó los pasos de Leopoldo que se alejaban, ni durante varios minutos más.

Cuando se calmó, se dio un largo baño de inmersión, hasta que el agua quedó totalmente fría y ya no había ni rastro de espuma.

—Yo no soy ella —murmuró—, no importa lo que ellos digan.

«Pero sí quiero su fuerza, sí, me gustaría tener su fuerza».

Se acostó sin cenar y se quedó contemplando el techo durante largas horas. Hacía tiempo que no tenía un rato para pensar por sí sola, que no se encontraba rodeada de alguno de los dos. Y encontró que no sabía muy bien en qué pensar. Más allá de que le gustaría poder hablar con Stella, escuchar el desenfado de Nina o, tal vez, ver la sonrisa de Giorgio.

—No —se tapó los ojos con los brazos—, ¿cómo puede ser? Si yo siempre fui capaz de hacerlo todo sola. Siempre pude…, ella lo hizo todo sola.

«Y así le fue», replicó una voz en su cabeza.

—Leopoldo la admira, al menos en parte —sacó el brazo de su frente—, la misma parte que me gusta a mí. —Arrojó una de las almohadas al piso—. Ya no entiendo nada.

Apretó el rostro contra el colchón y reprimió un ahogo. Se puso la otra almohada sobre la cabeza.

—Solo quiero que me dejen ser, quiero que me dejen sola.

Se durmió poco después y soñó consigo misma en el sótano, intentando abrir el portal hasta que se volvía vieja como la mujer de la panadería. Hasta que no quedaban más que las cenizas que todavía recubrían el piso.

Se despertó de un salto. El timbre.

—Stella —suspiró con alivio.

Capítulo XVI

Apenas Carola abrió la puerta, Stella frunció el ceño.

—¿Qué sucedió?

Carola vaciló, pestañeó con fuerza y dio un paso atrás.

«¿Leopoldo le habrá dicho algo?».

—Tienes unas ojeras enormes —continuó Stella con la cabeza ladeada hacia un costado y los ojos entornados.

Carola suspiró y dejó caer los hombros, relajó la mano con la que empuñaba el pomo de la puerta.

—No dormí mucho —Se hizo a un lado y dejó que Stella ingresara a su casa.

—En general, esa suele ser una razón para lucir más descansada. —De camino hacia el comedor, echó una ojeada hacia la cocina y bajó la voz—. ¿Tan malo es Leopoldo?

Fue el turno de Carola de fruncir el ceño.

—No —desvió la mirada—, anoche no se quedó, no estaba de humor. Solo tuve algunas pesadillas.

—Te estás presionando demasiado.

—No lo puedo evitar, mientras más tiempo tarde en volver… —inspiró con fuerza—, ¿quién sabe lo que ella estará haciendo con mi vida allá?

—Mmm —dijo Stella y se sentó en el sofá, en la parte que ya era su lugar habitual—, no puedo mentirte, no creo que esté haciendo nada más. Seguro deberás inventar alguna excusa para tu comportamiento de estos últimos días, pero no sirve de nada que te tortures ahora pensando en ello, primero debemos hallar el portal.

—Sí —asintió Carola—, ¿vamos a visitar esa granja?

—Sí, aunque es una pena que no esté Leopoldo, ya que contaba con que él podría distraer al propietario mientras buscábamos. ¿Puedes llamarlo?

—¿No hay otra forma?

—Que una de nosotras sea la distracción —se encogió de hombros Stella—, pero entonces quedará solo una para hacer toda la búsqueda, lo más rápido posible.

Carola lo meditó durante unos minutos y luego negó con la cabeza.

—De todas formas, no sé cómo llamarlo.

Stella sonrió.

—¿No tienen teléfonos en tu mundo?

—Sí —se sonrojó Carola—, pero no sé el número.

—Seguro está en la agenda de ella.

Carola frunció los labios y se puso de pie. El teléfono estaba escondido bajo varios libros, en un rincón del comedor. No había ningún cuaderno ni agenda cerca, por lo que lo único que podía hacer era revisar los números de la memoria. Resultó ser que Leopoldo estaba en el marcado rápido.

Carola marcó y se quedó a la espera, su corazón cada vez latía más rápido, no importaba cómo ella tratara de convencerlo de que se calmara. Después de unos minutos, colgó y volvió junto a Stella. Esta enarcó las cejas.

—Contestador —dijo Carola.

—Bueno, no nos queda más opción que hacerlo solas.

Caminaron hasta el pueblo en silencio. El lugar apenas se estaba despertando y eran pocos los comercios que estaban abiertos y todavía menos la gente que circulaba por las aceras. De todas formas, Stella la guio por las calles menos transitadas y pronto se alejó de las casas hacia los lugares más abiertos.

—Serán unos diez kilómetros —calculó cuando ya habían dejado atrás las últimas casas.

Carola asintió. Iba ensimismada, tratando de ignorar las miradas de reojo que le lanzaba Stella. Solo quería terminar con aquello, ya ni siquiera le importaba lo que los demás pensaban de ella.

«¿Entonces por qué no puedo dejar de pensar en Leopoldo? —resopló—. No creo que haya ningún problema, no parece ser del estilo que se molesta por minucias, pero ¿por qué me importa tanto?».

—No te preocupes —dijo Stella después de un rato—, no sé qué habrá pasado, pero Leopoldo no es de los que desaparecen al primer obstáculo. Al contrario, eso suele incitarlo a regresar.

—¿Cómo sabes que estaba pensando en él?

—¿En qué más podrías estar pensando que te hiciera vacilar tanto? —Sonrió—. Lo demás lo tenemos bastante claro, por lo menos hasta que encontremos el portal.

Por suerte, cuando llegaron a la casa, descubrieron que el hombre estaba solo, lo que haría más fácil distraerlo. Esta tarea la llevaría Stella, mientras Carola se ocupaba de entrar sigilosamente a la casa y revisar todo lo que pudiera.

Después de casi dos horas, tuvo que darse por vencida. Salió de detrás de la casa e hizo una seña a Stella antes de desaparecer detrás de unos árboles. Poco después, Stella la alcanzó allí.

—Ya era hora —bufó—, no sabía de qué más hablarle. ¿Lo encontraste?

Carola negó con la cabeza.

—No, nada —suspiró—, no sentí nada.

Stella apretó los labios.

—Tal vez…

—¿Qué?

—Fue algo de lo que dijo —se frotó las sienes—, fue tanto lo que hablamos que ya me mareé. Es un hombre al que le gusta retorcer las historias. —Miró hacia atrás, a la casa sola en el medio del claro—. Ven, volvamos.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó Carola mientras caminaban de regreso a su casa.

—Creo que tienen un *lugar especial* al que los hombres de la familia les gusta ir para meditar. —Sonrió—. Aunque dudo que hagan eso, creo que el portal tal vez no esté en la casa, sino en ese lugar.

—¿Alguna idea de lo que puede ser?

Stella negó con la cabeza.

—No, pero apuesto que es algún tipo de cueva, algo alejado y privado.

—Supongo que no conoces mucho.

—No —sonrió otra vez—, pero estoy segura de que Leopoldo sí.

De regreso en la casa de Carola, volvieron a intentar comunicarse con Leopoldo, pero otra vez dio el contestador, por lo que decidieron seguir practicando con las habilidades de Carola.

—¿Sabes? —dijo Stella durante un descanso—, por más que encontremos el portal y averigüemos cómo usarlo, creo que deberías esperar a estar más preparada antes de ir.

—¿Preparada para qué? ¿De qué me sirven estas habilidades en mi mundo?

—Bueno —replicó con lentitud Stella—, la otra Carola no querrá volver por las buenas.

Carola se tensó.

«Tiene razón, no había pensado en ello».

—No quise preocuparte —hizo un ademán Stella—, pero creo que deberíamos pensar en ello.

—Sí —asintió con lentitud Carola.

En ese momento, el timbre sonó con estridencia.

—Leopoldo —dijo Carola y se puso de pie inmediatamente. Apenas abrió la puerta, se encontró con la sonrisa del rubio.

—Hoy estás de mejor humor, ¿me dejarás acercarme?

—Lo lamento, yo…

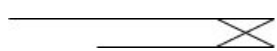
Leopoldo le dio un profundo beso.

—No te preocupes, me gustan las mujeres espinosas. —Entró con desenfado al comedor—. Creo que me estabas buscando.

—Sí —contestó Stella—, necesitamos tu ayuda.

—Por supuesto —Leopoldo se sentó en su sillón preferido—, sería difícil que pudieran hacerlo sin mí.

Stella puso los ojos en blanco y procedió a explicarle lo que necesitaban. Decidieron partir esa misma noche, Leopoldo tenía opciones bastante limitadas sobre cuál podría ser ese lugar.



Ya había pasado la medianoche y estaban en la anteúltima de las probables cuevas cuando por fin Carola sintió algo. Al principio no estuvo segura, porque era una sensación algo inefable y solo se sentía como cuando utilizaba sus habilidades, lo que no aseguraba que

fuera el portal.

Sin embargo, bastó con que se quedara varios minutos más intentando para que Stella y Leopoldo de repente aparecieran a su lado.

—¿Lo encontraste? —preguntó Stella.

—Creo.

—Concéntrate en comunicarte, para eso están los portales.

—¿Comunicarme con quién? —preguntó Carola sin abrir los ojos.

—En este momento no importa, solo piensa en que quieres hablar con alguien que está lejos, muy lejos.

Carola apretó los ojos y los puños. Sin darse cuenta, volvió a morderse el labio, que ya estaba resentido y se abrió con facilidad. La recompensa fue que a los pocos minutos una luz comenzó a titilar frente a ella. Podía verla a través de los párpados que no se animaba a abrir todavía.

—Es aquí —susurró Stella.

Carola por fin abrió los ojos y vio cómo la luz bamboleante danzaba frente a ella y, poco a poco, comenzaba a desaparecer.

—¿Y? —preguntó Leopoldo—. Creo que todavía te falta abrirlo.

—Eso todavía no sabemos cómo hacerlo —bufó Stella.

—Ni siquiera sabemos si lleva a mi mundo —añadió Carola con tristeza—. Tenemos que preguntarle a Rocco.

Leopoldo torció el gesto.

—No me fío de él.

—Lo sabemos —dijo Stella con voz seca—, creo que por esta noche no hay más que podamos hacer, será mejor que descansemos.

Caminaron de regreso hasta la casa de Carola, aunque Stella se separó antes para ir a su casa. Carola notó fugazmente que nunca le había dicho dónde vivía, ni ella se lo había preguntado. Pero dejó de prestar atención cuando sintió el roce del dedo de Leopoldo contra su labio.

—Si quieres hacer sangrar tus labios, a mí se me ocurre otra forma de hacerlo.

Carola sonrió.

—A ti se te ocurre siempre la misma idea.

—Será porque es algo que siempre me sale bien.

Carola negó con la cabeza, pero la sonrisa no le desapareció del rostro. Se acercó más a él durante el resto de la caminata y dejó que sus cuerpos se rozaran cada tanto. Cuando llegaron a su casa, ni siquiera se molestaron en prender la luz.

A la mañana siguiente, el timbre sonó temprano. Carola rodó sobre la cama y se puso la almohada sobre la cabeza.

—¿Es que nunca van a dejarme dormir unos minutos más?

Abrió un ojo y vio que Leopoldo, como era costumbre, ya no estaba allí. No tenía idea de a qué hora solía levantarse, pero nunca estaba allí cuando ella despertaba.

—Tal vez nunca se duerma aquí —musitó y trató de recordar alguna ocasión en la cual ella se había quedado despierta mientras él se había dormido. Pero siempre había sido ella la que caía en el sueño primero.

«¿Será casualidad?», frunció el ceño.

El timbre sonó con más insistencia.

—¡Carola! —llamó Leopoldo desde la cocina.

—Ya voy —gruñó ella y salió de la cama, ni se molestó en pasar por el baño antes de caminar hasta la puerta.

Stella reprimió una sonrisa cuando la vio.

—Creo que te hemos despertado.

—Siempre lo hacen —dijo Carola y dejó la puerta abierta.

Dejó que se acomodaran en el comedor mientras ella iba al baño y luego se vestía con algo cómodo. Cuando fue al comedor, Leopoldo ya había llevado una bandeja con el café. Todos parecían estar sentados en sus lugares de costumbre.

«Como una rutina», pensó Carola, pero rápidamente apartó ese pensamiento de la cabeza cuando sintió el aroma del café.

—Me comentó Stella que encontraron el portal —dijo Rocco, y ella se aclaró la garganta.

—Sí —afirmó Carola—, pero ahora tenemos más preguntas. ¿Cómo sabemos a qué mundo lleva? ¿Se puede cambiar el destino? ¿Cómo hacemos para abrirlo?

Rocco sonrió, pero permaneció en silencio durante varios minutos.

—¿Nos vas a explicar algo? —preguntó Stella.

—No se debe ser impaciente con el conocimiento. —Se terminó la taza de café y luego se dirigió exclusivamente a Carola.

—Los portales, como indican su nombre, son solo puertas, pueden llevarte allí a donde quieras ir —volvió a sonreír—, siempre y cuando sepas a dónde quieres ir.

—En eso no hay problema —aseguró Carola con firmeza—, sé exactamente a dónde quiero ir.

—¿En serio? —Enarcó las cejas Rocco.

—Claro —Carola enarcó las cejas—, ¿cómo no voy a saberlo?

—¿A dónde quieres ir?

—A mi mundo.

—¿Y cuál es ese?

—¿Cómo cuál es? —Carola frunció el ceño—, el mío.

Rocco sonrió.

—Pero ¿qué hace que sea tuyo?

—Nací en él.

Rocco ladeó la cabeza hacia un lado.

—Es el mundo con el cual tiene el lazo emocional más fuerte —explicó Stella con exasperación—, en el caso de ella hay solo uno, ¿para qué entramos en esta charla?

—Porque ella debe entender lo que está haciendo, no actuar simplemente por instinto. —Si bien Rocco se dignó a contestarle, no le dirigió la mirada.

—No demos más vueltas —inspiró Leopoldo y se inclinó hacia delante—, ¿cómo podemos repararlo?

Rocco lo meditó durante unos segundos, durante los cuales Stella no dejaba de apretar los labios, Leopoldo ni siquiera pestañeaba mientras lo miraba y Carola se deslizaba hacia el borde del asiento. Finalmente, con un gesto pausado, sacó una hoja de papel plegada del bolsillo interior de su chaqueta.

—Aquí están las instrucciones —por primera vez miró de frente a Stella—, creo que podrás seguirlas. Llevará algunos días.

Stella prácticamente le arrancó el papel de la mano. Carola lo obvió, seguía concentrada en Rocco.

—¿Qué sucedería si…?

Rocco se volvió lentamente hacia ella.

—Si ¿qué?

—Si ella no quiere volver —susurró Carola.

—Me temo que no puedo ayudarte con ello, tendrás que idear alguna forma de hacerlo por ti misma.

Carola abrió la boca y la cerró en silencio varias veces antes de hacer la siguiente pregunta.

—Pero ¿cómo hago para que no vuelva a ir allí? O sea…

—Debes sellar el portal, como hizo ella.

—Pero podría volver a abrirlo, como estoy por hacer yo.

—Sí —sonrió Rocco—, un dilema interesante.

—No es nada interesante —se quejó Leopoldo—, ¿por qué no nos dices qué es lo que hay que hacer? No tiene ningún sentido mantener el suspenso.

—Lo tiene para mí, aunque no creo que lo entiendan.

—Ni me importa.

Rocco no se inmutó.

—Lo que me interesa es: ¿por qué te importa a ti? ¿Qué más da cuál Carola esté en este mundo? Cualquiera diría que tienes más suerte con esta.

Carola enrojeció. Echó una ojeada a Stella, pero esta seguía ensimismada en las anotaciones de Rocco.

—Ese problema es solo mío —replicó Leopoldo, con los dedos clavados en los muslos—, creo que ya has dicho todo lo que necesitábamos de ti.

—Espera —dijo Carola e hizo un gesto a Leopoldo antes de volverse hacia Rocco—, ¿hay algo más que deberíamos saber?

—No podemos confiar en él —advirtió Leopoldo—, ¿cuántas veces debo decirlo?

—Repetir algo no lo hace una verdad —dijo con calma Rocco.

—Esto siempre fue una verdad —Leopoldo se puso de pie—, creo que es momento de que te vayas.

—¿No temes lo que pueda llegar a contar?

—No me importa, de todas formas, no me fío de ti.

—Leopoldo —intervino Carola—, por favor.

El rubio se volvió hacia ella y le clavó su mirada llameante.

—¿Vas a confiar más en él que en mí?

«No confíes en nadie», volvió a repetir la voz de la otra Carola en su cabeza.

—Es que él sabe… —titubeó Carola.

—¿Acaso no fui yo el que te ayudó desde que llegaste? El que sigue viniendo todos los días, cuando tengo mejores cosas que hacer.

—¿Como qué? —preguntó Rocco.

Leopoldo inspiró y mantuvo la mirada en Carola.

—Tú siempre me ayudaste —comenzó a decir ella, pero se detuvo cuando Rocco se puso de pie.

—Según sus propias palabras, soy yo o él, no nos puedes tener a los dos.

—¿Qué? —Carola miró de uno a otro—. ¿Stella?

—Espera —gruñó esta sin levantar la vista y volvió a murmurar por lo bajo, con el ceño fuertemente fruncido.

—Elige —la presionó Rocco con una sonrisa.

—Creo que la respuesta es obvia. —Leopoldo se irguió.

Carola cerró los ojos un instante.

—Es que necesito saber cómo cerrar el portal —musitó.

—Bien —asintió Leopoldo con un gesto seco—, no sé por qué esperaba algo distinto, después de todo eres ella, con todo su egoísmo.

—Leopoldo, yo no…

—Olvídalo —el rubio se dirigió con grandes zancadas hacia la puerta—, tengo mejores cosas que hacer. ¡Ábreme la puerta!

—Leopoldo. —Carola lo intentó una vez más con la mano ya en el pomo.

—Ábreme.

—No tiene sentido que te preocupes tanto —dijo Rocco desde el comedor—, de todas formas, se separarán cuando te vayas de este mundo.

Carola se envaró.

—Yo…

—¡Ábreme! —repitió Leopoldo irguiéndose en toda su altura.

Carola se encogió y abrió la puerta. Leopoldo casi la derribó cuando pasó a su lado. Cuando regresó al comedor, Rocco se había vuelto a sentar y observaba a Stella, quien todavía luchaba con el

papel.

Carola volvió a sentarse en su lugar.

—No puedes tener ambas cosas —dijo Rocco y la sobresaltó—, este mundo o el tuyo, Leopoldo o… No sé si habrá alguien allí.

Carola apretó los labios.

—Quiero volver a casa.

Rocco asintió.

—Creo que es la decisión correcta, aunque nadie más que uno sabe cuáles son las decisiones correctas para uno mismo. De todas formas, no creo que a Leopoldo le importe cuál Carola esté aquí. —Ignoró la rigidez en el cuerpo de ella—. Ni entiendo por qué te aferras a él, ¿acaso lo amas?

—No —saltó Carola y luego se mordió el labio—, no, lo que quiero decir…

—Es exactamente lo que dijiste.

—Pero él fue amable conmigo, a su modo.

—Tal vez. —Rocco desvió la mirada hacia Stella—. Por más que sea divertido ver cómo trata de descifrar lo que escribí —se puso de pie—, me temo que yo también tengo otras ocupaciones.

—Espera —dijo Carola—, todavía no me dices cómo sellar el portal y que ella no vuelva —se desinfló—, en realidad, ni siquiera sé cómo hacer lo primero.

—Entonces deberías averiguarlo antes de abrirlo.

—Pero…

Rocco se encaminó a la puerta y a Carola no le quedó otra opción más que seguirlo. Lo rodeaba un aire que hacía parecer imposible discutir con él, al menos hacerlo y ganar. Cuando Carola ya había abierto la puerta, Rocco se volvió hacia ella.

—Creo que ella sabrá cómo sellarlo —miró hacia el comedor, donde Stella seguía—, al menos en teoría; lo otro —se encogió de hombros—, ni yo sé hacerlo.

—¿No se puede?

—No fue eso lo que dije… —Sonrió Rocco y se fue con un caminar lento.

Ella cerró la puerta con suavidad y suspiró. Cuando volvió al comedor, Stella seguía enfrascada en la lectura. Dudaba de que se hubiera dado cuenta de lo que acababa de ocurrir a su alrededor.

Carola se sentó en el mismo lugar que antes y se miró las manos, no era de lo único que dudaba en ese momento.

Capítulo XVII

NO VIERON A LEOPOLDO durante los siguientes días. Stella se había quedado a dormir allí. Ni siquiera le hablaba, se pasaba horas y horas estudiando el papel que les había dejado Rocco y revisando los distintos libros de la otra Carola. Tenía varios de ellos esparcidos por el comedor y ya leía un párrafo de uno, ya lo leía de otro.

Carola la observaba, sumida en sus pensamientos. Una sola vez intentó llamar a Leopoldo y cortó antes de que sonara el primer tono. Trató de seguir a Stella en su investigación, pero la mayor parte de las veces no tenía idea de qué buscaba. Además, necesitaba que ella le tradujera la mayoría de las palabras. Al final, optó por hacer lo único que se le ocurría: practicar una y otra vez las habilidades que ya conocía. Concentrarse en el portal, pensando cómo podría hacer para destruirlo de una vez por todas. Al menos ese. Para la otra Carola había sido tan fácil, solo un gesto…

Carola trató de apartarla de la mente, cada vez que recordaba esa imagen sentía la risa de la otra y luego, inevitablemente, veía el rostro de Giorgio y su alivio al irse.

«Pero es con ella, no conmigo, conmigo no siente alivio cuando me voy. —Negó con la cabeza—. Tengo que dejar de pensar en ello, ¿por qué me preocupa tanto él o Leopoldo? Tengo cosas más importantes de las que ocuparme».

Regresó a la lectura de las anotaciones de la otra Carola, que eran más bien quejas de los demás o comentarios sobre su propia habilidad. Nada que le sirviera para tratar con ella. ¿Cuál podría ser su debilidad?

«Es que nunca antes realmente me había puesto a pensar en ello, pero sí quiero una pareja, quiero a alguien con quien compartir…, compartirlo todo».

Cerró los ojos y se recostó contra el sofá. En el otro, Stella seguía sumida en su trance, ¿quién hubiera dicho que una sola nota de Rocco la mantendría ocupada durante tantos días? Pero a Carola no le preocupaba, sabía que de alguna forma lo lograría, esa –se había dado cuenta– era la obsesión de Stella. ¿Cuál sería la suya? ¿Cuál sería la de la otra Carola?

Abrió los ojos, se incorporó y resopló. ¿Cómo podría llegar a saber eso? Eran tan diferentes. No importaba que todos dijeran que eran la misma, ella sabía que no era como la otra. No podía serlo, jamás les haría a las personas lo que hacía la otra. Era cierto que se distanciaba de ellas e incluso las ignoraba como a algunos de esos compañeros que más la envidiaban y siempre estaban hablando a sus espaldas y… Resopló y relajó las manos que, en algún momento, se habían vuelto puños.

«No, no soy como ella, estoy segura —vaciló y echó un vistazo a Stella, quien seguía ocupada en lo suyo—, tal vez coincida en algunos pensamientos, pero no soy como ella».

Resopló otra vez, con más fuerza.

—Deja ya de hacer eso —murmuró Stella—, estaré lista cuando lo esté.

—Yo no… —Carola se detuvo y se puso de pie—, prepararé un poco de té, creo que todavía quedan algunas galletas.

De camino a la cocina, sintió el gruñido de Stella y luego el ruido de hojas que se volteaban frenéticamente.

No fue hasta la noche, cuando ya habían cenado, cuando Stella por fin soltó sus anotaciones y se recostó contra el sofá. Cerró los ojos y cruzó un brazo sobre ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Carola.

—Sí —suspiró—, solo un poco cansada.

—¿Quieres dormir? Puedes usar mi cama, yo no tengo sueño.

Stella se sacó el brazo de la cara y se incorporó. Tenía los ojos levemente enrojecidos y rodeados de unas grises ojeras.

—No, prefiero que primero hablemos de esto, creo que terminaré de ordenar mis pensamientos y recién entonces podré descansar.

—Está bien —asintió Carola y la miró con gesto concentrado.

Stella acomodó sus anotaciones y comenzó. Solo diez minutos después, había terminado.

—¿Solo eso? —preguntó Carola con incredulidad.

—¿Tienes una idea de cuánto me costó?

—Sí, lo vi.

Stella apretó los labios y los ojos le fulguraron.

—Es mucho más complicado de lo que parece —rozó con los dedos la nota de Rocco—, estas indicaciones no son más que frases vagas e inconexas —su cuello se tensó más—, creo que lo hizo a propósito.

—Mmm, con esto solo lograríamos abrir el portal y confirmar, con bastante seguridad, que me dirige a mi mundo, pero ¿cómo lo cruzo?

—Solo debes atravesarlo. —Se encogió de hombros Stella.

—¿Y ella?

Stella movió la cabeza de un lado a otro.

—Tendrás que empujarla, para lo cual sería mejor…

—… que abriera el portal justo donde ella se encuentre —completó Carola—, pero todavía me queda la cuestión de cómo cerrarlo. ¿Tú puedes hacerlo?

—Sé la teoría —dijo Stella por lo bajo y Carola insultó en su interior, hacía tiempo que intuía que Stella tenía más conocimientos que verdaderas habilidades y era obvio que no estaba tan contenta con ello. Aunque no estaba segura de si era porque quería más conocimientos o más habilidades.

—¿Sería una forma permanente?

Stella se la quedó mirando.

—Cierto —reaccionó Carola—, ya no estabas prestando atención a esa parte de la conversación. —Sonrió.

Stella miró alrededor.

—¿Dónde está Leopoldo?

Carola vaciló.

—Tuvo que irse… Con respecto a cerrar el portal, tengo que hacerlo de una forma en que la otra Carola no pueda volver a abrirlo. Le pregunté a Rocco, pero dice que no conoce una manera.

—O no la quiere compartir.

—No lo sé.

—Es obvio que la otra Carola pudo quemar el portal, hacerlo cenizas y…

—Pero no puede prevenir que abramos otro, eso es lo que yo

quiero hacer.

—¿En realidad crees que irá detrás de ti? —Stella no parecía convencida—. Hay otros mundos que puede intentar. Además, ¿no quisieras volver a visitar este lugar?

—¿Con ella aquí? —Enarcó las cejas Carola.

—Si se va.

—No lo sé…, solo quiero, quiero que las cosas sean como antes —bajó un poco la voz—, pero mejor.

—Yo no estoy tan convencida de que ella quiera insistir contigo otra vez si la envías de vuelta.

—Pero si lo hace y encuentra una forma de sellarlo, entonces ya no hay nada que yo pueda hacer. —Carola negó con la cabeza—. No, prefiero hacerlo yo. No quiero quedar atrapada en esta vida de ella, es peor que la mía original.

—¿Cómo era la tuya? —Stella se inclinó hacia delante, sus ojos habían recobrado la brillantez.

—Vacía —suspiró Carola—, sin sentido.

Stella apretó los labios.

—Mmm.

—No importa —dijo Carola—, ya encontraré otra forma de arreglarla.

Stella se frotó los ojos, volvía a lucir cansada.

—Está bien, creo que será mejor que descansemos un poco. —Miró hacia las oscuras ventanas—. De todas formas, conviene hacerlo de noche, para estar seguras de que la encontraremos sola.

El rostro de Giorgio cruzó por la mente de Carola.

—Claro —se aclaró la voz—, pero todavía tenemos que ver cómo…

Stella alzó las manos.

—Está bien, mañana haremos una prueba para ver si podemos hacerlo o si necesitamos ajustar algo. Luego esperaremos hasta tener la forma de sellarlo.

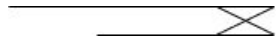
—¿Y si ella lo ve? ¿Qué pasa si ella…?

—Para —resopló Stella—, dudo que esté todo el tiempo pendiente de ti, probablemente crea que ya se libró.

El rostro de Carola cambió de gesto.

—Perdona —dijo Stella—, estoy cansada, no quise decir eso.

—Aunque tal vez tengas razón —murmuró Carola y se levantó del sofá—, creo que será mejor que descansemos.



AL DÍA SIGUIENTE, poco después del mediodía, estaban en la cueva. Stella había vuelto a preguntar por Leopoldo, pero Carola la evitó y se concentró en seguir los pasos que ella le había descrito una y otra vez. No pasó mucho tiempo antes de que la luz comenzara a revolotear frente a ella. Cerró los ojos y se focalizó en lo que quería ver. El sudor comenzó a caerle por los costados de la frente. La voz de Stella se oía como un eco lejano, que repetía las mismas palabras una y otra vez, hasta que de repente jadeó con fuerza.

Carola abrió los ojos, el portal estaba allí, lo suficientemente abierto para que pudiera atravesarlo. Estiró el brazo.

—No —dijo Stella—, todavía no.

Carola se volvió a mirarla y en ese momento apareció la otra Carola del otro lado. Miró de su otro yo a Stella con el ceño fruncido y levantó la mano.

—¡No! —gritó Stella.

Carola volvió a mirar al portal y, cuando vio lo que iba a suceder, se lanzó hacia él. Lo atravesó y tiró a la otra Carola al suelo. Estaba a punto de levantarse cuando sintió un súbito calor en el pecho. Se alejó con torpeza, la otra tenía una pequeña bola de fuego en su mano. Carola cerró los ojos y apretó los puños.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo la otra Carola mientras se ponía de pie y hacía girar la bola de fuego.

Carola se concentró con más fuerza y, cuando escuchó un gemido de asombro de la otra, abrió los ojos. La bola de fuego había desaparecido.

—Somos la misma —sonrió Carola—, ¿o lo olvidas?

—¡No! —gritó la otra y se lanzó contra ella.

Carola no estaba preparada para la fuerza física de su otro yo. Trató en vano de defenderse, pero la otra Carola peleaba con la misma pasión con la que vivía su vida. La arañaba, golpeaba, tiraba del cabello, hacía todo lo que podía, hasta que finalmente logró empujarla a través del portal.

—¡Este mundo es mío!

Carola intentó sostenerse de los costados de la ventana, pero la otra le clavaba los puños en el estómago y no dejaba de lanzarle patadas. Finalmente, tuvo que soltarse.

—¡Y no te atrevas a volver! —La otra Carola hizo un ademán con la mano.

—¡No! —gritó Carola, aún desde el piso.

Stella se puso a su lado, trató de levantarla, pero ella la apartó de un empujón.

—¡No! —repitió y se concentró en el portal, se aferró a él, mientras la otra trataba de hacerlo desaparecer.

Al final, se cerró con un leve *plop*, pero no se redujo a cenizas, no como el otro. Carola se desplomó sobre el piso con los ojos cerrados. Stella se inclinó a su lado.

—¿Todavía sigue allí? ¿Todavía está el portal?

Stella miró hacia el punto titilante.

—Sí, todavía está.

—Debemos intentarlo otra vez.

—Ahora no estás en condiciones.

—No podemos esperar.

Stella apretó los labios.

—No, no podemos.

Carola intentó incorporarse y Stella la ayudó.

—Y debemos buscar a Rocco —dijo Carola mientras ambas salían de la cueva—, la próxima vez debe ser la última.

Para cuando llegaron a su casa, ya estaba amaneciendo. Stella la acompañó hasta su habitación y la ayudó a acostarse. Luego regresó con una toalla húmeda y le limpió el rostro. Carola frunció el ceño, no recordaba haber sangrado, pero las manchas oscuras en la toalla demostraban otra cosa.

El rostro tenso de Stella no dejó escapar ninguna expresión mientras terminaba de limpiarla y luego acomodaba las mantas a su alrededor. Tenía los labios apretados hasta que era imposible que una mínima brisa de aire se escapara de ellos. Evitó la mirada de Carola y cerró las cortinas antes de dejar la habitación.

Carola se durmió casi al instante, aunque tuvo un sueño

intranquilo. No dejaba de ver las imágenes de su propio rostro sumido en la furia y el portal que se cerraba una y otra vez, mientras ella golpeaba un muro de aire que no la dejaba avanzar.

Cuando se despertó, las mantas habían ido a parar al piso y una capa de sudor le cubría todo el cuerpo. Se irguió en la cama e hizo una mueca. Se levantó la ropa y encontró varios moratones en el costado del cuerpo y algunos rasguños en el brazo.

—¿Cuándo…? —susurró.

Pero eso no tenía importancia, eran heridas menores. El verdadero peligro era que la otra Carola hallara una forma de cerrar el portal antes de que ella pudiera atravesarlo por última vez. Con un andar oscilante, caminó hacia el baño. Pasó casi media hora bajo el chorro de agua caliente, hasta que pudo despertarse por completo.

Cuando salió del baño, se vistió con presteza y echó una mirada a través de las ventanas. Debía de ser media tarde. Sintió un rugido en el estómago, así que se dirigió directo a la cocina. Allí encontró a Stella, sentada con la mirada perdida y una taza de té en las manos, que parecía estar fría.

Carola vaciló.

El recuerdo de la noche anterior era vago, las imágenes se mezclaban y lo único que recordaba con claridad era cómo se había sentido. Miedo, impotencia y una furia que no recordaba haber experimentado nunca. Recordaba haber querido golpear, empujar, lastimar… ¿Acaso había hecho algo de eso con Stella? No podía estar segura, pero no sería como ella, sabía que no lo era. Ni quería serlo.

—Lo siento —murmuró y vio que los ojos de Stella se volvían hacia ella, aunque seguían vacíos de expresión—. Lo siento. No sé bien qué sucedió anoche, pero si hice algo…, lo lamento. Y estoy muy agradecida de que estuvieras allí. Gracias.

Stella asintió en silencio.

Un silencio que se estiró durante varios minutos antes de que Carola se animara a caminar dentro de la cocina y se acercara a la heladera.

—Hay un poco de pollo y papas que me hice al mediodía —dijo Stella.

—Gracias —musitó Carola y procedió a calentarse la comida.

Cuando se sentó a la pequeña mesa de la cocina, Stella se levantó para calentar el té, que seguía sin tocar en su taza. Comieron en silencio, hasta que los rayos del sol ya comenzaban a perder su fuerza.

Luego de que Carola lavara los platos, se volvió hacia Stella. Su amiga había recuperado su expresión habitual y se veía un poco más relajada.

—Debemos volver —dijo Carola.

—Lo sé, aunque no creo que ninguna de las dos esté lista.

—Si esperamos más, ella podrá encontrar la manera de…

—Lo sé —repitió Stella en un tono más cortante. Luego suspiró y dejó caer los hombros—. ¿Viste cómo reaccionó ayer?

—Sí —dijo Carola—, te había dicho que teníamos que resguardarnos.

—Sí, no creí que fuera a enfurecerse de esa manera, aunque no debería asombrarme, no después de todas las cosas que he escuchado de ella.

Carola vaciló.

—Yo… puedo ocuparme de ella…, es decir… —inspiró— que puedo manejarla hasta que la haga atravesar el portal.

—Ayer no lo parecía.

Carola enrojeció.

—Estaba desprevenida, pero no volverá a suceder. Yo soy su igual, no puede hacerme a un lado con tanta facilidad.

—Tal vez, pero tú no has tenido el mismo entrenamiento que ella. —Dejó que las palabras entraran en la mente de Carola antes de continuar—. ¿Y qué sucederá después, una vez que hagas pasar a Carola por el portal? Estará furiosa.

—Lo sé —sonrió Carola—, pero no será mi problema.

—No, será el mío.

Carola agrandó los ojos y dio un paso hacia atrás. Stella la miraba con calma, pero sus ojos eran penetrantes. Se estaban preguntando si ella alguna vez había pensado en ello. Y la verdad era que no lo había hecho. Ni una sola vez había pensado en lo que sucedería con las personas que quedaban en ese mundo, las que la habían ayudado. ¿Sería realmente tan egoísta como la otra Carola?

«No —se dijo a sí misma—, es solo que siempre suelo estar sola y no pensé…».

Los ojos de Stella la seguían estudiando.

—No pensé —admitió en voz alta antes de darse cuenta de ello, pero luego irguió la cabeza y lo repitió—, no pensé en ello, lo

lamento.

«No pensé en ti ni en Leopoldo, ni siquiera he vuelto a llamarlo».

Se desinfló y se dejó caer en el sillón, se habían mudado al comedor.

—Lo lamento —repitió y cerró los ojos durante un momento—, es obvio que no puedes ir conmigo esta vez. Te quedarías con ella en esa cueva.

—Esa idea no me atrae en absoluto —comentó Stella a la vez que se sentaba a su lado—, te lo aseguro, pero ella ya me vio allí y ya sabe que te ayudo.

Carola abrió la boca, pero Stella la detuvo con un gesto.

—No, no necesito que te disculpes de nuevo. Lo hecho, hecho está, pero deberemos planear mejor la próxima visita, si ambas queremos salir ilesas.

Carola asintió en silencio. No sabía cómo se había ganado esa amiga, pero ciertamente estaba agradecida de tenerla.

Planificar la nueva acción les llevó lo que les quedaba de la tarde y parte de la noche. Decidieron cenar y descansar unas horas antes de partir. Finalmente, llegaron a la cueva apenas pasada la medianoche. El lugar estaba exactamente como lo habían dejado la noche anterior. Carola se preguntó cuántas veces podrían usarlo sin que el granjero apareciera por allí, pero sacó ese pensamiento de su mente, no era más que una distracción.

Se situaron junto con Stella en el centro de la cueva, su amiga se quedaría allí hasta que lograran abrir el portar. Si la otra Carola no se encontraba allí, la ayudaría a cruzarlo y cerrarlo. Aunque esto último era solo un deseo, ya que no tenían ningún plan válido para ello. En cambio, si la otra Carola estaba del otro lado, Stella se retiraría discretamente de la cueva. Probablemente, tendría que irse del pueblo.

—Primero verificaré que tú te hayas ido —le había dicho.

Y Carola solo había podido asentir en señal de agradecimiento.

Capítulo XVIII

En medio de la noche, en la húmeda cueva, el verano cedía su reinado a un invierno eterno. Esa vez habían llevado abrigo, por lo cual no lo sentían tanto, pero los alientos seguían saliendo rígidos de sus bocas y permanecían en el aire durante largos segundos.

Carola lo intentó durante horas, pero, aunque pudo ver la luz titilando delante de ella, no logró abrir el portal. Ni siquiera una pequeña rendija.

—No lo entiendo —dijo Carola a la vez que se golpeaba los muslos con los puños, hacía horas que se había sentado—. El portal existe, puedo sentirlo, esa fina capa como hoja de papel frente a mí…, así es como la describes, ¿no? —se volvió hacia Stella—, lo siento. ¿Por qué no puedo abrirlo?

—No sé —suspiró Stella y se puso de pie con una mueca. Recorrió el aire con una mano vacilante—. Yo también lo siento, sé que está aquí y presiento que está a punto de abrirse, pero siempre se queda allí, a punto.

Carola inspiró con fuerza.

—No puede ser. —Cerró los ojos y apretó los puños.

Sin embargo, más allá de todos sus intentos y todo su empeño, el portal no se abrió esa noche, ni la noche siguiente, ni ninguna de las otras durante casi una semana.

—No puede ser, no puede ser —Carola repetía mientras caminaba de un lado a otro dentro de su casa, la que ella ya sentía como una gran jaula.

Stella la observaba desde el sillón, tenía los ojos apagados y largas ojeras.

—Yo tampoco lo entiendo, no hay ningún motivo para que no se

abra, no siento que haya nada mal.

—¿Y si buscamos a Rocco? —Se detuvo Carola—. ¿Por qué no habrá vuelto a aparecer?

—No lo sé —murmuró Stella con la mirada gacha—, pero no lo necesito, puedo encontrarlo sola.

Carola inspiró, pero se sentó a su lado y tomó en sus manos sus ajadas notas, mientras Stella volvía a recorrer los libros que se sabía de memoria. Carola había revisado en vano las anotaciones, pero no había nada allí que la ayudara a saber sobre el portal, solo estaban los pensamientos de la otra Carola. Eso solo le había dado más determinación para avanzar con lo que estaban haciendo. Y no iba a quedarse allí, no iba a convertirse en la otra Carola. Eso nunca.

Esa noche, lograron que el portal titilara como una rajadura en el aire y se abriera un poco, pero se cerró instantáneamente y ya no lo consiguieron otra vez, por más que se quedaron hasta que prácticamente era de día.

—Solo una vez más —suplicó Carola en un susurro, tenía el rostro pálido y las palmas de las manos al rojo vivo.

—No —dijo con firmeza Stella, aunque su voz sonaba tan cansada como la de su amiga—. Tenemos que irnos, no solo debemos descansar, sino que…

En ese momento, se puso tensa y se llevó un dedo a los labios. Carola aguzó el oído. Se escuchaban ruidos de pasos, pero ninguna voz.

Stella le hizo gestos silenciosos y, con su ayuda, salieron con sigilo de la cueva. Solo unos instantes antes de que el granjero apareciera de repente en el camino hacia la cueva. El hombre iba tan sumido en sus pensamientos que no notó cómo ellas se escabullían a través de los arbustos.

Llegaron a la casa de Carola sosteniéndose una a la otra. No pasaron más allá del comedor antes de quedarse dormidas. Carola fue la primera en despertarse, hacia la media tarde. Lo hizo con un sobresalto, que despertó también a Stella.

Carola se puso de pie con un gruñido, pero se estiró y se dirigió hacia su dormitorio y luego hacia la ducha. Cuando volvió, Stella seguía acurrucada en el sofá.

—Vamos —dijo Carola empujando el hombro de su amiga hasta que esta abrió los ojos—, debemos volver a intentarlo, ayer casi lo logramos.

Stella gruñó, pero se puso de pie a duras penas.

Sin embargo, a lo largo de los siguientes días no lograron más avance que esa leve rendija de luz. Carola lo intentó hasta la extenuación.

Hasta que una noche, ya no sintió deseos de intentarlo.

—¿Para qué? No lo lograremos.

—¿Es que ya no quieres volver? —preguntó Stella, quien sin embargo había vuelto a acurrucarse en el sofá cuando Carola había dicho que no quería intentarlo esa noche.

—Claro que sí —sus ojos titilaron con fuerza antes de apagarse—, pero no creo que pueda hacerlo. No creo que… —suspiró.

Stella apretó los labios, pero no contestó.

Esa noche de descanso hizo mucho por ambas. Tanto Carola como Stella lucían rostros más relajados por la mañana, la primera que se levantaban poco después que el sol. Desayunaron cómodamente en el comedor y se tomaron todo el tiempo que necesitaban.

Varios minutos después, Stella se volvió hacia Carola.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Carola lo meditó unos instantes. Miró alrededor, a la casa de su otro yo, y luego observó sus propias manos, con las marcas de sus uñas tan clavadas en sus palmas que dudaba que alguna vez fueran a desaparecer.

—No lo sé.

—No creo que debas rendirte todavía, yo sé que no lo haré. —Sonrió—. Ese portal no va a ganarme. En realidad, anoche tuve una idea, tal vez fue un sueño, no lo sé, pero se me ocurrió algo que me gustaría intentar.

—¿Ya sabes cómo abrirlo? —Carola se inclinó hacia delante—, ¿sabes por qué no podíamos hacerlo?

Stella alzó ambos brazos con las palmas hacia afuera.

—No puedo estar segura, pero sí sé que tenemos que intentarlo. Como te dije, no dejaré que un portal me gane. No hay nada que el conocimiento no logre atravesar.

Carola se mordió el labio.

—Está bien —echó una ojeada al teléfono—, aunque quiero intentar otra cosa antes.

Se levantó y caminó hacia la mesa del teléfono.

—¿A quién llamas? —preguntó Stella con el ceño fruncido apenas Carola tomó el auricular.

—A Leopoldo —respondió ella evitando su mirada, pero Stella relajó su expresión.

Carola se quedó casi un minuto esperando que le contestaran y lo intentó varias veces más, antes de soltar el auricular con un suspiro.

—Ya lo encontraremos —dijo Stella—, tal vez…, tal vez podamos ir un poco al pueblo. Hace mucho que no salimos de esta casa, más que para ir a la cueva.

—No lo sé, no tengo ganas de… que se acuerden de mí. ¿No crees que es raro que nadie haya venido a ver a la otra Carola en tanto tiempo? Aun después de lo que sucedió en la fiesta. —Se sonrojó.

—No sabría decirlo —se encogió de hombros Stella—, no sé cuántos visitantes tendría ella ni qué era habitual. —Sus ojos se encendieron de repente—. Tal vez sea obra de Leopoldo.

El rostro de Carola se iluminó durante un momento, pero luego volvió a apagarse.

—No lo creo, estaba realmente enojado cuando se fue —murmuró— y dudo que alguna vez le haya importado demasiado.

Stella suspiró y se puso de pie.

—De todas formas, creo que saldré un rato, ¿quieres algo?

Carola negó con la cabeza. Stella se había quedado de pie mirándola.

—Ah —dijo Carola y la acompañó hacia la puerta.

Esa noche, cuando ya había transcurrido la mitad y la luna estaba en su plenitud, Carola y Stella regresaron a la cueva. El lugar seguía inmutable, como si el tiempo fuera un concepto ajeno a él. Stella le explicó lo que quería probar y Carola se puso manos a la obra.

Tres horas después, cuando el sudor de la frente de Carola negaba el frío húmedo de la cueva, el portal titiló con más fuerza y se abrió una rendija lo suficientemente amplia para ver del otro lado. Carola se puso de pie de un salto y acercó la cara. Del otro lado estaba en penumbras.

—Es mi habitación, creo que es mi habitación, ese debe de ser el ropero.

Stella se paró a su lado con el ceño fruncido.

—No se ve nada.

—Allí —señaló Carola—, ese es el picaporte del ropero.

Un destello llamó la atención de Stella, quien frunció el ceño aún más.

—No lo sé, no veo nada, pero es mejor que antes, ¿no? —Le sonrió a Carola con satisfacción.

—Sí —asintió ella con una sonrisa—, ahora hay que abrirlo un poco más.

Stella dudó.

—¿Crees que ella no estará…?

—Pienso que, si lo estuviera, ya nos habríamos dado cuenta.

Stella sonrió

—Creo que tienes razón.

Sin embargo, esa noche no lograron que se abriera más que eso. De todas formas, cuando regresaron a la casa de Carola hacia la madrugada, ambas se encontraban de mejor ánimo. Tanto que Carola intentó volver a contactarse con Leopoldo antes de acostarse para descansar unas horas.

No hubo respuesta, así como tampoco la hubo la noche siguiente cuando regresaron a la cueva para un nuevo intento. Les llevó varias noches abrir el portal lo suficiente para ver del otro lado y entonces Carola creyó que sería posible atravesarlo. En esa ocasión trató varias veces, casi media hora, de contactarse con Leopoldo antes de darse por vencida.

—No te preocupes —le dijo Stella—, ya lo encontraremos.

—Tal vez —susurró Carola mientras caminaban hacia la cueva.

—Todavía no es lo suficientemente grande —agregó Stella, quien parecía haber leído el pensamiento de Carola.

—Quepo por ahí, sé que lo hago. Y no podemos esperar más, sabes que hemos tenido mucha suerte por ahora, pero en cualquier momento ella lo notará.

Stella asintió con los labios apretados.

La cueva estaba a oscuras y en silencio como todas las noches. Carola encendió las velas con un gesto distraído y la mirada de Stella se endureció durante unos segundos cuando vio que la otra lo hacía realmente sin darse cuenta. Pero sacudió la cabeza con fuerza y se puso manos a la obra con los preparativos.

Pasada la medianoche, el portal se abría frente a ellas. Era una

ventana pequeña a poco más de metro y medio del suelo. Carola se puso de pie y se acercó a él con cuidado, conteniendo la respiración. Acercó una mano con cautela y rozó la superficie con el dedo. Se hundió levemente y Carola sonrió.

Se volvió hacia Stella.

—Lo intentaré.

Su amiga sonrió con algo de tristeza. Se acercó a ella y la tomó por los hombros. Parecía que estaba a punto de despedirse cuando su expresión cambió rápidamente y apretó los brazos de Carola.

—¿Qué? —preguntó a la vez que se daba la vuelta.

La otra Carola había aparecido del otro lado del portal y estiraba el brazo hacia él.

—¡No! —gritó Carola y se lanzó de cabeza hacia el portal.

Capítulo XIX

SINTIÓ SU CABEZA GOLPEAR ALGO DURO y su estómago dio con el borde del portal, pero luego algo o alguien la empujó por las piernas y logró tirar al piso a la otra Carola, que intentaba que ella no pasara.

Cayeron ambas, ella fue a golpearse contra el ropero, la otra Carola cayó junto a la cama, pero no se quedó allí. Alargó los brazos para tomarla de las piernas y Carola sintió cómo se le clavaban las uñas en las pantorrillas. Carola pateó con fuerza y, después de liberarse, se puso de pie ayudándose con el picaporte del ropero. Por el rabillo del ojo vio un pequeño vistazo del portal y el rostro preocupado de Stella del otro lado, pero la otra Carola ya se lanzaba sobre ella y no pudo pensar más.

Si bien eludió su cuerpo, vio que la ropa comenzaba a quemarse en los bordes de su camisa. Se concentró y apagó las llamas antes de que crecieran realmente. Pero ello le dio unos minutos a la otra Carola para que recogiera algo que tenía en la mesa de luz. Carola se abalanzó sobre ella e intentó encender la bola de fuego, pero la otra la agarró de la muñeca y le clavó las uñas en la parte interior.

Gritó y trató de zafarse, aunque antes sintió que la hizo sangrar. La otra Carola jadeó y sus ojos resplandecieron con un brillo que iluminó la habitación en penumbras. Carola se frotó la muñeca, se limpió la mano con el pantalón y volvió a lanzarse en contra de la otra. La otra Carola no le prestó atención, hasta dejó que la tirara al suelo, concentrada como estaba en lo que tenía en las manos y en lo que murmuraba para adentro. Sus ojos estaban desenfocados y su rostro se había vuelto pálido.

Carola se concentró y sintió que sus palmas se calentaban, sintió que varias cosas a su alrededor se movían por el esfuerzo, aunque ella no pudiera controlar realmente su movimiento. La otra Carola jadeó

otra vez y luego se retorció, le clavó una rodilla en el estómago y Carola perdió el aliento. La otra aprovechó ese instante para romper el frasco que tenía en la mano contra el pecho de Carola, el vidrio estalló en pedazos y ella sintió cómo le empapaba la ropa y la piel. También sintió un pequeño mareo, pero luchó para mantenerse en pie. La otra Carola sonrió mientras apretaba los vidrios rotos contra su pecho, sin duda también estaría cortándose con ellos, pero no daba muestras de dolor. Al contrario, sonrió con amplitud y sus mejillas se colorearon. Sus ojos adquirieron más brillo cuando comenzó a reír con fuerza.

—Sí, sí —comenzó a gritar con un chillido que le causó un escalofrío a Carola—, sí, ¡más!

Carola intentó zafarse de su agarre, pero cada vez se sentía más débil. La vista comenzó a empañársele y ya casi no podía controlar sus movimientos. La otra Carola se puso de pie y la arrastró hacia el portal. Carola trató de oponerse, pero no tenía fuerza ni en sus brazos ni en sus piernas. La otra la alzó con esfuerzo para intentar arrojarla hacia el otro lado del portal, donde Stella seguía mirando con expresión horrorizada, aunque todavía no sabía qué hacer. Amagó con un movimiento y la otra Carola, con un solo gesto, la mandó al otro extremo de la cueva.

Carola aprovechó ese momento para juntar todas sus fuerzas y concentrarse en sus palmas. Por un momento, sintió cómo se calentaban, pero de repente se quedaron gélidas. Lo intentó de vuelta, pero fue mínimo el cosquilleo que sintió y nada de calor.

—No lo lograrás —aseguró el aliento cálido de la otra Carola en su oreja mientras hacía que su cabeza atravesara el portal—. Ya no lo tienes, somos la misma, ¿recuerdas? Lo que es tuyo es mío.

—No —alcanzó a decir Carola antes de caer del otro lado del portal.

Cayó sobre el frío y cortante suelo de la cueva. Fue incapaz de moverse mientras veía cómo el portal se cerraba y la última luz titilante se apagaba frente a ella.

Cuando se despertó, todavía estaba oscuro. Solo quedaba una de las velas que habían encendido cuando llegaron a la cueva y estaba cerca de apagarse. Se movió con cuidado y se le escapó un gemido. Con una mueca, se puso de pie y volvió a caer sobre las rodillas. Estaba mareada y débil. Entonces escuchó un gruñido desde el otro lado de la cueva. Su cuerpo se puso en tensión, aunque casi no podía moverse.

Stella apareció poco a poco. Cuando la poca luz le dio en la cara, Carola pudo ver unos hilos de sangre que caían desde su frente a un

costado de su cara.

Se miraron la una a la otra y, sin una sola palabra, se apoyaron en los brazos de la otra para caminar de regreso a la casa de Carola. Ninguna de las dos habló mientras tomaban turnos para bañarse y curarse las heridas. Después solo se fueron a dormir. Durmieron hasta que el sol salió y volvía a ocultarse.

Stella fue la primera en levantarse y, después de preparar algo de comer, se dirigió al dormitorio de Carola. La encontró acurrucada entre las mantas revueltas.

—Tienes que comer algo.

Solo le contestó un gruñido.

—Vamos —dijo Stella mientras la zarandeaba con lentitud—, sabíamos que podíamos encontrarla. Lo intentaremos de nuevo.

—No —murmuró Carola del otro lado de las mantas—, no podemos.

—Claro que sí. Vamos, come algo y te sentirás mejor. Descansaremos y…

—¡No! —exclamó Carola y sacó las mantas de un golpe, tenía el rostro surcado por las lágrimas—. No podemos, ¡ya no puedo!

Stella inspiró.

—Sé que te sientes mal y estás cansada, pero todavía tenemos otras opciones.

—¡No, no, no! —Carola se mesó el cabello—. No lo entiendes. —Apretó los labios y se le inflamaron los hoyos de la nariz, miró hacia todos lados hasta que encontró una vela—. Mira —le dijo a Stella con ferocidad.

Lo intentó durante varios minutos, pero la llama solo se movió por su aliento, hasta que, frustrada, volvió a tirarse en la cama.

—Estás cansada —balbuceó Stella, algo dubitativa—, eso es todo.

—No —se retorció Carola en la cama—, fue ella, lo hizo ella, me lo dijo. Intenté…, quise…, pero ella me detuvo, me dijo que lo había tomado, que era de ella.

Carola volvió a cubrirse la cabeza con la manta.

Stella apretó los labios.

—Ella no puede hacer eso.

—Lo hizo.

Stella negó con la cabeza, aunque Carola no pudiera verla.

—No, ella no tiene esa habilidad.

Carola volvió a descubrir su rostro.

—¿Entonces es posible?

Stella vaciló.

—Sí, pero ella no puede hacerlo.

Carola volvió a cubrirse y no respondió. Stella vaciló un poco más y luego, después de decirle con un susurro que debía comer algo, la dejó sola.

Durante los siguientes dos días, Carola ni siquiera se cambió de ropa. Solo comía porque Stella le preparaba la comida y se quedaba a su lado hasta que lo hiciera, aunque fuera la mitad del plato que le servía. Durante el resto del tiempo, se quedaba sentada con la mirada perdida, ya fuera en el sofá, en la cocina o en el dormitorio.

Stella revisaba libro tras libro, había revuelto toda la casa de Carola e incluso el sótano. Tenía notas dispersas por todos lados y cada tanto le pedía a Carola que intentara algo nuevo, pero el resultado era siempre el mismo. Ella ni siquiera era capaz de apagar o encender una llama, absolutamente nada.

—No podemos estar seguras —opinó Stella varias veces—, tú nunca antes habías tenido un entrenamiento en este aspecto.

—Pero lo había hecho ¿no? —dijo Carola con una voz pequeña, en las pocas veces que hablaba—, lo había logrado solo después de unas clases. Porque tenía una habilidad que ella me quitó.

Stella apretó los labios.

—¿Y vas a dejar que se vaya con todo eso? ¿Tu habilidad, tu mundo, tu vida?

Carola apretó los ojos.

—Pues yo no dejaré que me gane —aseguró Stella con determinación—, no lo haré. Hay una forma de hacerlo, el conocimiento está allí, solo tengo que encontrarlo.

Pero luego de unos días, Stella tuvo que rendirse, al menos a lograrlo por sí sola. Había intentado varias veces, sin éxito, ponerse en contacto con Leopoldo. Al final, a regañadientes, salió en busca de Rocco. No le costó mucho encontrarlo, ya que regresó luego de un par de horas.

Rocco se sentó frente a Carola y la observó con cuidado, luego de que Stella le contara lo sucedido. Hizo varias preguntas y después se

quedó pensativo.

—No puedo hacerlo —reconoció Carola de repente con un susurro—, no soy ella.

—Tal vez ese sea el problema —dijo con calma Rocco—, si fueras como ella, no te dejarías rendir.

Carola frunció el ceño.

—¿Querrías que fuera como ella?

—Ya lo eres; si dejaras de luchar contra ello, no desperdiciarías tantas fuerzas.

—No —negó con la cabeza Carola—, no soy como ella.

Rocco no insistió, sino que ladeó la cabeza y siguió observándola.

—Entonces, ¿sabes cómo lo hizo? —preguntó Stella—. ¿Sabes cómo hacer para recuperarlo? ¿Qué sucede con el portal? Fui a la cueva el otro día —echó un vistazo a Carola, que no hizo ningún movimiento— y ya no puedo sentirlo, ¿podremos encontrar otro?

—Son muchas preguntas. —Sonrió Rocco.

—Y tú sabes las respuestas —Stella dio una patada al suelo—, ¿por qué no quieres compartirlas?

—No hay ninguna razón para que el conocimiento sea fácil.

Stella se puso de pie y abrió y cerró las manos mientras caminaba de un lado al otro, llevándose por delante varios de los libros que estaban esparcidos por el piso.

—¿Es que nunca te cansas de los acertijos?

—No son acertijos, si eso es lo que crees, entonces no estás lista para ese conocimiento.

—¡Claro que lo estoy! —Se detuvo frente a él—. Dime, ¿hay otros portales?

—Sí.

—¿Dónde están?

Rocco se encogió de hombros.

Stella elevó los brazos hacia el techo.

—Eres imposible. Bien, aunque no me digas nada, los encontraré, lo haré por mí misma.

Rocco asintió.

—¿Y qué hay de ella?

Stella inspiró con fuerza y luego se arrodilló frente a Carola.

—Tengo que irme unos días, aquí no encontraré las respuestas que necesitamos —dio un rápido vistazo a Rocco—, pero te juro que las encontraré. Tú solo descansa y recupera las fuerzas, intenta contactarte con Leopoldo si puedes, ¿está bien?

Carola la miró de frente, con la expresión vacía.

—Lamento haberte hecho perder tanto tiempo.

—No es tiempo perdido —dijo con fervor Stella al ponerse de pie—, no dejaré que lo sea.

Carola se levantó automáticamente para acompañarla a la puerta y miró hacia Rocco, que no se había movido del sofá.

—Me quedaré un poco más, si no te importa.

Ella no hizo ningún gesto, solo despidió a Stella y luego regresó a su lugar en el sofá.

Capítulo XX

TRANSCURRIERON VARIAS HORAS en las cuales ambos estuvieron inmóviles. Carola con la mirada perdida, Rocco con la mirada clavada en ella. Las ventanas se oscurecieron y las luces automáticas se encendieron, aunque siempre se mantenían a un bajo nivel, como si a la otra Carola le molestaran las luces brillantes o sencillamente le agradara usar velas.

Finalmente, Rocco fue el primero en hablar.

—Lo primero que debes hacer es aceptar. Allí estuvo el problema la primera vez y todas las siguientes. No logras avanzar porque no puedes aceptar la situación en la que te encuentras. —Se inclinó levemente hacia ella—. ¿Cómo puedes avanzar si no sabes dónde estás?

—Sé en dónde estoy —susurró Carola sin volver la mirada hacia él—. Estoy en la vida de ella.

—Estás en la tuya.

Carola reaccionó por primera vez en varios días y sus ojos se llenaron de vida por un momento. Las mejillas se le enrojecieron y se le hincharon los hoyos de la nariz.

—¡Esta no es mi vida! ¡Yo no soy así!

—Sí, lo eres.

Carola se puso de pie y se acercó a Rocco, quien permanecía impasible. Ella puso los brazos en jarra.

—Yo no soy como ella —dijo con las mandíbulas apretadas.

—Tú eres ella —repitió Rocco sin levantar la vista—. ¿Por qué te cuesta tanto reconocerlo?

—¡Porque no es así!

—Ustedes son la misma persona.

—¡Pero yo no me comporto como ella!, mi vida no es como la de ella, con gente que la odia por todos lados.

—Ah —levantó un dedo Rocco—, esa es la diferencia, ¿no? ¿Y por qué tú elegiste comportarte de una manera distinta?

Carola frunció el ceño y negó con la cabeza, pero ninguna palabra salió de su boca.

—¿No podrías ser como ella si tomaras sus mismas decisiones?

—No.

Rocco se acomodó en el sofá y se inclinó hacia delante a la vez que entrelazaba los dedos.

—Sí, Carola, tú serías igual, tienes las mismas habilidades, las mismas predisposiciones, la única diferencia es el camino que tomaste. Es lo único que te distingue de ella, pero en todo lo demás ella es como tú, sencillamente porque ambas son la misma persona.

—Yo no quiero ser como ella —la voz de Carola tembló—, no quiero que la gente me odie, ¿por qué hacen eso? —Giró varias veces por la habitación y volvió a sentarse en el sillón, aunque esa vez con una postura más erguida—. Nunca les hice nada, siempre sintieron envidia de mí, ¿y solo por eso me odian? ¿Es esa mi culpa?

Rocco se mantuvo en silencio, hasta que Carola tuvo que empezar a moverse y se frotó repetidamente los muslos con los puños cerrados.

—No quiero ser como ella —repitió.

—No tienes por qué serlo.

—Pero tú dices que soy ella.

—Es cierto.

—No entiendo.

—Puedes ser la mejor versión de ti —Rocco ladeó la cabeza—, esa gente que te odia, o tú crees que lo hace, ¿te apartas de ellos?

—¡Claro que sí!

—¿Entonces cómo sabes que te odian?

—Por la forma en que hablan, en la que me miran y me señalan… —Carola titubeó cuando vio el diario de la otra entre los libros que estaban en el suelo—. ¿Estoy hablando como ella?

—Sí, y como tú.

Carola negó con la cabeza y apretó los ojos.

—No —dijo con voz ronca.

—¿Por qué te envidian?

Carola apretó los labios, se los mordió.

—¿Por qué? —insistió Rocco con dulzura.

—Porque soy mejor.

Rocco asintió.

—Eso es un comienzo, debes aceptar tu superioridad en algunos aspectos, así como tu debilidad en otros.

Carola rio con una risa amarga.

—¿El problema es que no acepto mi superioridad?

—El problema es que no te aceptas a ti misma, las partes buenas y las malas. Eres mejor que algunas personas para determinadas habilidades y eso te causa odio por las personas que te envidian, pero ¿tú no envidiarías en los demás lo que a ti te falta?

Las mejillas de Carola enrojecieron.

—Te niegas a admitir que te sientes mejor que los demás, que puedes sentir resentimiento, que puedes querer ganarles, tener poder sobre ellos, alejarlos de ti. —Rocco hablaba con la mirada perdida en sus propias manos—. ¿Cómo podrías evitar esos sentimientos, contenerlos, si no reconoces que los sientes? Eres mejor que ellos, acéptalo, no te enojes con esa verdad y verás que ellos tampoco lo hacen. Tú te alejaste, tú te niegas, tú deseas en los demás algo que ya viste que lo tienes tú misma: lo que logró la otra Carola.

—No me gusta lo que logró ella.

—¿Nada de ello?

Carola se mordió el labio.

—Toma solo lo que te sirva, pero no olvides lo demás, eso está allí, en realidad, está allí por un motivo, ¿cómo crees que logró todo esto?

Carola frunció el ceño.

—Fue…, fue… No quiero lo mismo que ella, no así.

—No fue esa la pregunta que hice, no pregunté qué o por qué, sino cómo —se puso de pie— y ahora es momento de irme.

—¿Qué? No, ¿por qué? Todavía no sé qué hacer.

—Tienes que decidir eso antes de pedir ayuda.

Carola cerró los ojos.

—No entiendo, ¿por qué me dices todo esto? ¿Por qué…?

—¿Te ayudo? —Rocco sonrió—. No sé qué te contaron de mí, pero me considero un erudito, me gusta estudiar diversos temas, sobre todo la naturaleza humana. Esta era una oportunidad excelente para hacerlo. Son pocas las noticias de personas que atraviesan otros mundos.

—Pero ocurre.

—No tan a menudo como se suele creer y en general uno no se entera hasta mucho tiempo después. No todos luchan para volver si no les gusta. —Sonrió—. Además, siempre consideré que había algo más en Carola y ahora puedo asegurarlo.

Carola lo acompañó hasta la puerta cuando notó que ya no iba a agregar nada más. No fue hasta que lo perdió de vista que se dio cuenta de que no tenía forma de contactarlo si necesitaba solicitar su ayuda. Tampoco sabía cómo contactarse con Stella, ¿por qué nunca le había pedido su teléfono? Tal vez porque se había acostumbrado a que estuviera siempre allí, así como Leopoldo. Miró de soslayo el teléfono. ¿Cómo se había amarrado con tanta facilidad a esas personas, en tan poco tiempo?

—Porque nunca antes me había sentido realmente sola —suspiró—, lo estaba, pero no lo sentía.

Dio unas vueltas por el comedor, pero finalmente regresó al dormitorio y se tendió en la cama, boca arriba. Observó el techo durante horas, mientras la noche se consumía y se sentía el olor a un nuevo día. Se levantó para buscar algo de comida y luego regresó a la cama, estuvo allí durante todo el día, solo mirando el techo.

Mientras, las palabras de Rocco daban vueltas y más vueltas en su mente.

Sí, había querido la vida de la otra Carola porque había pensado que estaba llena de… algo que la suya no tenía. Pero eran la misma, ella podría hacer lo mismo, pero no de la misma manera, nunca había usado esa misma manera…, ¿o sí?

—Sí —dijo en voz alta—, solo no me animé a ir todo el camino, pero pienso lo mismo que ella —pateó el diario afuera de la cama—, pienso exactamente lo mismo que ella.

Se cubrió el rostro con el brazo y lloró durante el resto de la tarde y hasta bien entrada la noche. Se quedó dormida de puro cansancio y se despertó de madrugada. Se levantó con movimientos débiles y se dio una ducha. Cuando volvió a la cama, se sentía incómoda. Se levantó y comenzó a pasear por el comedor.

—Sí, soy ella, soy igual y puedo lograr lo mismo —entornó los ojos—, a mi manera. Solo tengo que aceptar que tengo poder y voy a usarlo y mirar de frente a los demás cuando lo haga. —Sonrió—. Fue así como lo hizo ella, sí. No solo creía en sí misma, se sabía mejor y no se avergonzaba de ello. Ya no lo haré más.

Suspiró y se dejó caer en el sofá.

—Pero ¿se supone que también tengo que aceptar lo demás? —musitó—, ¿que tengo los mismos pensamientos que ella sobre los demás? Solo los tengo porque ellos me envidian, me envidian porque yo soy mejor, pero nunca me mostré superior frente a ellos, nunca sentí…, nunca acepté… ¿Entonces por qué me odian?

Cerró los ojos y exhaló otro suspiro.

—Nunca les pregunté, nunca me preocupé por… Tal vez solo era porque me alejaba o tal vez no. Pero ¿y si realmente me odian? —Carola encajó la mandíbula—. No será por algo que haga yo, no. Y si aun así lo hacen…, no dejaré que me envenene.

Se puso de pie.

—Sí, eso es lo que haré.

Estaba sola en el comedor, parada con los brazos en jarra, pero se veía más tranquila de lo que había lucido desde que había llegado a ese mundo, incluso antes.

Comenzó recogiendo los libros y anotaciones que había a su alrededor. Los dejó todos sobre la mesa, con el diario de la otra Carola encima de todo. Luego de prepararse algo de cenar, comenzó a hacer anotaciones.

«No sé cuándo regresará Stella, o si volveré a ver a Leopoldo o si Rocco volverá a estar en contacto, pero es mi vida y será mi plan. Debo volver, no hay otra opción».

Asintió con la cabeza otra vez mientras comenzaba a escribir.

Se detenía solo cuando estaba agotada, cuando le era imposible escribir otra palabra o enfocar la vista. A veces se quedaba dormida allí mismo, atravesada en el sofá, desparramada sobre los libros y anotaciones, incluso sentada como si estuviera erguida. Pronto dejó de prestar atención al teléfono, a la puerta, a las ventanas. Estas se oscurecían y se encendían sin que ella registrara el paso del tiempo

Releyó las notas de la otra Carola hasta que se las supo de memoria. Registró la casa de arriba abajo, no dejó nada sin revisar, sin tratar de entender. Intentó todas las habilidades que le había enseñado Stella, una y otra vez, con una perseverancia que no sabía que lograría

tener algún día. Incluso se permitió pensar en su vida en su mundo, en lo que querría cambiar en ella y cómo lo haría. Esas ensoñaciones la cargaban todavía más de energía y hacían que resurgiera la determinación para conseguir lo que deseaba.

Se obligó a no pensar en lo que no le salía bien, se obligó a no pensar en la otra Carola más que para recordar sus gestos cada vez que hacía algo que parecía fácil.

Después de un tiempo indeterminado, se bañó, se vistió y se arregló todo lo que pudo y salió al pueblo. Ya casi no le quedaba comida y no tenía opción, pero por otro lado deseaba salir y ver gente, hablar con ellos. La soledad le pesaba, pero de una manera diferente. No sentía solo ganas de hablar para ahuyentarla, sino porque realmente necesitaba escuchar otras voces, otras opiniones. Sola, se volvería loca.

Mientras caminaba por las calles del pueblo, comenzó a sentir la mirada de los vecinos clavada en ella. Por un momento, pensó en regresar a la seguridad de la casa, pero se contuvo. Le tomó todas las fuerzas que tenía comenzar a preguntar por direcciones, para saber dónde podría comprar lo que necesitaba. La gente la miraba con extrañeza, muchos de ellos se alejaban con desconfianza, pero encontró algunos que le contestaron y se quedaron a la espera, como si pensaran que algo fuera a ocurrirles.

Nadie la saludó ni le dirigió una mirada que no fuera recelosa, pero al menos tampoco la insultaron ni la encararon directamente. Terminó de realizar sus compras lo más rápido posible sin que pareciera que estaba corriendo y regresó a su casa.

De camino de vuelta, se cruzó con el dueño de la joyería. El hombre tensó el gesto apenas la vio, pero siguió caminando por la misma acera. Carola sintió cómo se le tensaban los músculos cuando se iba acercando. Parecía que lo hiciera a cámara lenta. El momento del cruce no llegaba nunca y él se rehusaba a mirarla. Carola, al principio, optó por no hacerlo tampoco, pero después se obligó a sí misma a mirarlo, a mirarlo con toda la compasión que le fuera posible. No supo si había tenido éxito o no, pero de repente sintió una brisa de esa compasión y, sin pensarlo, al pasar junto a él, le susurró:

—Lo siento.

El hombre no contestó, no se detuvo, ni dio ninguna señal de haberla escuchado. Carola ni siquiera estaba segura de haberlo dicho en voz alta. Pero no se detuvo a pensarlo, siguió caminando con la frente alta hasta que llegó a su casa.

No fue hasta estar dentro que sintió cómo le temblaban los

músculos de los brazos y cómo le ardían las palmas de las manos, donde las uñas se habían hundido profundamente.

Soltó las bolsas en el suelo junto a la puerta y estiró los dedos una y otra vez. Estaba a punto de volver a recogerlas para ir a la cocina cuando sonó el timbre. Se sobresaltó.

Esperó unos segundos antes de responder. No se escuchaba nada del otro lado de la puerta, ni siquiera había oído que alguien se acercaba.

—¿Será Stella? ¿Leopoldo? —musitó—. ¿O tal vez sea ese hombre?

El timbre sonó otra vez

Carola inspiró con fuerza y apoyó la mano en el picaporte. Abrió de un solo gesto rápido. Del otro lado del umbral, estaba Rocco.

Carola se tranquilizó y fue capaz de mostrar una sonrisa.

—Estaba a punto de preparar algo de comer, ¿quieres acompañarme?

—Me encantaría probar comida regional. —Sonrió Rocco.

Durante el tiempo que le llevó a Carola preparar la comida y a ambos comerla, no tocaron el tema del portal ni de sus habilidades. Solo hablaron de comida. Rocco cada tanto la observaba con calma, pero Carola se obligó a no preguntar, solo mostraba su incomodidad con un leve enrojecimiento de las mejillas.

Finalmente, cuando habían terminado de lavar los platos y estaban tomando un café en el comedor, Rocco se volvió hacia ella.

—Lo has hecho.

Los ojos de Carola brillaron.

—Sí, aunque todavía no recupero mis habilidades. —Apretó los labios mientras miraba la vela que estaba en la mesa frente a ella.

—Ya lo harás y esta vez serán tuyas.

—¿Antes no lo eran?

—Antes eran más bien un préstamo.

Carola asintió en silencio. Intentó encender la llama otra vez, pero el pabilo tembló sin siquiera considerar otra cosa.

—¿Has visto a Stella? —preguntó Carola.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—No sé —se encogió de hombros—, supuse que ustedes… eran amigos.

—Solo conocidos.

—¿Y Leopoldo?

Rocco la miró pensativo antes de contestar.

—Lo vi un par de veces en el reino. Cierra los ojos.

—¿Perdón?

—Cierra los ojos.

Carola frunció el ceño, pero obedeció.

—Ahora, sigue mis instrucciones.

Rocco las repitió en calma varias veces, hasta que, en un momento, le pidió que abriera los ojos.

Carola jadeó.

La vela estaba prendida frente a ella, con una llama que se balanceaba lentamente.

—¿Cómo…?

Rocco se puso de pie.

—Debo irme.

—Pero ¿cómo…? —Se contuvo y negó con la cabeza—. No importa, gracias.

Rocco asintió y la siguió en silencio hacia la puerta. Una vez allí, se volvió para mirarla.

—¿Sabes?, todavía tienes algo más pendiente.

—¿Qué cosa?

—Ese muchacho, ¿recuerdas?

Carola vaciló y dio un paso atrás.

—Pero eso no fue culpa mía.

—¿Eso importa?

Carola vaciló otra vez, la mirada de Rocco seguía calma, pero era obvio que esperaba una respuesta.

—No sé si podré hacerlo.

—Hay una sola forma de saberlo —dijo Rocco antes de darse la vuelta e internarse en el camino que llevaba al pueblo.

Carola regresó al comedor e intentó prender otra vez la vela. Luego de varios intentos, pudo hacer saltar una chispa, pero no más que ello. Le llevó un par de días más poder encender toda la llama. Por un

momento, sintió que entonces Rocco volvería a aparecer para ayudarla con el próximo paso, pero el timbre no sonó en toda la tarde ni en la mañana siguiente. Carola ya podía encender la vela con relativa facilidad y comenzó a intentar apagarla, aunque no dejaba de mirar de reojo la puerta. Sin embargo, el timbre no sonaba.

—¿Qué está esperando? —murmuró por lo bajo.

Pero ya lo sabía. Solo que no se decidía a hacerlo.

—No puedo —dijo mientras caminaba de un lado a otro del comedor—, no puedo hacerlo sola, se suponía que esa noche me ayudaban Stella y Leopoldo.

«Pero yo fui la única que salió corriendo».

—No, no puedo —repitió y volvió a sentarse en el sofá.

Observó la vela y todos los apuntes alrededor.

«No puedo seguir demorándome, necesito ayuda; si no, para cuando vuelta la otra Carola lo habrá destruido todo».

Suprimió un escalofrío y se puso de pie.

—No tengo que pensarlo, eso es lo que tengo que hacer, no pensarlo demasiado.

Mientras repetía esa frase una y otra vez, salió de la casa hacia el pueblo. Recordaba lo que tenía que hacer, había pensado en ello desde que Rocco se lo había mencionado. Encontró la casa a oscuras y en silencio, parecía que ya se habían ido a dormir. Con esfuerzo, trepó hasta la ventana del muchacho.

«Solo no pienses en ello, no pienses realmente en ello».

Pero cuando lo tuvo enfrente, no pudo pensar en otra cosa. Suprimió un ahogo y el muchacho se despertó. Sus ojos estaban lúcidos y se posaron en ella. Carola sintió que se paralizaba. No supo cuánto se demoró en reaccionar, pero al fin fue capaz de mover la mano y su cerebro volvió a tener pensamientos.

«No tengo que pensarlo, no tengo que pensarlo».

Y sin darse cuenta, estaba de vuelta en su casa. En su dormitorio, metida en su cama, mirando el techo. El muchacho no le había quitado la mirada de encima, no había hecho ningún sonido. Carola no hacía más que preguntarse en qué había pensado, pero no se lo había preguntado, no creía que pudiera.

Se quedó dormida en una maraña de sueños que no pudo identificar. Ni siquiera sentía que estuviera realmente dormida, sino que era como si su consciencia la mantuviera alerta hasta cierto

punto. A la mañana siguiente, poco después de que saliera el sol, la despertó el sonido del timbre.

Capítulo XXI

CADA VEZ SE PREGUNTABA MENOS por el paradero de Stella y Leopoldo. Tenía ganas de volver a verlos, pero no una urgencia. Se sentía más tranquila con el manejo de las situaciones que se le presentaban y con el tiempo que pasaba entre sus avances. Rocco aparecía en visitas esporádicas, en general con más preguntas que respuestas. Pero Carola aprendió a tolerarlo y concentrarse en lo bueno que le ofrecía, aunque todavía no entendiera realmente por qué.

Fue varias veces más al pueblo. Una vez se cruzó con el padre del muchacho, el hombre la miró con fijeza, aunque tenía el rostro más relajado. Carola se mordió el interior de los labios para no decir nada, aunque tenía tantas ganas que creía que las palabras saldrían solas. Sin embargo, logró contenerse. Las miradas del pueblo ya no eran tan recelosas, no la seguían por todos lados ni huían de ella, pero sí eran curiosas y los susurros no se acallaban cuando ella pasaba. Al menos, ahora no se contenían en hablar de ella cuando estaba ahí, lo que Carola consideraba un avance.

—No pueden odiarme o temerme tanto si ya se animan a que los escuche.

Una noche que se sentía especialmente frustrada, decidió regresar a la cueva por su cuenta. Se sorprendió de conocer el camino de memoria, con lo poco acostumbrada que estaba a caminar entre árboles, pero se encontró frente a la cueva sin ninguna demora ni percance. El lugar parecía estar casi como lo habían dejado Stella y ella la última vez que habían estado allí.

Carola caminó hacia el centro de la cueva, puso una manta sobre el suelo, colocó unas velas alrededor y se sentó. Estuvo varias horas concentrada hasta que al fin sintió una luz parpadear tras sus párpados. Abrió los ojos con el corazón desbocado y vio que había una

pequeña rajadura en el aire. El diminuto portal tembló y comenzó a desintegrarse.

—No —dijo Carola y extendió el brazo.

Cerró los ojos con fuerza y se concentró otra vez. Las llamas de las velas crecieron a su alrededor y la cueva se llenó de un resplandor dorado. Después de varios minutos, se animó a abrir los ojos otra vez. El pequeño portal se encontraba ahí. Carola entornó los ojos, era casi imposible distinguir del otro lado. Era obvio que estaba a oscuras y probablemente se tratara otra vez de su dormitorio.

Con cuidado, se puso de pie y se acercó al portal conteniendo la respiración. Estiró el brazo y lo rozó levemente con el dedo, pero la superficie era dura. Carola frunció el ceño e inspiró con fuerza. Iba a volver a sentarse sobre la manta, cuando captó movimiento por el rabillo del ojo.

Se acercó al portal hasta que su frente chocó con él. Con un grito, dio un salto atrás cuando vio aparecer un ojo del otro lado y luego dos. La otra se alejó lo suficiente del portal para que su rostro entrara completo. Se veía que estaba furiosa, aunque no era posible escuchar lo que decía. La mujer gesticulaba con fuerza y Carola vio que el portal comenzaba a cerrarse.

—No —murmuró Carola con firmeza e imitó sus gestos. Aunque no conociera por qué lo hacía la otra, sí sabía por qué lo hacía ella.

La otra Carola se detuvo de repente y se volvió con rapidez, a la vez que trataba de ocultar el portal con su cuerpo. Carola ladeó la cabeza hacia varios lados, pero ningún ángulo le permitía ver lo que sucedía del otro lado. Hasta que la otra Carola abrazó a la persona que estaba con ella y le hizo dar la vuelta, para que estuviera de espaldas al portal. Sonrió con suficiencia.

Pero la Carola de este lado no sabía por qué. ¿Quién sería esa persona que estaba allí? Por su aspecto parecía ser un hombre, pero ¿quién podría ser?

—Giorgio —musitó y de repente sintió que la invadía un fuerte sentimiento, al principio creyó que era cólera, impotencia, pero luego notó con extrañeza que era envidia.

«¿Por qué? Si yo no tengo nada con él… —sintió que se sonrojaba—, pero me gustaría, lo he pensado varias veces. Él no es como Leopoldo, sería distinto, tendría que ser en serio».

Golpeó el portal con fuerza. Del otro lado, el hombre pareció sentirlo, pero la otra Carola apretó más su abrazo y comenzó a besarle el cuello, mientras con las manos bajaba por su espalda.

—No —dijo Carola y golpeó con más fuerza, el portal tembló bajo su mano.

El hombre se volvió levemente y Carola pudo ver su perfil.

—¡Ese no es Giorgio!

Se paralizó y no fue capaz de ver la sonrisa de la otra. Ni tampoco cuando comenzó a gesticular otra vez hacia el portal.

—No, no, ¿por qué estás con otro? ¿Qué pensará Giorgio? ¿Qué estás haciendo con mi vida?

Carola reaccionó justo cuando el portal titilaba y comenzaba a encenderse.

—¡No! —dijo y se abalanzó sobre el aire.

Tropezó y cayó debajo del portal que se desvanecía. Estiró un brazo y gimió cuando sintió el calor en la palma. Las cenizas amenazaban con deslizarse por su brazo, pero ella se concentró y lo contuvo.

Poco a poco, sintió que se enfriaba. Con cuidado, soltó su agarre. Unas cenizas se soltaron a su alrededor, otras cayeron sobre su rostro, pero el portal no se desarmó por completo. No había ardido como el del sótano.

«¿Seguirá funcionando?», se preguntó Carola.

Por largos minutos, sin embargo, no fue capaz de comprobarlo. Ni siquiera pudo ponerse de pie ni moverse al menos.

Cuando sintió que las velas comenzaban a agitarse, algunas ya cerca de consumirse por completo, se levantó con un movimiento extremadamente calmo. Cuando por fin lo hizo, observó el portal con atención –o lo que quedaba de él–. No era fácil vislumbrarlo, podía sentirlo débilmente, pero no podía llegar a él.

Cerró los ojos e intentó un par de veces, pero se sentía mareada y le costaba mantener la concentración.

—No, no, no —murmuró—, por favor.

Pero le era imposible hacer que siquiera brillara en lo más mínimo, ni sentirlo más que como una débil fibra en la espesura del aire. Finalmente, cuando la cueva comenzó a aclararse sin la ayuda de las velas, decidió volver a la casa.

Se tiró directamente sobre la cama y dio vueltas sin parar durante unas horas más antes de dormirse. Durante el sueño, solo veía imágenes de su propia vida, donde de pronto invadía la otra Carola y todo se consumía en cenizas, como el portal que había estado en su

sótano. Cuando se despertó, estaba bañada de sudor, pero lo primero que hizo no fue ir al baño, sino caminar hacia el teléfono. Volvió a marcar el número de Leopoldo y esperó.

Lo intentó varias veces más antes de colgar el auricular con suavidad. Entonces sonó el timbre. Carola contuvo la respiración.

—Será Rocco —dijo y caminó hacia la puerta como si tuviera miedo de en dónde pisar.

Abrió la puerta con cautela, solo un poco, y asomó la cabeza.

—¿Qué sentido tiene asomarse así cuando ya abriste la puerta? —dijo Leopoldo con el gesto serio—. Si querías saber quién era antes de abrir, tendrías que haber mirado por la ventana.

—¡Volviste! —exclamó Carola, abrió la puerta del todo y se lanzó hacia él con un fuerte abrazo.

Lo soltó casi con la misma celeridad con la que había iniciado el contacto.

—Lo siento, estoy feliz de verte de vuelta, justo te estaba llamando.

—Lo sé —dijo Leopoldo algo molesto—, ¿puedo pasar?

Carola se hizo a un lado, aún sintiéndose algo incómoda. No sabía dónde poner los brazos una vez que soltó el picaporte. Caminó hacia el comedor con algo de tensión, quedó a la espera mientras Leopoldo inspeccionaba el lugar.

—¿Y Stella?

Carola alzó los hombros con desgana.

—No sé, se fue después de…

—¿De qué? —Leopoldo enarcó las cejas.

El hombre escuchó el relato de Carola con serenidad y no hizo ningún comentario hasta que esta no terminó. Luego formuló algunas preguntas antes de quedarse callado, rumiando sus pensamientos. Carola esperó, sentada al borde de su asiento y con las manos en puños sobre sus muslos.

—Bueno —sonrió Leopoldo—, has pasado por muchas aventuras en poco más de una semana.

—¿Solo una semana? —Ella frunció el ceño.

—Sí, a veces pasa eso cuando uno está muy concentrado en algo y pierde noción de los tiempos de comida y sueños, fue solo semana y media.

—¿Dónde estuviste?

—Por aquí y por allá. —Él se encogió de hombros, pero no cruzó la mirada con ella—. Nada importante —sonrió—, pero supuse que ya me extrañarías y no me he equivocado.

Carola se ruborizó.

—Solo estoy feliz de volverte a ver y —miró a los apuntes que tenía alrededor— además necesito algo de ayuda.

—Por lo que me contaste, hasta ahora te manejaste bastante bien con ella. Son pocas las personas que pueden enfrentarla en igualdad de condiciones.

—Bueno, las dos somos la misma persona, así que no es tan difícil.

Leopoldo la observó con atención durante unos segundos antes de asentir una sola vez.

—Sí, es cierto, veo que por fin lo has aceptado.

Carola inspiró.

—Sí, pero no me convertiré en otra como ella —clavó una mirada llena de decisión en él—, mi vida será diferente.

Leopoldo sonrió.

—Sería aburrido de otra manera. —Echó una ojeada a las ventanas—. Entonces, ¿lo intentarás de nuevo esta noche?

Carola vaciló.

—Sí, aunque no creo que sirva de mucho, creo que está tan inservible como el del sótano —levantó las manos enseñando las palmas—, pero no se me ocurre qué más hacer.

—Echémosle una mirada esta noche, tal vez todavía haya una oportunidad. —Sonrió—. Y mientras tanto, ¿qué piensas hacer?

Carola se ruborizó.

—No tengo planeado nada.

Leopoldo se puso de pie y extendió una mano hacia ella.

—Yo siempre tengo ideas.

Carola vaciló.

«¿Por qué no?».

Lo tomó de la mano y lo siguió al dormitorio.

ESA NOCHE AMBOS ESTABAN EN LA CUEVA. Habían repartido velas por todos lados, estaba tan iluminada que Leopoldo había insistido en cubrir la entrada con varias ramas caídas, algunas tan grandes que Carola se preguntó dónde las habría encontrado. Aunque no indagó sobre ello, su atención se concentraba en el portal marchito frente a ella.

Lo estudió durante largos minutos. Rozó su dedo sobre sus bordes irregulares, casi parecía una cicatriz colgada en el medio del aire. Se preguntó si el granjero podía verla, si alguien más además de ella o Stella podía verla. Aunque no estaba segura de que esta última de verdad lo hiciera, era más bien como un sentimiento. Echó un vistazo a Leopoldo, que caminaba despreocupado de un lado a otro en la entrada de la cueva. ¿Qué tanto vería él? ¿Por qué había vuelto?

Carola sacudió la cabeza. No podía concentrarse en ello entonces, estaba feliz de volver a tener a un amigo a su lado, era lo único que importaba. Solo debía encontrar la forma de abrir el portal otra vez.

Lo intentó durante horas. Sentía las piernas y brazos acalambrados, tan pesados que era incapaz de moverlos, así como era incapaz de levantarse de la posición en la cual se encontraba. El sudor le cubría todo el cuerpo, el pelo se le había pegado a la cabeza, así como la ropa se adhería a su piel. Pensó que tendría que arrancarla hasta despellejarse para poder librarse de ella. Pero, así y todo, el portal solo titilaba y no se movía, ni siquiera un milímetro.

—Debes descansar. —Sintió la mano de Leopoldo sobre su hombro.

—No —dijo Carola e hizo una mueca cuando intentó moverse—, cada día que paso aquí, más ella destroza mi vida allí. Debo volver lo antes posible.

—No te conviene estar agotada una vez que abras el portal, ¿cómo harías para enfrentarte con ella?

Carola frunció el ceño, pero no contestó. Sabía que tenía razón, pero ella también la tenía, debía lograr abrir el portal, aunque fuera un poco, debía saber si era posible.

—Una vez más —murmuró.

—Está bien —dijo Leopoldo y se sentó a su lado—, solo una vez más y luego regresaremos, pronto comenzará a amanecer.

Le tendió una mano y Carola sintió un sobresalto que casi la hizo soltarla al instante.

—Tranquila, es solo una ayuda.

—¿Todos pueden…?

—No —respondió Leopoldo, sin mirarla.

Carola inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué es exactamente lo que puedes hacer?

Leopoldo sonrió.

—No creo que sea el momento adecuado, no tenemos mucho tiempo antes de que salga el sol o tú te desmayes del cansancio.

—No me voy a desmayar —refunfuñó Carola y cerró los ojos para concentrarse en el portal.

Dos horas después, caminaban de regreso a la casa de Carola. O más bien, Leopoldo la arrastraba hacia allí. A ella le costaba dar un paso tras otro y tropezaba a cada rato. Leopoldo estaba algo pálido, pero todavía podía mantenerse firme y guiarla.

—Te dije que deberías haberte detenido hace varias horas.

Carola inspiró, con el rostro pálido.

—Ni siquiera un poco —murmuró—, nada.

—Ya encontraremos la forma.

—No tengo el poder suficiente.

—A veces eso no es necesario. —La ayudó a seguir avanzando—. Lo que tenemos que hacer ahora es encontrar a Stella. Seguro que ella tiene algunas respuestas de las que nosotros carecemos.

Carola asintió y se dejó llevar hasta la casa y hasta el dormitorio, aunque Leopoldo no se quedó allí, sino que fue a la cocina a preparar algo de comer.

—Debemos reponer energías —dijo antes de irse, pero Carola se durmió antes de que volviera.

Capítulo XXII

LEOPOLDO LA HABÍA DEJADO DORMIR. Cuando Carola se despertó, lo encontró a su lado, sumido en un sueño tranquilo, casi parecía que no respiraba. Ella se levantó con cuidado y, luego de pasar por el baño, fue a la cocina. Encontró parte de la comida que había preparado Leopoldo en la heladera y la puso a calentar.

Fuera, el día comenzaba a declinar, aunque todavía quedaban algunas horas de luz. Sobre todo, teniendo en cuenta que debían de encontrarse en verano. Carola no lo había preguntado, sencillamente lo intuía. Tal vez esta Carola vivía en el otro hemisferio del mundo. Ello no le había parecido importante en ese momento, ni tampoco ahora. No deseaba conocer más de ese mundo que había creído tan maravilloso los primeros días, solo quería volver a su casa.

Suspiró cuando la comida estuvo por fin caliente y se sentó sola a la mesa del comedor. No pasó más de media hora antes de que Leopoldo apareciera en el umbral.

—Te ves mejor —dijo antes de ir a la heladera y servirse algo de comer.

—Tú también, ¿todavía tienes hambre?

Leopoldo negó con la cabeza y Carola notó que estaba completamente vestido.

—¿Vas a salir?

—Sí, iré a ver si descubro qué sucedió con nuestra amiga, seguramente tendrá la nariz enterrada en páginas mohosas y llenas de polvo en algún cuartucho. ¿Vienes?

Carola jugó con la poca comida que quedaba en su plato, el tenedor trazaba surcos entrelazados.

—Creo que me quedaré.

—No lograrás mucho más desde aquí. Tienes que salir de vez en cuando.

—Y lo hago, pero ahora todavía estoy cansada.

Leopoldo la observó con fijeza, pero no insistió.

—Vuelvo en un rato, con suerte, con buenas noticias.

Carola lo acompañó a la puerta y luego se quedó deambulando por el comedor. No parecía estar cómoda en ningún lado y no dejaba de levantarse y caminar hacia otro lugar. No supo cuánto tiempo estuvo así hasta que sonó el timbre. Se precipitó hacia la puerta y la abrió con tanta fuerza que casi cayó hacia atrás.

—Buenas noches —dijo Rocco y a Carola se le inundaron los ojos de lágrimas.

«Sí, él sabrá qué hacer y Leopoldo me ayudará a hacerlo. No sé cuándo me volví tan dependiente, pero ya no me importa».

Invitó a Rocco a entrar y le ofreció algo de tomar, que resultó ser té con algunas galletas, de las cuales la otra Carola parecía tener una buena provisión.

Apenas se sentaron uno frente al otro, Carola comenzó a relatarle todo lo que había sucedido desde la última vez que se habían visto. Rocco la escuchó con atención y, al final, sonrió con lentitud.

—Bien, veo que has tenido un gran avance.

—No —Carola sacudió la cabeza—, estoy peor que antes, este portal ya no sirve, estoy segura de ello.

—No me refería a eso.

—Ah… sí, ¿pero de qué sirve eso ahora?

—De mucho —sacó un papel doblado que llevaba en el interior del bolsillo—, y esto te servirá todavía más.

—¿Qué es? —preguntó Carola a la vez que extendía el brazo para tomar el papel.

Contenía una lista de indicaciones, lo que parecían direcciones.

—Son portales —dijo Rocco y a Carola casi se le cayó el papel de las manos—, todos se encuentran bastante cerca de aquí.

—¿Tantos? —susurró Carola a la vez que volvía a repasar la lista.

—A mí también me sorprendió la cantidad —admitió Rocco—, se ve que hay más gente con deseos profundos de cambiar su vida de lo que parece. —Se encogió de hombros—. La gente siempre se queja, pero son pocos los que realmente quieren cambiar.

—Gracias —dijo Carola y apretó el papel contra su pecho.

En ese momento, volvió a sonar el timbre, con insistencia. Carola se puso de pie y no notó que Rocco la seguía hasta la puerta. Del otro lado, se encontró con Leopoldo y una Stella algo demacrada que, de todas formas, tenía ojos brillantes y no lograba reprimir una sonrisa.

—Carola, encontré otro y estaba a punto de localizar un segundo cuando Leopoldo —le echó una mirada algo irritada— insistió en que regresara a… —Se detuvo de repente—. ¿Qué haces tú aquí?

Carola vio el cambio en el gesto de Stella y la súbita tensión en Leopoldo, se dio la vuelta y vio a Rocco sonriendo tras ella. Se había olvidado que estaba con ella.

—Mira —dijo y tendió el listado a Stella—, Rocco encontró todos estos portales.

Stella tomó el papel en cámara lenta y lo leyó aún con más lentitud. Movía los labios en silencio y parecía que nunca iba a terminar de leer aquella lista.

—Me pareció que te estabas demorando demasiado —comentó Rocco—, así que me fijé si realmente era una tarea tan difícil.

Stella apretó los labios y su cuello se tensionó, pero no levantó la vista.

—Mmm —intercedió Carola—, ¿por qué no pasamos a la sala?

—Yo ya tengo que irme —dijo con calma Rocco—, pero agradezco la invitación.

—No te preocupes —agregó Leopoldo con la mirada acerada—, no nos ofende que no puedas aceptarla.

Rocco lo ignoró y se volvió hacia Carola.

—Tendrás que revisarlos, no sé cuántos siguen activos.

—Lo sabes y no quieres decirlo —lo acusó Stella.

Rocco otra vez se mantuvo impertérrito.

—Gracias —repitió Carola—, pero ¿cómo puedo sellarlos después?

—Tengo algunas ideas —dijo Rocco, pero lo interrumpió Stella.

—Que no piensas compartir.

—No es el momento, aunque puedo darles otra pista. —Sacó otro papel doblado del bolsillo y se lo tendió a Carola.

Esta lo tomó al vuelo y no había terminado de agradecerle cuando Rocco se dio la vuelta y se alejó con un paso rápido y, a la vez,

despreocupado.

—¿Entramos? —dijo Leopoldo—, no me vendría mal algo de comer.

—Claro. —Carola se hizo a un lado.

Durante la cena, aprovecharon a contarse sus respectivas historias de los últimos días. Al menos Carola y Stella, ya que Leopoldo se mantuvo en silencio, con la mirada pensativa y ocupado solo en su propia comida.

Cuando terminaron, Stella volvió a estudiar la lista de portales que le había dado Rocco.

—No lo puedo creer, lo hizo a propósito.

—¿Para qué? —preguntó Carola.

—Para demostrar que es mejor, que es superior, se está burlando de mí.

—No te dejes engañar —dijo Leopoldo—, él anda atrás de algo más, siempre es así.

—Tal vez —dijo Carola—, pero necesito toda la ayuda que pueda conseguir y por ahora no hizo nada amenazador, solo nos observa.

—Y se divierte con nosotros —añadió Stella.

Carola se encogió de hombros.

—Si quiere, que se divierta; siempre hay gente hablando a mis espaldas, no podemos controlar eso.

—No —dijo Leopoldo—, lo que no quiere decir que no debamos vigilarlo.

—Está bien —asintió Carola—, pero aun así nos sirve lo que nos dio y esto —sacó el otro papel— tal vez sea lo último que necesito.

Se lo tendió a Stella, quien vaciló antes de tomarlo en sus manos. Lo leyó con rapidez y bufó.

—Como siempre, llevará días descifrar lo que escribió aquí, te juro que lo hace a propósito —dijo Stella sacudiendo la cabeza—, le encanta jugar con la gente y…

Carola apoyó una mano sobre su brazo.

—No permitas que vea cuánto te afecta. Yo puedo revisar esos portales mientras tú tratas de descifrar las instrucciones.

Stella suspiró.

—Está bien, aunque no creo que debas ir sola.

—Yo la acompañaré —anunció Leopoldo—. Después de todo, me estoy tomando unos días libres.

—¿Libres de qué? —preguntó Carola.

Leopoldo sonrió.

—De mis ocupaciones. —Se inclinó hacia delante y tomó el listado de Rocco—. A ver, veamos qué tenemos aquí.

Durante los siguientes días, Carola y Leopoldo se dedicaron a buscar los portales de la lista. Algunos eran de fácil acceso, pero otros necesitaban de todo el carisma y las habilidades de Leopoldo para desviar a la gente o alejarla de allí. Carola estaba cada vez más convencida de que los talentos de Leopoldo tenían que ver con la gente, tal vez fuera empático o pudiera implantar pensamientos o sentimientos en otro.

«¿Me los habrá implantado a mí?».

Sacudió la cabeza. No lo creía así, solo lo sentía atractivo, pero nada más. No tenía ningún sentimiento profundo por él y a él no parecía importarle tampoco. Solo estaban cómodos juntos, por momentos al menos.

Sin embargo, todo el esfuerzo fue inútil. Ninguno de los portales abría, algunos apenas eran perceptibles y Carola tuvo la sensación de que eran muy viejos. Stella tampoco había tenido ningún avance por su parte. Cada vez que la veían, estaba murmurando por lo bajo algo que incluía el nombre de Rocco y otros adjetivos nada agradables.

Esa noche estaban en el último portal de la lista, que incluía el que había encontrado Stella. Carola ya había intentado varias veces abrirlo, sin suerte. Leopoldo se acercó a ella en silencio.

—No —susurró ella—, una vez más.

El rubio apretó los labios, pero asintió.

Carola se concentró en la sensación de vibración en el aire, le pareció ver la luz detrás de sus párpados, pero cada vez que abría los ojos para comprobarlo, el lugar seguía tan a oscuras como cuando habían llegado.

—Es momento de irnos —insistió Leopoldo—, los dueños de casa no tardarán en volver.

Carola inspiró con fuerza y exhaló con lentitud.

—Este era el último.

—Tal vez haya otros o algunos que pasamos por alto.

Carola no se movió.

—Debemos irnos —murmuró Leopoldo con urgencia.

Ella dejó caer los hombros y lo siguió fuera de la casa. Les llevó dos horas de caminata regresar a la casa de Carola. Allí Stella estaba dormida en el comedor, con parte del cuerpo en el sofá y la otra en el piso.

—Creo que es momento de que todos descansemos —dijo Leopoldo en la puerta antes de darse la vuelta.

—¿A dónde vas?

—Volveré mañana, no te preocupes. Debo ocuparme de algunos asuntos.

Carola lo vio perderse en el camino hacia el pueblo antes de entrar en su casa y cerrar la puerta. Después de pasar por el comedor para acomodar a Stella lo mejor posible y poner una manta sobre ella, se dirigió a su dormitorio.

Se echó boca arriba en la cama y esperó durante horas a que el sueño la venciera.

Capítulo XXIII

DURANTE LOS SIGUIENTES DOS DÍAS, no tuvieron ningún avance, pero Carola no perdió la fe, sino que siguió insistiendo. Al final, decidieron junto con Stella que concentrarían sus esfuerzos en el portal de la cueva. No se había fundido por completo, como había sucedido con el del sótano, y Carola ya había establecido una conexión allí varias veces, por lo que resultaría más fácil volver a abrir ese que comenzar de cero con otro desconocido. Además, la cueva les brindaba la ventaja de que podían visitarla cuando quisieran y quedarse allí toda la noche de ser necesario.

Leopoldo había regresado al día siguiente por unas horas y luego había vuelto a irse durante todo un día antes de volver a aparecer por allí. Siempre lo hacía con una sonrisa, como si fuera capaz de retomar las cosas justo allí donde y como las había dejado. Carola lo observaba pensativa cuando él no la estaba mirando y no podía evitar compararlo con Giorgio, seguro que este último no era así, no era tan despreocupado como Leopoldo.

«¿Y tú cómo lo sabes? —se dijo a sí misma—. Nunca hablaste con él más de unas palabras».

Pero era la sensación que le había dado siempre y tal vez la razón por la cual siempre lo alejaba. Porque una parte de ella sabía que ese hombre solo se acercaría para una relación en serio, no para un juego, y ella prefería estar sola.

«Lo había preferido, ahora ya no, ya no. Ahora entiendo que, si mi vida estaba vacía entonces, era porque yo la había dejado así».

—¿Me estás escuchando? —Stella levantó la voz.

—¿Eh?

—Se ve que no —inspiró con fuerza—, te estaba diciendo que me parece que ya encontré la forma de abrir el portal, si es que te

interesa.

—¡Claro que me interesa! —dijo Carola y escuchó a su amiga con atención—. ¿Y cómo lo sellaremos? —le preguntó luego de que terminara su explicación.

—Eres insaciable —bufó Stella poniéndose de pie—, ¿sabes lo que me costó llegar a esta conclusión?

—Lo sé, lo sé —Carola expandió su mejor sonrisa—, es que tú eres la más inteligente de todos.

Stella apretó los labios, que sin embargo temblaron levemente en los bordes.

—Tus halagos no te servirán de nada, aunque es cierto que tengo una idea. Tal vez no sirva de nada, pero…

—Lo intentaremos esta noche —dijo Carola y se puso de pie de un salto.

Antes de que pudiera evitarlo, envolvió a Stella en un abrazo que sorprendió a las dos.

—No puedo decirte cuánto te agradezco todo lo que has hecho por mí —murmuró Carola.

—No hay por qué, yo también me divertí bastante.

Carola se alejó de ella, todavía sin soltarla.

—Te voy a extrañar.

—Yo también —respondió ella y se miraron durante unos minutos más antes de que sonara el timbre.

—Leopoldo —dijeron ambas a la vez antes de que Carola se dirigiera a la puerta.

—Veo que hoy los ánimos están mejor —comentó el rubio mientras entraba en el comedor y se derrumbaba sobre su sillón favorito.

—Sí —confirmó Carola—, esta noche lo intentaremos de vuelta.

—¿Me abandonas? —Leopoldo se llevó una mano al pecho y agrandó los ojos.

—Me olvidarás en seguida. —Rio Carola.

—Con la otra aquí, no lo haré.

Carola se tensó y Stella levantó la cabeza como un resorte para mirarla. Leopoldo no estaba prestando atención a ninguna de las dos.

—Claro —murmuró Carola y con una excusa se dirigió a la cocina.

Poco después, apareció Stella.

—No le hagas caso, no piensa mucho lo que dice.

—Ya lo sé —dijo Carola con tristeza—, siempre lo supe, pero…

—Uno anhela el calor humano, no hay nada de malo en ello.

—Estoy bien —repitió Carola—, no te preocupes por mí.

Cuando llegaron a la cueva esa noche, poco después de que oscureciera, se encontraron con Rocco sentado a la entrada.

—¿Qué haces tú aquí? —Se adelantó Stella.

—Solo estoy como observador.

—No creo que necesitemos público —opinó Leopoldo.

—Está bien —dijo Carola a la vez que se interponía entre Rocco y sus amigos—, no me importa.

Rocco le sonrió y luego entró en la cueva el primero. Los demás lo siguieron, algunos a regañadientes. Él se quedó sentado en un rincón durante la primera parte.

Había varias ideas que Stella quería probar, pero la presencia de Rocco parecía ponerla nerviosa y tenía que revisar las instrucciones varias veces antes de decírselas a Carola. Después de que todas fallaran, Stella comenzó a relatar su última idea. Rocco se puso de pie de repente y se acercó a ellos.

—No puedo dejar que hagas eso.

—¿Qué? —Stella se volvió hacia él—. ¿Para eso estás aquí?

—Estoy para observar y para evitar que hagan algo tan peligroso como lo que estás proponiendo.

—Si tienes miedo, puedes irte. —Sonrió Leopoldo.

—No temo por mí, creo que no saben las consecuencias que podría tener este acto —clavó su mirada tranquila en Stella—, afectaría no solo a este portal sino a todos los que estén cerca en un radio bastante amplio.

—Ninguno de ellos funciona —dijo Carola.

—No puedes estar segura de ello, como no puedes estar segura de que no haya otros. —Rocco volvió a dirigirse a Stella—. ¿Qué sucedería entonces? ¿Qué pasa si varias personas hacen el cambio, incluso algunas que no lo desean?

—Ninguna que no lo desee puede viajar —explicó con desdén Stella.

—En la práctica normal no, pero con lo que tú estás proponiendo…

—Debo intentarlo —interrumpió Carola—, no puedo quedarme aquí más tiempo.

—Busquen otra forma —insistió Rocco.

—No la hay —enfatizó Stella.

—Siempre la hay.

—Creo que ya es momento de que te vayas —dijo Leopoldo a medida que avanzaba hacia Rocco.

Este, con un solo gesto de la mano, lo lanzó por los aires e hizo que chocara contra una de las paredes rocosas. Leopoldo se quedó inconsciente en el suelo. Carola jadeó y retrocedió un paso, pero Stella sacó un arma que llevaba en el bolsillo y apuntó al pecho de Rocco.

—No puedo dejar que consigan esto —expresó él con calma.

—Carola —dijo Stella sin despegar la mirada de Rocco—, sigue las instrucciones que te he dado.

—No puedo dejarlas hacerlo.

—Tal vez… —Carola vaciló.

Stella titubeó, pero volvió a poner firme el brazo.

—¿Dudas?

—No —dijo Carola—, pero tal vez deberíamos atarlo.

Stella sonrió.

—Buena idea.

Una vez que Rocco estuvo maniatado cerca de donde yacía Leopoldo, Carola y Stella devolvieron su atención al portal. Carola se concentró en seguir las instrucciones de su amiga por encima de la voz de Rocco, que no dejaba de intentar detenerlas.

Al principio, se sentía igual que las demás veces. La vibración, el cosquilleo en el aire frente a ella y a su alrededor. El tirón que sentía en el estómago como anticipación de aquella luz titilante que solía revolotear ante ella antes de posarse en el portal y hacer que se abriera. Sin embargo, cuando Stella la tomó de las manos y la dirigió hacia lo que debía hacer en esa oportunidad, el temblor se convirtió en una sacudida y todo el piso se movió bajo ella.

—¡Deténganse! —gritó Rocco, con la primera muestra de nerviosismo que había visto Carola en él hasta ese momento.

Pero Stella la impulsó a seguir y Carola, que ya había visto la luz

acercarse y apoyarse sobre la herida del portal como una mariposa, se apresuró a hacerle caso. El viento se levantó a su alrededor y se sintió un ruido de fractura cuando el portal comenzó a abrirse. Sintió también que las manos de Stella se separaban de las de ella.

Rocco se había liberado de alguna forma y estaba con las manos alrededor del portal, tal vez tratando de cerrarlo. Carola no sabía qué estaba haciendo, pero sintió la resistencia.

—¡No te detengas! —exclamó Stella, que se había lanzado sobre Rocco y trataba de contenerlo.

Carola intentó volver a concentrarse, pero le era difícil con los ruidos de forcejeo entre Stella y Rocco.

—¡Ahora! —alcanzó a decir Stella.

Carola se puso de pie automáticamente, iba a ayudar a su amiga, cuando del otro lado del portal vio el ceño fruncido de la otra Carola.

—¡Ve! —gritó Stella.

Carola dio un paso adelante y se vio lanzada hacia atrás, Rocco se había interpuesto en su camino. Volvió a aplicar las manos alrededor del portal y este comenzó a cerrarse. Sin duda, con la ayuda de la otra Carola.

—¡No! —gritó esta Carola y se concentró en la ropa de Rocco, que se prendió al instante.

Con un gesto impaciente, él apagó las llamas, pero ese segundo bastó para que Stella se pusiera en su camino y permitiera que Carola se acercara al portal.

—No, así no, si te vas de esta forma…

Pero Carola no alcanzó a oír lo que decía. Stella había vuelto a ponerse en el medio. Rocco había hecho otro gesto, esta vez más furioso, y Carola vio cómo Stella se estrellaba contra otra de las paredes de la cueva.

—Stella —murmuró y vaciló en medio del portal.

Sintió que Rocco tiraba de ella y que la otra Carola la empujaba.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas y el portal estalló a su alrededor. El aire se partió en miles de pedazos que se cayeron con fuerza sobre ella a la vez que su cuerpo golpeaba el piso.

Antes de que fuera capaz de despejar su cabeza o hacer cualquier otro movimiento, sintió que unas manos tiraban de su pelo y de su ropa.

Capítulo XXIV

CAROLA SINTIÓ CÓMO LA LEVANTABAN del suelo unos centímetros y la arrojaban contra el costado de la cama. Luego presionaban su cuerpo hacia abajo, sintió una rodilla clavada en la espalda y luchó por liberarse.

—Te dije que no volvieras —susurró el aliento caliente de la otra Carola en su oído.

Carola se removió con fuerza, pero fue incapaz de liberarse y poco después perdió el conocimiento. Cuando se despertó, notó que la estaban arrastrando escaleras abajo. Le llevó varios minutos entender dónde estaba. Solo recordaba haber estado una vez allí antes. Estaban en el sótano del edificio donde vivía.

«¿Qué tiene esta mujer con los sótanos?».

Se dejó arrastrar mientras veía hacía dónde la llevaba la otra y planeaba qué podía hacer para liberarse. Le dolía todo el cuerpo, aunque ninguno de sus miembros gritaba de dolor como para que pensara que se había roto algo, aunque sí sentía que había sangrado por varios lugares y en algunos de ellos la sangre ya estaba seca.

La otra Carola la había soltado momentáneamente para revisar entre unas cajas que parecían llenas de basura y otras cosas en desuso. Carola trató de comprobar sus músculos sin que se notara que ya había despertado y calculó que le costaría horrores levantarse. Pero no tenía otra opción: debía dejar inconsciente a esa Carola si quería huir. Era obvio que no podría presentar pelea en ese momento.

Vio unas cuantas maderas cerca, que en algún momento habrían sido parte de una caja. Se preguntó si realmente tendría la fuerza suficiente para golpearse a sí misma en cierto sentido. Le costó reprimir la risa cuando recordó que la otra no había tenido ningún problema en hacerlo por su parte.

Se acercó con sigilo hacia una de las maderas y, cuando la tuvo en la mano, se concentró en la ropa de la otra Carola.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que eso no funcionará conmigo? —dijo ella a la vez que se daba la vuelta y, con un gesto despreocupado, apagaba las llamas. Se acomodó la ropa—. Solo habrás arruinado un…

Pero no pudo terminar, porque Carola había aprovechado el momento en que bajó la vista para darle un golpe en el costado de la cabeza con la madera. La otra Carola cayó al piso de inmediato y una línea de sangre cayó por su sien.

Carola se puso de rodillas y jadeó con fuerza. No había ninguna parte de su cuerpo que no le doliera. Se acercó a la otra Carola con cautela y le tomó el pulso. Suspiró.

Miró alrededor.

«¿Qué hago? ¿Qué hago? No puedo volver a mi departamento y no puedo abrir un portal ahora. —Suspiró otra vez, la vista había comenzado a nublársele—. Tampoco puedo dejarla aquí… —la miró de reojo—, aunque tal vez sí».

Se puso de pie con rapidez y reprimió otro gemido. Subió hasta su departamento y agradeció no haberse cruzado con nadie. Cuando llegó a su dormitorio, se dio cuenta de que se debía a que estaban en medio de la noche. Había varios cambios en su casa, pero no podía prestar atención a ello ahora, tenía que irse lo antes posible.

Recogió en un bolso un poco de ropa, su cartera y algo de dinero de reserva y pasó por el baño para mirarse en el espejo. Tenía algunas magulladuras en la cara, pero nada demasiado grave. Algunas personas la mirarían con inquietud, pero estaba segura de que nadie le preguntaría nada. Lamentablemente, así era el mundo.

Antes de tener tiempo de pensarlo, se marchó. Encontró un pequeño hotel no muy lejos de su casa y pasó el resto de la noche allí. Aunque fue poco lo que durmió, no podía demorarse mucho, tenía que terminar lo que había empezado y expulsar a la otra Carola. A su mente acudieron las imágenes de Leopoldo y Stella inconscientes en la cueva.

—No puedo dejar que eso haya sido en vano —murmuró antes de forzarse a dormir, aunque fuera unas horas.

Cuando se levantó al día siguiente, se sentía bastante mejor, aunque aún le dolía todo el cuerpo al moverse. Por suerte, la cara no se le había hinchado y solo eran visibles algunos raspones. Lo que más le dolía era el cuero cabelludo, que le ardía como si hubieran tratado

de arrancárselo.

Después de una ducha y un cambio de ropa, prendió el televisor. No estaba segura de qué día era ni cuánto tiempo había pasado desde que se fuera. Tuvo que cambiar varias emisoras antes de encontrar esa información. Estaban a jueves y hacía un mes desde que se había marchado.

—Un mes —murmuró—, no es tanto.

Pero sí lo era si no sabía lo que había hecho la otra. Un mes era suficiente para destruir una vida, aun una que tuviera tan poco como la suya.

Desayunó en el hotel y luego se animó a ir a la oficina. Antes había tenido cuidado de comprarse una peluca y unos anteojos de sol. Por un momento, había temido que la otra se hubiera gastado todos sus ahorros, pero descubrió que tenía todavía más que antes. No había duda de que a la otra le gustaba vivir con comodidades. Entonces, ¿por qué no se había ido de ese pequeño departamento?

Carola sacudió la cabeza, no importaba comprender eso en aquel momento. Creyó que tal vez no iría más a la oficina, si era que todavía conservaba el trabajo, pero de todas formas se camufló y esperó en la vereda de enfrente, mientras veía a los demás salir para comer al mediodía. Vio a Nina con un grupo de personas y no se animó a acercarse, pero Giorgio iba solo, con el ceño fruncido.

Carola se acercó a él mientras caminaba apurado, para combatir el frío, hacia una casa que vendía comida por peso. Carola pensaba que no, pero Giorgio se había dado cuenta de que lo seguían porque, antes de entrar al local, se inclinó hacia un lado con rapidez y luego se dio la vuelta en la otra dirección.

—¿Por qué me sigues? —le dijo a apenas unos centímetros de distancia.

—Yo…, yo… —titubeó ella.

—¿Carola? —preguntó con extrañeza Giorgio.

—Sí —respondió ella con cierto alivio.

—¿Qué te sucedió?

Carola miró hacia ambos lados.

—¿Podemos hablar? ¿En otro lugar?

—Claro —dijo él, todavía con un gesto serio.

Caminaron en silencio hacia un café cercano y se sentaron lejos de las ventanas, casi escondidos tras una enorme planta de plástico.

Carola se había preparado una historia durante su viaje hacia la oficina, pero no estaba segura de que fuera a creerle. ¿Quién creería semejante disparate? Pero no se le ocurría qué más podía hacer, tenía que encontrar una explicación plausible para todo ello.

—No sabía que tuvieras una hermana —dijo Giorgio cuando terminó de relatar su extravagante historia— y menos una gemela.

—Es algo de lo que no me gusta hablar —bajó la vista Carola—, ella no está muy bien… Digamos que tiene pensamientos extraños.

—Eso no hace falta que me lo digas. —Giorgio se tiró hacia atrás en la silla, se veía aliviado en cierta forma—. Por eso nunca hablas de tu familia.

Carola se encogió de hombros.

—Es complicado —sonrió fugazmente—, a veces ni siquiera es creíble.

—Es increíble que le pase a uno, pero esas cosas pasan en la realidad también, no solo en las películas. Y ella, hasta ahora, estuvo…, mmm, ¿internada?

—No realmente, estaba con medicación, pero a veces…

—Sí —asintió Giorgio y se quedaron en silencio unos minutos—. ¿Ella te hizo eso?

Carola se llevó una mano a la mejilla y se ruborizó con furia.

—No hay de qué avergonzarse, Carola —Giorgio hablaba con calma y un tono bondadoso—, no es culpa de nadie, tu hermana está enferma y necesitas ayuda para tratar con ella. ¿Qué hay de tus padres?

—Ellos te dirían que no tengo hermanas —murmuró Carola.

«Porque es cierto, soy hija única, pero no importa, nunca los conocerás, hace tantos años que no hablo con ellos que ya ni siquiera sé dónde viven».

—Eso es muy duro —dijo Giorgio con el ceño fruncido—, habrá sido difícil para ellos, pero no deberían haberte dejado sola con este problema.

Carola se encogió de hombros.

—No importa, solo quiero… —suspiró—, quiero solucionarlo, pero no sé qué estuvo haciendo ella en estos días… mientras yo encontraba un lugar donde…, donde pudieran atenderla.

—No te preocupes —Giorgio extendió el brazo y le apretó la mano, tenía una palma grande y cálida, Carola sintió un escalofrío—, yo te

ayudaré. No fue tan grave de todas formas, pronto arreglaremos todo, ya lo verás.

—Gracias —susurró Carola.

Se quedaron en el café hasta que la hora de Giorgio de almorzar se terminó y un poco más. Este le contó todo lo que había sucedido en la oficina durante el último mes y Carola se sonrojaba cada vez más. Giorgio hablaba con lentitud, se notaba que estaba intentando que no le afectara tanto, pero era imposible no ver el desastre que la otra había hecho en su vida. Prácticamente, tendría que disculparse con todas las personas del edificio y su jefe… ¡Cómo podría volver a mirarlo a los ojos después de que los encontraran a ella y a él casi desnudos en su oficina!

—Siempre supe que no eras tú —confesó Giorgio cuando ya estaban terminando—, desde esa vez que fui a cenar a tu casa.

Carola se sonrojó otra vez y cerró los ojos.

—Lo siento —siguió Giorgio—, solo fue una cena, pero me bastaron unos minutos para saber que no eras tú. Aunque no se me ocurría ninguna explicación para su comportamiento.

—Lo lamento —susurró Carola.

—No te disculpes, por favor, no fue culpa de nadie. ¿Quieres que te acompañe?

Carola levantó la mirada hacia él y tardó unos segundos en darse cuenta de lo que le preguntaba.

—No, será mejor que vaya sola, se pondrá peor si hay otras personas.

Giorgio la miró con un gesto serio.

—Podría lastimarte otra vez.

—Lo sé, pero debo intentarlo, será más fácil así —forzó una sonrisa—, no te preocupes. En verdad te agradezco que te tomaras el tiempo de…

—No, no, no me agradezcas nada, estoy feliz de poder ayudar un poco al menos. Solo quiero que me prometas que me llamarás si necesitas algo más —extendió una tarjeta hacia ella—, este es mi número.

—Gracias —repitió Carola y se lo guardó con rapidez—. Ella todavía… ¿viene a la oficina?

—Muy pocas veces y se queda un par de horas a lo sumo. Creo que tendrás más suerte de encontrarla en tu departamento.

—Sí —asintió Carola—, pero lo que estaba pensando era que… me gustaría hablar con Nina, tú sabes…, para explicarle.

—Claro —dijo Giorgio mientras se ponía de pie—, ¿por qué no le digo que se encuentre aquí contigo? Seguro que puede salir unos minutos.

—Gracias —repitió una vez más Carola mientras observaba cómo Giorgio salía del bar y se alejaba por una calle llena de gente que no miraba más allá de su nariz.

Carola regresó al hotel feliz de haber hablado con las dos personas que ocupaban uno y otra vez sus pensamientos cuando estaba en el otro mundo. Ambos se habían mostrado muy bondadosos y comprensivos y ella se reprendió a sí misma por no haber notado antes que tenía a esas personas a su lado.

Ahora sabía la dimensión del desastre que había hecho la otra, pero también que sería capaz de resolverlo. Serían unos días terribles al principio, pero pronto todo se olvidaría, estaba segura de ello. El saber que ni Nina ni Giorgio habían creído que esa fuera ella le daba una fuerza que creyó que no conseguiría sin la compañía de Stella o Leopoldo.

Cuando pensó en ellos, volvió a preocuparse. ¿Qué les habría pasado? ¿Qué habría hecho Rocco después de que ella se fuera?

Carola cerró los ojos y sacudió la cabeza con fuerza. No podía pensar en ello, no tenía tiempo que perder, debía concentrarse en la otra Carola. Nina y Giorgio habían dicho que no se parecían en nada, pero Carola sabía que no era cierto, se parecían en todo o casi. Ella era mucho más fuerte y sabía lo que estaba haciendo, sí, de eso no había dudas. Entonces, ¿cómo haría para vencerla?

Pasó el resto de la tarde y parte de la noche acostada boca arriba pensando en aquello. Su pensamiento iba desde cómo vencer a la otra a cómo abrir el portal. El hecho de que hubiera estallado… ¿quería decir que se había quemado para siempre? ¿Realmente había estallado o solo le había parecido así? ¿Había sido ella o Rocco?

No tenía forma de saberlo ni tampoco de descubrirlo estando allí tirada en la cama. Se puso de pie de un salto y se preparó para salir.

—Por más que espere, nunca estaré lista.

Llegó a su departamento pasada la medianoche. El edificio estaba casi a oscuras, eran pocos los que todavía estaban despiertos y nadie cercano a su piso. Las ventanas de su propia habitación también estaban a oscuras, pero Carola no se engañaba, estaba segura de que la otra estaría allí y estaría despierta. Tal vez la estuviera esperando,

aunque lo más probable era que estuviera investigando la forma de expulsarla a ella, pero no podía darle el tiempo para que lo averiguara.

Entró al edificio con decisión y se dirigió hasta su departamento. Cuando llegó a él, encontró la puerta abierta. La empujó con cautela, el interior estaba en penumbras, se insinuaban las llamas de velas desde su dormitorio.

—Entra —llamó la otra Carola y ella sintió un escalofrío—, ya es hora de que terminemos con esto.

Carola se dirigió con cuidado hasta su habitación y la observó desde el otro lado del umbral. La otra Carola estaba sentada en el centro, rodeada de velas. Había corrido los muebles contra las paredes, aunque el espacio era reducido. Levantó la vista hacia ella.

—Eres más insistente de lo que había creído.

—Soy tan insistente como tú —dijo Carola sin moverse.

La otra sonrió.

—Claro. Ven, siéntate. Tratemos de solucionar esto pacíficamente.

«Lo dudo».

Sin embargo, se acercó a ella y se sentó a cierta distancia, con los ojos entornados.

—Supongo que quieres retomar tu vida —dijo la otra.

—Sí.

—Pues yo no volveré allí —sonrió la otra—, creo que sabrás por qué.

—Claro que sí —Carola sintió que se le endurecía la voz—, pero esa es la vida que tú misma creaste.

La otra se encogió de hombros con indiferencia.

—Puedo hacer otras, todas las que quiera.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente, que no voy a volver allí y, por lo que veo, tú tampoco. No podemos quedarnos las dos en el mismo mundo. Entonces hay una sola solución —sonrió con una dulzura que le dio asco a Carola—: me iré a un mundo diferente.

—¿Puedes hacer eso?

—Puedo hacer lo que quiera.

—¿Lo harás?

La otra Carola frunció los labios.

—Estoy cansada de pelear, no hay motivo cuando puedo tener lo mismo en cualquier otro lugar. ¿No lo crees?

Carola asintió con cautela.

—¿Por qué me dices esto?

La otra ladeó la cabeza con curiosidad.

—Porque necesito tu ayuda, ¿por qué más?

—Creí que podías hacer lo que quisieras.

La mirada de la otra Carola se endureció y luego se relajó, aunque su cuerpo seguía en tensión.

—Todos tus intentos, sobre todo el último, hicieron un gran daño al portal, necesitaremos estar las dos para poder volver a abrirlo.

—Y cerrarlo —agregó Carola—, para siempre.

—¿Para siempre? —preguntó la otra con una inocencia con sabor a fingida—, ¿no quieres volver a ver a tus amigos?

—No quiero volver a verte a ti.

—Pero yo no voy allí.

Carola vaciló.

—Entonces sellaremos cualquier lugar al que vayas.

La otra frunció los labios.

—Eso realmente no te garantiza nada.

—¡No importa!

—Está bien, lo haremos a tu manera —suspiró la otra con exasperación—, solo quiero que nos separemos y que cada una siga su vida en paz.

—Después del desastre que causaste aquí —gruñó Carola—, ¿cómo puedes…?

La otra levantó la mano con la palma hacia afuera.

—Antes de quejarte, mira bien lo que he hecho, hay muchas mejoras en tu vida…

Carola negó con la cabeza.

—No tienes idea —dijo la otra con algo de desprecio en su voz—, has desperdiciado tanto. ¿Acaso me vas a decir que nada de lo que había en mi vida te gustó?

Carola apretó los labios, por un momento recordó la voz de Rocco preguntándole algo similar y después lo vio en la cueva, de pie sobre los cuerpos inconscientes de Stella y Leopoldo.

Inspiró con fuerza.

—No perdamos el tiempo —dijo Carola mientras trababa de recuperar la calma, no iba a decir lo que en verdad pensaba, pero se ocuparía de revisar todo lo que ella había hecho en su vida y ver qué debía deshacer y qué no—, ¿qué debo hacer?

La otra sonrió.

—Déjame a mí, yo te guiaré.

Carola sintió un escalofrío que le bajaba por la columna, pero no le quedó otra opción que asentir, al menos de momento.

Las instrucciones parecían ser sencillas, como si la otra las hubiera preparado especialmente para ella, que no entendía todavía bien cómo funcionaban sus habilidades. Pero cada vez que las ejecutaba, no podía dejar de sentir un tirón en su estómago.

Poco a poco, fueron avanzando a través de la noche, las horas se extendían como si quisieran estar seguras de que tenían todo el tiempo posible para la tarea. Carola comenzaba a cansarse, aunque la otra no mostraba signos visibles de agotamiento. Por un momento, pensó que le estaría dando las tareas más agotadoras a propósito; poco después, estuvo segura. Era la forma más sencilla de sacársela de encima, entonces ¿por qué toda la parodia de irse a otro mundo? ¿Estaría en realidad abriendo un portal a su propio mundo para regresarla a ella? ¿Cuál era la necesidad de que estuviera allí? ¿Algún tipo de equilibro del cual ella no estuviera al tanto?

Carola apretó los labios y rogó por que su expresión no transmitiera sus pensamientos. Tenía los ojos cerrados y se negaba a abrirlos, no quería ver la sonrisa en el rostro de la otra. Era tan retorcido ver su propio rostro sonriéndole al tratar de lanzarla a un infierno. Al contrario, trató de prepararse para lo que siguiera, cuando se abriera el portal. Sabía que la otra intentaría lanzarla por él, pero ¿cómo detenerla? ¿Cómo? ¿Sería posible que ella tuviera la fuerza necesaria?

No tuvo mucho tiempo para discernirlo, ya que poco después comenzó a sentir el temblor en el aire y sus párpados cerrados se iluminaron con el resplandor que apareció en su dormitorio. Abrió los ojos para encontrar a la otra Carola con la vista fija en ella y una sonrisa en sus labios. El portal estaba abriéndose a sus espaldas.

¿A sus espaldas?

«No, ella no puede ser tan tonta como para que se abra allí. ¿Acaso tan segura está de sí misma? Pero si no está ahí, entonces ¿dónde?».

Reprimió un escalofrío cuando sintió que una brisa le sacudió el pelo de la nuca. Se levantó a medias, antes de sentir las manos de la otra Carola sobre sí, pero lo suficiente para dañar su equilibrio y evitar que la lanzara por el portal que estaba a su espalda. Vio el otro desaparecer en un instante.

—Un reflejo —murmuró, pero no tuvo tiempo de pensar más, la otra ya estaba sobre ella.

Carola hizo levitar todo lo que encontró a su alcance y lo lanzó contra la otra. Todavía no había llegado a dominar esa habilidad, por lo cual muchas cosas impactaron sobre su cabeza, pero las ignoró. Intentó otra vez prenderle fuego a las ropas de la otra Carola, pero esta ya estaba sobre ella y le estaba drenando la energía de alguna forma.

—¡No! —Carola la empujó con todas sus fuerzas y la otra tropezó contra algunas de las cosas diseminadas por el piso.

Carola aprovechó para situarse detrás de ella y tratar de empujarla por el portal, que comenzaba a titilar. La otra se resistió y le arañó los brazos, las manos y la cara. Carola cambió su posición y echó un vistazo al portal. Había alguien allí.

—¿Stella? —susurró y en ese momento sintió que la otra se zafaba de su agarre y la empujaba contra la cama.

La visión se le nubló a los costados y sintió que algo ácido ascendía desde su estómago por la garganta. Se esforzó por mantener la boca cerrada y volver a ponerse de pie.

—Ya basta —ordenó una voz de hombre y Carola vio que el que estaba del otro lado era Rocco, su gesto era severo.

La otra Carola se detuvo a mitad del movimiento, su rostro reflejaba sorpresa y, durante unos breves segundos, se mantuvo inmóvil. Carola aprovechó para lanzarse contra ella y empujarla con todo su cuerpo hacia el portal. La otra intentó sostenerse de los lados, pero unas manos del otro lado tiraron de ella.

Carola la empujó con todas sus fuerzas, tratando de retener los pies que se agitaban como locos del otro lado del portal. Pudo a ver a Rocco tirando desde el otro lado.

—Ya basta —decía él—, este paseo se terminó, es hora de que todo vuelva a la normalidad.

—¡No tengo por qué ser yo! —gritaba la otra como loca—. Puede

ser ella, solo una de nosotras tiene que estar aquí, solo una.

—Es cierto —respondió Rocco, extrañamente con mucha calma—, por eso basta solo contigo.

Hizo un gesto hacia el portal y Carola tuvo solo un segundo antes de dar un paso atrás. Creyó ver una sonrisa en el rostro de Rocco, pero no podía estar segura. El portal estalló en mil flagrantes pedazos frente a ella, hasta que solo quedaron finas cenizas que se esparcieron por la habitación.

Carola se cayó al piso, jadeando. Se quedó mirando el fino polvo que cubría el suelo hasta que se quedó dormida.

Todo había terminado.

Capítulo XXV

CUANDO SE DESPERTÓ, ya era de día. Podía ver la resolana que se filtraba por las finas rendijas de la persiana baja. Se puso de pie de un salto y casi volvió a caer al piso, se sostuvo como pudo de la cama que estaba contra la pared.

Su dormitorio era un desastre, estaba todo revuelto y la ceniza se expandía por varios lugares. Carola frunció la nariz. Sin pensarlo siquiera, se puso a limpiar en forma frenética. Terminó hacia el mediodía y entonces entró a bañarse. No fue hasta que estuvo sentada en la bañera llena de agua que intentó pensar en lo que había sucedido. Todo había ido como lo suponía, ella había tratado de engañarla y solo podía confiar en que tuviera la fuerza para tirarla del otro lado, pero entonces había aparecido Rocco. ¿Por qué la había ayudado? ¿Por qué había colaborado con ella todo ese tiempo? No tenía idea y sabía que nunca llegaría a preguntarle; así como tampoco lograría saber qué había sido de Stella ni de Leopoldo.

¿Podía estar realmente segura de que ningún otro portal a ese mundo podría volver a abrirse? Por un lado, dudaba de que la otra Carola se tomara el trabajo de venir a buscarla, pero también sabía que querría vengarse, querría salirse con la suya.

Suspiró y hundió la cabeza en el agua ya casi fría. No había forma de resolver ese enigma, lo único que podía hacer era continuar con su vida.

—Arreglarla —musitó.

Y tratar de estar preparada por si ello llegaba a ocurrir.

Se tomó los dos días siguientes para tratar de situarse en todo lo que había ocurrido en su mundo desde que se hubiera ido. Incluso invitó a Nina y a Giorgio a su departamento para una cena, para que le contaran todo lo que había sucedido y qué era lo que tendría que

arreglar cuando volviera a la oficina, si es que realmente tenía todavía un trabajo.

Cuando los iba a llamar, se dio cuenta de que no tenía el teléfono de ninguno de ellos, ni siquiera el de Nina. Tuvo que localizarlos a través de la oficina. Los dos, aunque asombrados por la invitación, se mostraron con muchos ánimos de ir a cenar con ella. Carola preparó el encuentro lo mejor posible, aunque no se animó a cocinar.

La cena fue mucho mejor de lo que había planeado y se tranquilizó al saber que su regreso a la oficina no sería tan difícil. Nina y Giorgio ya se habían encargado de transmitir la noticia sobre su hermana y todos se habían mostrado dispuestos a creer aquello, ya que era mucho más fácil que lidiar con un cambio de actitud tan radical por parte de Carola.

«Aunque sí es cierto que cambié, que será distinto la próxima vez que vaya».

—Estamos esperando que vuelvas —dijo Nina con una sonrisa—, estoy segura de que muchos están deseosos de escuchar los detalles, pero no les hagas caso. Al contrario, aprovecha la fama para pedir algo más. Siempre creí que deberían haberte ascendido hace tiempo. Creo que eso fue lo único bueno que hizo tu hermana.

Carola se atragantó con la bebida, pero lo disimuló detrás de una tos. Giorgio rozó el dorso de su mano y le sonrió.

—Estoy bien —dijo Carola—, ¿cómo se lo tomó el jefe?

—Al principio le sorprendió, pero no mucho, él también cree que estás para mucho más, así que no veo por qué eso habría de cambiar, ¿no?

—Creo que tienes razón —opinó Carola—, eso no tiene por qué cambiar —echó un vistazo rápido a Giorgio—, pero otras cosas sí.

Los ojos de Nina se iluminaron, pero no hizo ningún otro comentario que no fuera sobre la comida.

—Hay pocos locales cerca de mi casa con comida tan buena como esta.

Carola se ruborizó.

—Bueno, es que… no cocino mucho…

—Ni falta que hace ahora —hizo un gesto con la mano Nina—, a mí solo me gusta cocinar postres, aunque nunca los como.

La conversación siguió por caminos similares durante el resto de la noche. Cuando se despidieron, a Carola le quedaba todo un fin de

semana antes de tener que volver a su rutina habitual.

—No —dijo en voz alta—, no a la rutina, no más rutinas.

Ese fin de semana lo pasó gran parte en la calle, hacía tanto tiempo que no se dedicaba a pasear simplemente que le sorprendió todas las novedades que había encontrado en su propio barrio.

Al día siguiente, aunque fuera domingo, se sorprendió prendiendo su *notebook* y jugando con varias ideas para el trabajo. Había mucho que le emocionaba, incluso algunas cosas que había visto en el otro mundo, que no entendía completamente, pero sí había podido admirar su belleza y le habían disparado el pensamiento «¿y si…?».

A la mañana siguiente, se despertó unos minutos antes que el despertador y se levantó de la cama al instante. Luego de lavarse la cara y los dientes, abrió las puertas del ropero, no tenía ni idea de qué ponerse ese día. Al final, optó por salir al balcón y sentir el aire sobre ella antes de decidirse.

Después de desayunar, decidió ir al trabajo por otra ruta. Ya estaba cansada de sentarse en el mismo colectivo, con las mismas personas alrededor y hacer siempre el mismo camino. Tendría que haber otra forma de llegar, aunque le demorara más. Nadie le diría nada por unos minutos de tardanza, ¿o sí?

Cuando llegó a la oficina, todas las miradas cayeron automáticamente sobre ella y ella acusó su peso enseguida, se encogió de hombros y desvió la vista. La gente murmuraba a su alrededor y se esforzó por no escucharlos, le comenzó a faltar la respiración.

«Todo es como antes o peor. ¿Por qué pensé que sería tan fácil que cambiara?».

Llegó a su piso y caminó automáticamente hacia su escritorio, el cual encontró vacío. Se detuvo de inmediato, paralizada.

La gente la estaba mirando, lo sabía, pero no era capaz de moverse ni de emitir ningún sonido.

«Para nada fácil, tal vez ni siquiera pueda…».

—¡Carola! —Sonó la voz de Nina y la vio levantando los brazos desde la otra esquina del piso—. Por aquí.

Carola caminó hacia ella, por fin en movimiento ahora que sabía lo que tenía que hacer.

—Esta es tu oficina ahora —le indicó Nina señalándole un despacho pequeño, pero privado.

—Ah.

Nina la empujó dentro.

—No te preocupes, se acostumbrarán —le guiñó un ojo—, todos nos acostumbraremos.

Al mediodía, Giorgio pasó por allí para invitarla a almorzar y ella estuvo a punto de negarse. A punto.

—Sí, claro —aceptó con una sonrisa, aunque todo su cuerpo en tensión irradiaba el dolor que sentía en el estómago.

Ignoró la sonrisa que le dirigió Nina y la mirada de todo el resto del piso mientras caminaba hacia el ascensor con Giorgio. Una vez que las puertas se cerraron, este sonrió y le tendió la mano.

—No fue tan difícil, ¿no? Siempre puedo volcarte algún vaso de agua encima, para que veas que no es tan grave.

Carola frunció el ceño un momento y rápidamente recordó. Se rio mientras tomaba la mano de Giorgio.

—Bueno, un vaso de agua siempre despabila.

Capítulo XXVI

ESA SEMANA PASÓ COMO UN SUSPIRO y, a la vez, en cámara lenta. Carola se encontró estudiando cada una de sus decisiones. Pensando cada vez que contestaba a algo o se decidía por hacer o no algo. Hacía muchos años que no prestaba tanta atención a cada instante del día. Y eso había logrado ese extraño efecto de parecerle a la vez más largo el tiempo y más corto. También le daba la sensación de que sus días estaban más llenos, había más cosas que sucedían desde que se levantaba a la mañana hasta que se acostaba a la noche, aunque no fuera más que la cantidad de horas habitual que pasaba afuera. La única diferencia había sido ese viernes, que otra vez habían salido con la gente de la oficina, ahora un grupo más nutrido, a tomar algo. Carola se sorprendió al darse cuenta de que recordaba el nombre de varios y hasta podía hablar con ellos sin sentirse rara, sin sentirse observada, no lo era más que los demás.

Sin embargo, había pasado casi todo el tiempo con Giorgio, con quien también había almorzado casi todos los días de esa semana y quien la había acompañado hasta su casa hacía solo unos minutos. Todavía no estaba segura de lo que significaba todo aquello, aunque lo intuía. Era mejor dejarse llevar, simplemente dejar que los instantes transcurrieran uno detrás del otro.

También había descubierto que estaba más que cómoda con su ascenso. Había recuperado la razón por la cual había elegido su línea de trabajo: deseaba ser creativa y para crear tenía que salirse de la rutina. ¿Para qué revisar cada uno de los *mails* que recibía todas las mañanas? En realidad, no había tal necesidad y nunca supo cómo había quedado atrapada en ello, pero le fue muy difícil liberarse. Los primeros días hasta tuvo que apagar la computadora para poder alejarse de la tentación de liberar su bandeja de entrada. Y aquello también había liberado a los demás. Su jefe, feliz de tenerla de regreso con una actitud renovada, aprobó el gesto. Hasta instauró una reunión

semanal donde nadie debía llevar la computadora, ni el teléfono, ni nada que no fuera lápiz y papel y podían dejar vagar su imaginación en busca de la próxima imagen para sus publicidades.

Ese fin de semana no tenía nada programado, más allá de encontrarse el domingo con Giorgio. Y estaba emocionada por ello. Ya no sentía rechazo a los sábados que antes estaban destinados a compras y limpieza, ahora podía usarlos para lo que le daba ganas ese día, aunque realmente tuviera deseos de ir de compras.

Se acostó con el sentimiento de una semana bien vivida, la primera en años que podía recordar con nitidez, y se durmió casi al instante. Se despertó a media noche, un resplandor se empecinaba en atravesar sus párpados. Cuando abrió los ojos, algo desorientada, vio el portal titilando en medio de su pieza. Solo era una rendija, pero lo suficiente para ver del otro lado.

—No, no —susurró, pero era incapaz de moverse.

Las figuras del otro lado parecían estar moviéndose y eran más de una. Carola relajó los dedos que estaban aferrando la manta y se levantó de la cama, aunque no se acercó mucho al portal. En ese momento, la otra apareció del otro lado.

Carola dio un paso atrás.

La vio gesticular con las manos y la boca, pero era imposible escuchar lo que decía, no había ningún sonido. Carola, con el estómago encogido, entornó los ojos. Detrás de la otra Carola estaba Leopoldo y miraba a la otra igual que la había mirado a ella.

—Realmente le da igual —musitó.

La otra se acercó al portal y gesticuló con fuerza, pero la mirada de Carola se endureció.

—No, esta vez no pasarás.

La otra pareció sentirlo, porque su gesto cambió a uno de aturdimiento y frunció el ceño. Golpeó la superficie del portal, su mano no lo podía atravesar. Golpeó con más fuerza y comenzó a gritar, aunque Carola no podía escuchar sus gritos.

—No, ahora no vas a pasar —sonrió—, porque yo no quiero irme de aquí. —El portal comenzó a achicarse—. Era eso lo que necesitabas, ¿no? Que lo deseara —su sonrisa se ensanchó—, pues ahora deseo exactamente lo contrario.

El portal se cerró con un suave *plop* y su luminiscencia no tardó en desvanecerse de la habitación. Carola se quedó un rato parada en la oscuridad, todavía sentía la vibración en el aire, sentía cómo se iba

debilitando.

Por un momento, consideró mudarse, pero ¿por qué? Ella tenía derecho de estar allí, era su casa, su mundo, su vida, ya no los cambiaría por los de nadie más. Si había algo que no le gustaba, siempre podría cambiarlo dentro de su propia vida. Lo único que le apenaba era no saber qué había sucedido con Stella.

Estiró el brazo y apoyó los dedos en el aire, allí donde había estado el portal. Sintió un leve cosquilleo en las puntas y retiró las manos con celeridad.

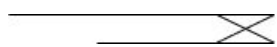
—No, no debo pensar en ello, no quiero regresar —se mordió el labio—, aunque tal vez haya una forma de verlo, solo de ver, como recién.

Estiró el brazo de vuelta, pero apretó los dedos en un puño y lo bajó hacia uno de sus lados, con lentitud.

—No, no hasta que sepa más; no hasta que esté segura aquí. Ella lo entenderá, abandonó su mundo sin mirar atrás; yo necesito vivir en el mío, sin mirar el de los demás.

Volvió a su cama y miró hacia el aire una vez más.

—Algún día tal vez —sonrió— podré volver a hablar contigo, Stella, agradecerte por haber sido mi primera amiga, la primera que reconocí, y me contarás tu historia.



SE DESPERTÓ POR SÍ SOLA al día siguiente y, durante los primeros minutos, ni siquiera pensó en el portal. Cuando lo recordó, una sonrisa afloró a sus labios. La otra ya no podía atravesarlo, no podía, no importaba cuánto chillara.

Miró alrededor y decidió que sí saldría de compras, pero sería diferente: cambiaría los muebles de su habitación y tal vez la ropa.

—Sí, está claro que ya no puedo seguir vistiéndome como antes, si soy otra.

Estaba a punto de salir por la puerta, cuando captó una imagen del teléfono por el rabillo del ojo. Sin pensarlo, se acercó a él y marcó uno de los dos números que había memorizado en los últimos días.

—Hola, ¿Nina? Estaba por salir a hacer unas compras y me preguntaba si… —Carola sonrió—. Claro, nos encontramos allí.

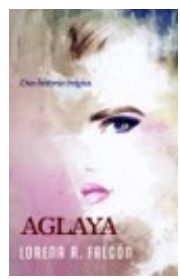
Con una última mirada a su departamento sin ordenar, cerró la puerta. Salió a un día de invierno caduco, donde el sol comenzaba a hacer sentir su fuerza.

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en *Amazon*.

¿Quieres libros gratis?

Aglaya



Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.

Disponible en Amazon.

El talismán del emperador

El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.

Disponible en Amazon.

¿Quieres leer más fantasía?

Al final de este libro, encontrarás una muestra de otra de mis novelas.

Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en *Twitter* o *Instagram*.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todos aquellos autores que siguen llenando mi vida con historias y aventuras.

Otras obras publicadas

Por un par de alas

Cuentos para dejar volar la imaginación.

Vampiros. Ángeles. Viajes en el tiempo. Rebeliones. Viajes espaciales. Distopías… Y una historia para cada uno de ellos. Camina en la frontera entre fantasía y ciencia ficción.

Disponible en Amazon.

Intercambios

No volverás a ser la de ayer.

Teresa es una madre primeriza… por muy poco tiempo. La pérdida de su hija la deja con un vacío más grande del que esperaba. Ahora quiere recuperar quien fue. Solo quiere recordar en un mundo donde todos le dicen que olvide.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La vida de Micaela es un caos y se siente perdida.

En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una salida. Aunque, ¿está dispuesta a hacer sacrificios? Ya perdió una amiga, ¿qué más puede perder?

Disponible en Amazon.

Todas mis partes

¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Una sociedad obligada clonarse para sobrevivir. Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada. Pero

tiene un sueño y, para poder cumplirlo, solo necesita crear un clon… ¿por qué no?

Disponible en Amazon.

Un último conflicto

Una lucha ancestral, un conflicto sin fin.

Tamara no quiere problemas, pero cuando salvas a un ángel, los demonios vienen tras de ti. Ahora ella y su amigo Hugo deben huir, o pueden ayudar a los ángeles a derrotar a los monstruos. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible en Amazon.

La hermandad permanente

Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana nunca se sintió parte de la Hermandad, solo quiere huir de esa magia que la oprime. Con una sola decisión, cambió su destino. Tuvo la fortuna de conocer el amor. Tuvo la desgracia de conocer la verdad. Tendrá que afrontar el cambio que se avecina.

Disponible en Amazon.

Dejemos la historia clara

Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara, una joven bibliotecaria, encuentra una información que no puede ignorar. Acompañada de un joven que apenas conoce, Clara emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso ella cree.

Disponible en Amazon.

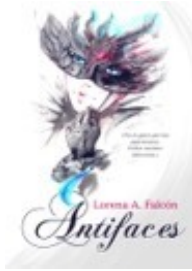
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Continúa la aventura de Micaela. Su vida ya no es la misma, tuvo que abandonarlo casi todo y perdió demasiado. Todo la que la rodea son preguntas. La principal que deberá enfrentar es: ¿puede aceptar lo que le sucedió?

Disponible en Amazon.

Antifaces

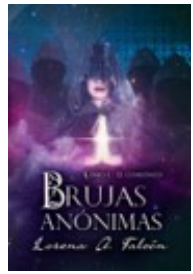


No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

En esta novela nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de todas sus ideas preconcebidas y a confiar en su instinto, a la vez que se reconecta con la naturaleza, la magia que fluye a través de ella y su familia.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La aventura de Micaela comienza cuando una noche, al regresar de la facultad, es atacada por una mujer misteriosa. Ahora está rodeada de brujas, vampiros, hombres lobos y hasta un duende que le ha jurado lealtad. ¡Justo a ella, que no cree en la magia!

Disponible en Amazon.

La torre hundida

Un pasado incierto; una familia perdida.

Criada en un pueblo tranquilo, Lahja no puede ignorar la necesidad de conocer sus orígenes. En contra de los deseos de su abuelo y acompañada de su único amigo, se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en Amazon.

El despertar de las gárgolas (extracto)

Capítulo I

CUANDO FERRAN SE DESPERTÓ ESA MAÑANA, había un cielo azul sobre él.

—¿Acaso no había muerto? —susurró.

El sol era tibio y una leve brisa le rozaba el rostro, el aroma a hierba mojada lo envolvió. Inspiró profundamente y espiró desinflándose. Se puso de pie con lentitud. A su alrededor había miles de cuerpos, algunos inmóviles, otros que despertaban, como él. Su pueblo. Ferran sonrió.

—No sé cómo —murmuró—, pero hemos sobrevivido otra noche.

—Mi señor. —Sonó una voz a su derecha.

Ferran se volvió, el capitán del ejército estaba a su lado, como siempre.

—Biel, ¿puedes creerlo? —dijo el rey—, hemos resistido.

El oficial frunció el ceño, lo que hizo que se tensionara la cicatriz que llevaba sobre el ojo derecho. Los hombros estaban tiesos y el cuello, rígido.

—No le des más vueltas, Biel, sobrevivimos, eso es lo importante.

—Aún así, señor, es raro que se hayan retirado. ¿Por qué perseguirnos hasta aquí y luego dejarnos cuando estábamos en nuestro peor momento?

—Vamos, Biel, alégrate por una vez. —Ferran miró a la redonda—. ¿Has visto a Guifré?

—Estoy aquí, padre.

El rey se dio vuelta y sonrió a su hijo. Un joven desgarbado y huesudo le devolvió la sonrisa. La ropa sucia le colgaba en jirones por algunos lados, pero no parecía estar lastimado más allá de unos rasguños en el rostro. Ferran lo abrazó brevemente.

—Señor —interrumpió Biel—, deberíamos comenzar a organizarnos.

—Claro, claro —dijo Ferran y se irguió, con los pulgares en su cinto desgastado—. Necesitamos hacer un recuento de las personas y la comida que nos queda; ver si podemos levantar las tiendas.

—Y enviar a los exploradores, mi señor.

—Sí —suspiró el rey—, claro, los exploradores. Tratemos de mantener a la gente junta, no quiero que se desparramen, tal vez tengamos que seguir avanzando.

—Sí, señor —dijo Biel y, con un breve gesto de asentimiento al rey y al príncipe, se alejó y comenzó a dar órdenes.

Los soldados, con un ligero rastro de verde y carmesí en su uniforme desgastado, se dispersaron al trote. Eran pocos y estaban bien entrenados, ya que pronto todas las tareas tenían un responsable asignado. Biel los supervisaba de cerca.

—Creo que hay algo en la cima de la colina, padre.

Ferran dirigió la vista hacia donde señalaba su hijo. El verde frente a él se extendía de forma uniforme y, casi imperceptiblemente, se empinaba hacia una elevación de base plana y tan extensa como para construir sobre ella.

—Sí —entornó los ojos—, parecen ser ruinas.

—Tal vez deberíamos investigar —propuso una tercera voz.

Ferran pegó un salto, como siempre que se le acercaba el mago. El hombre, bajo y regordete, solía aproximarse sin hacer ningún ruido y desaparecía con la misma sutileza. En ese momento, lucía una amplia sonrisa que cerraba sus ojos hasta convertirlos en dos rendijas luminosas.

—Hola, Jaume —saludó el príncipe con entusiasmo.

Ferran miró, con labios apretados, al hechicero y contuvo un suspiro.

—Sí —continuó Guifré—, yo también creo que deberíamos ir.

—Bien —Ferran echó una ojeada en torno a sí, los guardias reales, al menos los que quedaban, estaban allí—, demos un paseo.

Se pusieron en camino, seguidos a corta distancia por cuatro soldados. La ladera de la colina era amplia y clara. Casi no había árboles cerca y los arbustos eran demasiado bajos y ralos para que alguien pudiera ocultarse tras ellos. Se veían pocas flores dispersas y ya se estaban secando. El único aroma en el aire era el de la brisa fresca.

—¿Por qué crees que nos dejaron en paz, padre?

—Tal vez solo se cansaron.

Guifré sacudió la cabeza lentamente, con el ceño fruncido.

—Nos persiguieron hasta aquí, durante meses, a kilómetros de distancia de nuestro hogar. Anoche estábamos rodeados —se mordió el labio—, oí algunos gritos y después… creo que perdí el conocimiento.

Ferran observó, pensativo, a su hijo.

—No lo sé, realmente no lo sé, pero creo que debemos aprovechar esta oportunidad que se nos presenta.

Guifré asintió y se volvió hacia el mago.

—¿Tú qué crees, Jaume?

El hombre jadeaba por el leve ascenso. Daba pasos cortos y era el más atrasado del grupo, los soldados de retaguardia no podían evitar sobrepasarlo y tenían que frenar cada tanto. Ferran se detuvo a esperar cuando Guifré retrocedió unos pasos y repitió la pregunta.

—Es todo muy extraño, mi joven señor, esta colina, el aire, las voces que susurran en el viento.

—¿Susurros? —dijeron Ferran y Guifré a la vez.

—Sí —asintió Jaume—, hay algo vivo por aquí, además de nosotros y de ellos.

Guifré sonrió y Ferran sacudió la cabeza. Jaume no dijo nada más hasta que llegaron a la cima. La muralla frente a ellos estaba algo deteriorada, pero se conservaba en toda su altura en muchos lugares. Aunque lo que más les sorprendió fue lo que encontraron dentro. Había una ciudad pequeña allí. Muchos de los edificios, aunque viejos, se mantenían en pie en buenas condiciones. Y, a lo lejos, se vislumbraban las torres de un enorme castillo.

—¿Habrá alguien? —preguntó Ferran al aire—. Tal vez fueron ellos los que nos protegieron anoche. ¿Escucharon la batalla?

—¿Batalla? —dijo Guifré—. No sé, no creo que haya sido eso lo…, parecía…

—Debemos ir a presentarnos, a pedirles poder acampar en la ladera o a lo mejor alojarnos en la ciudad. —El rey apresuró el paso—. Tal vez una alianza.

—Mi señor.

Ferran se volvió hacia el mago sin detenerse.

—Creo que ya nadie vive aquí —resopló Jaume a la vez que trataba de alcanzarlo.

Se habían internado en las calles empedradas hacía rato. Ferran no se había fijado en los edificios que pasaban a su lado, mientras él se

empecinaba en llegar el castillo. Se detuvo y observó las casas: estaban abandonadas.

—¿Padre?

—Sí —suspiró Ferran—, parece que seguimos solos.

—No, padre —El príncipe hizo una seña hacia la dirección contraria.

El rey se dio la vuelta. El duque Acai de Reff, su primo, se acercaba por una de las calles. Iba acompañado de su consejero personal, del cual nadie recordaba su nombre, si es que alguna vez alguien lo supo. El duque se veía demasiado limpio y su ropa estaba en mejor estado que la de cualquiera de los demás, incluido el rey. A pesar de la situación, aún lucía pesados anillos en casi todos los dedos.

—Mi señor —dijo con una brevísima inclinación de la cabeza—, no sería bueno presentarse ante el soberano de este reino sin una corte que lo acompañe.

—Me temo, primo, que no hay nadie aquí con quien hablar.

El duque frunció los labios y miró a la redonda, con las manos enlazadas en la espalda. Mantenía los hombros tensos y la cabeza erguida, lo que lo hacía parecer más alto que los demás a su alrededor.

—Mmm, sí, parece un reino abandonado —una comisura del labio se elevó cuando agregó por lo bajo—: ¡qué conveniente!

—Pero no estamos solos —le advirtió Jaume, con la mirada extraviada en las murallas que rodeaban la ciudad.

Acai frunció la nariz y se alejó unos pasos. El consejero se hizo atrás instintivamente y mantuvo la distancia.

—Mi señor —dijo el mago—, con su permiso, me gustaría investigar.

—Claro, claro —asintió Ferran.

—Nunca entenderé para qué lo mantienes, primo —manifestó el duque olvidando los títulos, cuando Jaume se hubo alejado.

Guifré echó una mirada al consejero, pero este no levantaba lo vista, y los dos primos parecían ignorar todo lo que no les incumbiera.

—Es un mago, todas las cortes lo tienen —Ferran se frotó la nuca —, además ayudó con la comida durante el asedio.

—Si tuviera una magia que valiera la pena, nos habría hecho ganar la guerra.

—No es tan fácil —dijo Guifré encarando al duque—. Jaume posee un conocimiento extenso, la magia no es sonar los dedos y listo.

Acai no desvió la mirada del rey.

—Ya que está abandonado, bien podríamos alojarnos aquí en vez de levantar las tiendas y tener que acampar como nómadas.

—Eh… —balbuceó Ferran.

—Padre, me gustaría acompañar a Jaume.

—Claro —suspiró el rey—, ve nomás.

El príncipe se alejó con más energía que decoro. Uno de los guardias lo siguió a poca distancia, con caminar relajado.

—Lo malacostumbras, debería preocuparse por la administración del reino, en lugar de esas boberías.

—Es solo un niño.

—Ya es un hombre.

—A su tiempo —dijo el rey.

—No es él el que marca los tiempos —sostuvo Acai—, los imponen las necesidades del reinado y en este momento…

—¿Primo? —Ferran entornó los ojos—. ¿Qué implicas?

—Solo que es hora de que el muchacho madure.

—Claro —dijo el rey con lentitud—, claro, claro.

***

GUIFRÉ ENCONTRÓ UNA ESCALERA para subir a la muralla por la cual caminaba Jaume. Había trepado unos cuantos escalones cuando unos dedos se cerraron alrededor de su tobillo. Perdió el agarre con la mano derecha y casi se cayó. Quedó colgado de un brazo mientras escuchaba una risa entrecortada a sus pies.

—¿Qué haces? —gritó la joven que lo miraba desde abajo.

Era una muchacha de unos veinte años. Llevaba el cabello moreno sujeto con una simple tira, pero varios rizos escapaban y revoloteaban alrededor de su rostro. Sus ojos marrones echaban chispas mientras reía.

—Voy a… —se atragantó Guifré— ver qué hace Jaume.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro —dijo Guifré con una sonrisa y se apresuró a seguir subiendo.

Tenía un ascender raro (siempre le había costado coordinar sus miembros desgarbados) y Tura lo alcanzó enseguida.

—Vamos —lo urgió—, te mueves más lento que mi abuela.

—Tú no tienes abuela.

—Pero la tuve.

—Nunca me dijiste… —Guifré se detuvo.

—Vamos, sigue subiendo. —Tura le palmeó la pantorrilla—. No es nada grave, todo el mundo tiene abuelos.

Guifré llegó a la cima impulsado por Tura. En lo alto de la muralla había un camino de ronda lo bastante ancho para que transitaran tres personas una al lado de la otra, lo que era inusual.

—No se veía tan ancha desde abajo —murmuró Guifré y cometió la equivocación de mirar en esa dirección.

Tura tiró de él cuando vio que se balanceaba hacia adelante.

—Eh, ¿qué haces?

—Nada —respondió Guifré con el rostro ceniciento—. Solo miraba.

—Pues es mejor no hacer eso. —Tura se puso de puntillas y trató de echar un vistazo entre las inmensas estatuas que invadían el adarve —. Además, si uno sube hasta aquí es para ver hacia arriba y a lo lejos.

Guifré se acercó a ella, como era más alto podía mirar por sobre su cabeza. Tura se deslizó un poco hacia el costado, sin alejarse demasiado.

—Y ya que estamos aquí, ¿qué hacemos en la muralla?

—Estaba buscando a Jaume.

—Eso ya lo dijiste, pero ¿qué hace el mago aquí? ¿No sería más lógico que estuviera Biel?

—Supongo. —Guifré se encogió de hombros—. Lo que vino a ver Jaume es más…, digamos más sutil, dijo que sentía algo… raro.

—Pues eso no es sorpresa —opinó Tura—, es un pueblo abandonado.

—Sí, sin embargo, es extraño que las casas estén tan bien conservadas.

—Tal vez fue una enfermedad —Tura frunció la nariz—, una plaga

que acabó con todos.

Guifré sacudió el cuerpo y se acomodó las gafas.

—Esperemos que no.

—¿Y qué son estas estatuas? —preguntó Tura hincando el dedo en una.

—No lo sé. —Guifré extendió el brazo, aunque no llegó a tocar la escultura—. Es insólito que estén todas aquí tan juntas unas de las otras, no dejan una buena visibilidad para los arqueros.

—Ni para nadie —agregó su amiga.

—No son estatuas —explicó el mago, que se acercaba secándose la frente con un pañuelo y bufando—. Bueno, sí lo son, aunque de una clase especial: son gárgolas.

[…]

Ya disponible en Amazon en *ebook* y tapa blanda.